



La mujer y su cuerpo en las crónicas de Josefina Licitra

Tesis de grado. Facultad de periodismo y comunicación social.
Universidad Nacional de La Plata. Año 2014

“La mujer y su cuerpo en las crónicas de Josefina Licitra”



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACIÓN SOCIAL**

“La mujer y su cuerpo en las crónicas de Josefina Licitra”

**PRESENTADO POR:
CEPEDA, MAURO
GARCÍA, FLORENCIA
PORTILLA, MARIANA**

**TESIS DE GRADO
Mayo 2014**

Programa de Investigación

Comunicación, Prácticas Socioculturales y Subjetividad

Fecha de entrega

Mayo 2014

Directora

Doctora Florencia Cremona

Co-Directora

Profesora Claudia Suarez

Ilustraciones

Paula Ghizzo

Diseño Interior

Natalia Miano

Agradecimientos

Muchas veces agradecer puede resultar una tarea interminable y hasta insuficiente. Agradecer conlleva abrazar todos los lugares que nos tocaron recorrer, todas las caídas y todas las veces que no hemos vuelto a levantar; que me he vuelto a levantar.

Quiero empezar agradeciendo a las posibilidades. Agradecer uno y cada uno de los caminos que se me abrieron y que aprehendí con incertidumbre, con coraje y con pasión. Quiero agradecerle al destino, al camino, que me permitió llegar a una universidad, recorrerla, conocerla, aprender. Que me permitió ejercitar una Tesis y recorrer realidades desconocidas que terminaron de tallar mi identidad y hacerme el tipo que soy.

Agradecer principalmente a mi equipo, a mis amigas, a mis compañeras de Tesis. A Mariana Portilla y Florencia García que son dos personas enormes, de grandes valores, y que desde ese primer día en que las crucé supe que de ellas nacerían dos grandes comunicadoras sociales. A Portilla agradecerle que supiera manejar el timón de esta Tesis con éxito y perseverancia; a García que supo trabajar sin perder la sonrisa y esa espontaneidad que en algún lugar de este recorrido nos supo unir.

Agradecer a la substancia que todavía no identificó pero que en algún lugar guarda la virtud de Comunicar. A la Facultad de Comunicación Social que me dio las herramientas para perfeccionar aquella pasión que siempre tuve por el decir. A los docentes, tutores, compañeros, militantes que me abrieron el lugar para el debate y para el crecimiento.

Agradecer a Claudia Suárez y Florencia Cremona que nos guiaron en este trabajo arduo y lleno de honores. El honor de poder ser yo, aliado con este cuarteto de mujeres, el que pueda contar, mostrar, y construir acerca de lo que de la mujer se dijo, se hizo, y se sigue haciendo.

Por último agradecer a mi país, a mi Argentina querida que incluye, y que como a mí, un simple pibe de clase media, nos da esta gran posibilidad de ser, además de todo lo que ya somos, Licenciado en Comunicación Social.

Mauro Cepeda.

Agradecimientos

Agradezco a las personas que me acompañaron durante toda la carrera por su apoyo y cariño incondicional sin quienes hubiera sido imposible concluir esta etapa con tantas alegrías y bellos recuerdos.

Especialmente agradezco a mis padres: Carlos y Patricia por su confianza y valores inculcados. A mi hermana Silvia y mi sobrino Marcos que junto a ellos son los pilares más importantes de mi vida y fueron los sustentos necesarios para transitar el camino universitario lejos del hogar.

También a quienes forman y formaron parte de mi vida sin cuyos consejos, ánimos y ayuda no hubiera podido sortear las dificultades. Con todo mi cariño les dedico el presente trabajo a: Nadia, Cecilia, Valeria, Santiago y Paula. Gracias por bendecirme con su amistad y motivarme a seguir adelante.

A mis queridos compañeros de grupo y amigos de la facultad: Mauro y Mariana por ser parte de este último trabajo como también del recorrido de toda la carrera. Por ser responsables, dedicados, y sobre todo excelentes personas.

Además a quienes nos guiaron y ayudaron en la construcción de nuestra tesis. A nuestra directora Florencia Cremona y co-directora Claudia Suarez. A Natalia por materializar nuestro corpus y a Paula por plasmar con sus dibujos la fuerza e intensidad de las protagonistas de las crónicas.

Por último a aquellas mujeres que inspiraron nuestra investigación. Mujeres anónimas de todos los rincones. A las que lucharon y las que aún continúan la lucha por un mundo más justo e igualitario.

Con todo mi afecto les agradezco a mi familia y a todos mis amigos por aportar a mi vida grandes momentos que atesorare por siempre.

Los quiere, Florencia.

Agradecimientos

A mis padres, Mónica y Rubén, que hicieron todo en la vida para que yo pudiera lograr mis sueños. A ustedes por siempre mi agradecimiento.

A mis hermanos, Gaspar, Florencia y Belén, que a pesar de la distancia física los llevo en mi corazón.

A Tomás, por su paciencia y comprensión. Gracias por estar siempre a mi lado.

A Paula Ghizzo y Natalia Miano, por la imaginación, el empeño y la belleza puesta en cada página.

A Florencia Cremona y Claudia Suárez, por acompañarnos por su compañía y confianza en esta instancia final.

A Florencia y Mauro, quienes estuvieron en el comienzo de este camino hasta el final. Gracias por escucharnos y respetarnos. Sin el equipo que formamos, no habiéramos logrado esta meta.

Los quiere, Mariana.

ÍNDICE

Introducción.....	13
Prólogo.....	17

CAPÍTULO I: “Mujer se hace no se nace”

1. Antecedentes.....	21
1.1 La mujer y su cuerpo	
1.1.1 El cuerpo: objeto de estudio social.....	24
1.1.2 El cuerpo como “objeto ideal”.....	26
1.1.3 La corporeidad frente al cuerpo.....	35
1.1.4 Cuerpo y poder.....	37
1.1.5 La importancia de la virginidad: Vínculo cuerpo-mujer.....	40
1.1.6 El cuerpo nos habla: la comunicación no verbal.....	43
1.2. La mujer y los discursos.....	44

CAPÍTULO II: Objeto de estudio

2. Josefina Licita: La cronista de lo invisible.....	55
2.1.1 Licita, ¿última estandarte del género?.....	57
2.1.2 La Nueva Crónica Latinoamericana.....	59
2.1.3 La conversión de lo real en relato.....	62

CAPÍTULO III: Metodología y técnicas de análisis

3. Investigación Cualitativa: fundamentación de su uso.....	67
3.1 Análisis de Discurso.....	68
3.1.1 Componentes que rodean el discurso.....	73
3.1.2 El contexto.....	73
3.2 Categoría de análisis de las crónicas seleccionadas.....	77
3.2.1 Referencias deícticas.....	77
3.2.2 Teoría de la enunciación.....	79
3.2.3 Polifonía.....	80
3.2.4 Islotes textuales.....	81
3.2.5 Citas abiertas.....	81

3.2.6 Referencia absoluta.....	83
3.2.7 Referencia contextual.....	83
3.2.8 Cargas valorativas del léxico.....	84
3.2.9 Interferencias léxicas.....	85

CAPÍTULO IV: “La mujer y su cuerpo en las crónicas de Josefina Licitra”

4. Problema de investigación.....	89
4.1. Hipótesis.....	89
4.2. Objetivo General.....	89
4.2.1 Objetivos Específicos.....	89

CAPÍTULO V

5.1 A modo de aclaración.....	93
5.1.1 Análisis discursivo: Cómo es perder la virginidad.....	94
5.1.2 Análisis discursivo: El barrio de las mujeres solas....	104
5.2. Conclusión.....	141

BIBLIOGRAFÍA.....	159
--------------------------	------------

ANEXO

6. Crónica: Cómo es perder la virginidad.....	165
6.1 Crónica: El Barrio de las mujeres solas.....	167

Introducción

No existió un acontecimiento en el desarrollo de la historia humana que marcó el inicio de la opresión de la mujer. Su condición no fue el resultado de un devenir sino que se amparó en sentencias sociales que legitimaron la posición del hombre en un estatus superior.

Poulain De La Barre, escritor y filósofo feminista, dijo al respecto: “Todo sobre cuanto las mujeres han escrito los hombres debe tenerse por sospechoso, puesto que son juez y parte a la vez”¹. Se codificó la sociedad, a través de ellos, y se respaldó su distinción basándose en determinaciones biológicas. La mujer quedó relegada a una organización patriarcal sustentada por un marco teórico que le otorgó razones para su existencia. El hombre, en cambio, fue la cabeza del aparato productivo, político y cultural desde las primeras civilizaciones.

Este sistema recibió el nombre de patriarcado y designó un tipo de organización social en el que la autoridad la ejerció el varón jefe de familia, dueño del patrimonio, del que formaban parte los hijos, la esposa, los esclavos y los bienes. La familia fue una de las instituciones básicas de este orden social. La historiadora, Gerda Lerner, lo definió en sentido amplio como “la manifestación e institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres y niños/as de la familia y la ampliación de ese dominio sobre las mujeres en la sociedad en general”².

De este modo la hegemonía masculina se posicionó como uno de los principios estructuradores del orden social de occidente y un sistema de poder en el cual los criterios aparecieron como objetivos legítimos y fueron aceptados como tales. Para la escritora francesa, Simone De Beauvoir, la devaluación de la femineidad fue una etapa necesaria para la evolución humana, pero la opresión se explicó por la tendencia del existente a evadirse enajenándose en el otro, al cual oprime con ese fin.

1 De Beauvoir, Simone. *El segundo sexo*. Buenos Aires, Editorial De Bolsillo, 2012, p.24.

2 Lerner, Gerda. *La creación del patriarcado*. Editorial Crítica, 1990, Pp. 340-341.

En un principio la rebelión feminista surgió para erradicar la desigualdad entre ambos sexos y permitió a las mujeres revalorar su quehacer y su propio ser. Ellas organizaron espacios independientes donde elaboraron teorías, propuestas críticas de transformación del universo cultural y simbólico masculino. Esta herramienta de lucha exigió un nuevo orden social y se entendió como el paso del gesto individual al movimiento colectivo, re definiendo el género como algo más que una determinación biológica.

La burguesía vio en la solidez de la familia la garantía de la propiedad privada y reclamó a la mujer en el hogar, que era percibido como un símbolo de status y bienestar económico. Desde allí que comenzaron a organizarse en torno a la reivindicación del derecho al sufragio. En realidad, su lucha abarcaba más que el derecho a votar, se abría camino hacia la universalidad de los valores democráticos y liberales.

El proyecto de la ideología capitalista fue incorporar de modo masivo a las mujeres proletarias al trabajo industrial. Pero el nuevo sistema no enalteció la ansiada igualdad, sino buscó beneficiarse del colectivo por ser mano de obra más barata y sumisa que la del hombre. Incluidas a las actividades productivas de su tiempo fueron proveedoras económicas de sus hogares, además de ser madres y esposas. Esta fue la condición que reunió a las integrantes del movimiento feminista, una vez que tomaron conciencia de su posición de oprimidas para poder reconstruirse como nuevos sujetos.

Un hecho relevante en diversas sociedades contemporáneas fue la desestructuración del sistema patriarcal. El devenir cultural e histórico modificó los discursos hegemónicos dando a las personas nuevos estratos en la vida política y social. En diferentes ámbitos ocurrieron cambios económicos, jurídicos, científicos y culturales que contribuyeron a la transformación de la organización genérica.

En los últimos años y gracias a la lucha de movimientos feministas en todo el mundo se integró a la mujer en nuevos espacios de poder. Las instituciones las posicionaron en igualdad de condiciones frente al hombre y se lograron una serie de conquistas legítimas y formales que generaron la apertura de nuevas reivindicaciones.

Sin embargo aún quedan vestigios de las estructuras patriarcales enraizadas en algunos aspectos de la vida que persisten desde hace siglos. Estas desigualdades no fueron erradicadas por completo y se materializan en los discursos que se producen y reproducen en la sociedad constituyendo el principal obstáculo para la igualdad de género en su totalidad.

La presente Tesis se aproximó a la construcción de la mujer y su cuerpo en las crónicas de Josefina Licitra “Cómo es perder la virginidad” y “El Barrio de las mujeres solas”, lo que permitió analizar el rol que jugó el cuerpo en torno a ellas y su identificación.

El corpus seleccionado se utilizó como hecho disparador para analizar las huellas de sentencias hegemónicas que aparecieron en las prácticas discursivas. En ambos textos la relación entre los sexos se presentó como un vínculo dispar en el cual los hombres gozaban de una mayor jerarquía y control sobre las estructuras de poder.

Las crónicas periodísticas sirvieron como recorte del vasto universo de los discursos que circundan sobre la mujer y su cuerpo. De este modo, se entendió a esas *mujeres* como personajes trascendentes de la historia que fueron dejando sus huellas en el mundo.

Prólogo

Este trabajo reunió el análisis lingüístico y semántico discursivo de las crónicas de la periodista Josefina Licitra, “El barrio de las mujeres solas” y “Cómo es perder la virginidad”. Dicho proceso analítico dio cuenta que en la construcción de la mujer y su cuerpo se presentó referencias propias del orden patriarcal, manifestando un prototipo de mujer condicionado por su rol social. El análisis sirvió como disparador para discutir los conceptos de lo femenino y masculino en una sociedad falocéntrica.

Negadas y empobrecidas por innumerables afirmaciones de filósofos, políticos, autoridades religiosas y tantos otros que las relegaron a ser cuerpos - sólo naturaleza y emociones, reproductoras, fuera del tiempo y de la historia- frente a los varones - cabeza, creadores y productores, hacedores de la cultura y la historia-, las transgresiones femeninas poblaron el devenir social en todas las épocas y latitudes.

Desde los intersticios de la cultura patriarcal, feministas de ayer y de hoy se rebelaron y comenzaron a reescribir el ser/hacer mujer en su práctica cotidiana y también en textos, ensayos y análisis, lo que posibilitó la consolidación de una identidad, de una conciencia de sí, es decir, del sentido de sí mismas con los demás.

Mujeres comunes y corrientes, como las que presentó Josefina Licitra, que se expusieron –y exponen- a los embates del destino logrando modificar su existencia y su ser inaugurando nuevos caminos.

Se asistió, sin embargo, a un proceso sorprendente frente a la rigidez de la propuesta de identidad femenina de la cultura patriarcal en América Latina: ser madres y esposas, virginales y dóciles, abnegadas para vivir en función de otros. Por una parte, se produjeron numerosos cambios en las maneras de *ser/hacer mujer*, y por otra, surgió una diversidad de experiencias y manifestaciones identitarias que amplificaron la

propuesta patriarcal que no se adecuaba a las necesidades y deseos de las mujeres ni a la multiplicidad de situaciones e inserciones que día a día fueron ganando.

Los procesos económicos, políticos y sociales junto con la propuesta de la modernidad —libertad, igualdad, fraternidad, desarrollo autónomo y consciente— impactaron en la vida de las mujeres, la tensionaron, la desgarraron y le dieron nuevos contenidos.

Mujeres de ciudad y del interior del país, profesionales y amas de casa, estudiantes y madres solteras, físicamente perfectas y ajadas por el paso del tiempo y la inclemencia de la vida, desfilaron en esta Tesis invitando al lector a reconocer sus historias y a dirigir la mirada a tantas otras, todavía invisibles, y llamadas a enriquecer el debate cultural sobre los vestigios del discurso patriarcal en la sociedad moderna.

Capítulo 1
Mujer se hace,
no se nace

Antecedentes

Siglo XX: El movimiento femenino hizo oídos para escuchar a las mujeres

Para hablar de la mujer es necesario considerar los aspectos históricos, sociales y culturales para comprender cómo opera en su vida cotidiana, conocer sus características, necesidades y deseos. La pregunta por el ser *mujer* es un interrogante siempre abierto, en particular en las últimas décadas donde la subjetividad femenina experimentó nuevas formas y matices.

Ya desde la antropología la categoría de ser *mujer* fue definida de un modo particular dependiendo de su cultura y el orden social establecido. Asimismo lo femenino y lo masculino tuvieron sus propias características distinguiéndose un género del otro a partir de las diferencias de roles, actitudes y comportamientos que fueron controlados y esperados por la sociedad.

En los años setenta se profundizó el interés por comprender lo que sucedía en la vida de las mujeres. Como señaló la escritora y educadora Anna Julia Cooper: “No se trató de defender la causa de la mujer contra el hombre sino de la insistente reivindicación de la mujer para tener derecho a hablar, porque el mundo necesita oír su voz”³. Fue como, de ahí en más, se entendería el valor de sus logros y capacidades.

Entonces, el movimiento femenino hizo oídos para escuchar a la mujer. En 1970 unas feministas parisinas llegaron en procesión ante el arco del triunfo para depositar una ofrenda floral “a la mujer del soldado desconocido” (cuya tumba fue ubicada allí al término de la Primera Guerra Mundial)⁴.

³ Cooper, A. J. *Una voz del Sur*. España. [Http://docsouth.unc.edu/church/cooper/menu.html](http://docsouth.unc.edu/church/cooper/menu.html). En línea. Consultado: 14 de julio de 2013.

⁴ Dumon, A. P. *El género en la historia*. [Http://www.sas.ac.uk/ilas/genero_portadilla.htm](http://www.sas.ac.uk/ilas/genero_portadilla.htm).

Este ejemplo graficó la conciencia que tomaron las mujeres sobre su rol; si el hombre obtuvo logros en gran parte se debió a su compañera, ya que fue ella la que estuvo a su lado dándole ánimos y defendiendo sus ideales. La mujer fue la inspiradora de varias obras de arte creadas por hombres que la tomaron como modelo para escribir poemas y canciones que los llevaron al triunfo.

Fueron muchos los ejemplos de mujeres argentinas que trascendieron las fronteras del país por sus hazañas. María Eva Duarte fue una de ellas. Comenzó abiertamente su carrera política acompañando a Juan Domingo Perón como su esposa en la campaña electoral con vistas a las elecciones presidenciales del 24 de febrero de 1946.

La participación de Eva en la campaña de Perón fue una novedad en la historia política argentina. En aquel momento las mujeres carecían de derechos políticos (excepto en San Juan) y las esposas de los candidatos tenían una presencia pública muy restringida y básicamente apolítica.

Desde principio de siglo grupos de feministas, entre los que se destacaron personas como Alicia Moreau de Justo, Julieta Lanteri, Elvira Rawson de Dellepiane, reclamaron sin éxito el reconocimiento de los derechos políticos para las mujeres. En general, la cultura machista dominante consideraba una falta de feminidad que una mujer opinara de política.

El 27 de febrero de 1946, tres días después de las elecciones, *Evita* -de 26 años de edad- pronunció su primer discurso político en un acto organizado para agradecer a las mujeres su apoyo a la candidatura de Perón. En esa oportunidad exigió la igualdad de derechos para hombres y mujeres y en particular el sufragio femenino:

La mujer argentina ha superado el período de las tutorías civiles. La mujer debe afirmar su acción, la mujer debe votar. La mujer, resorte moral de su hogar, debe ocupar el sitio en el complejo engranaje social del pueblo. Lo pide una necesidad nueva de organizarse en grupos más extendidos y remozados. Lo exige, en suma, la transformación del concepto de mujer,

que ha ido aumentando sacrificadamente el número de sus deberes sin pedir el mínimo de sus derechos⁵.

Otra reconocida mujer argentina fue la escritora Ramona Victoria Epifanía Rufina Ocampo. Participó desde su juventud en las primeras manifestaciones de los movimientos feministas, intelectuales y antifascistas argentinos, lo que la llevó a fundar en 1936 la Unión de Mujeres Argentinas. Ocampo fue la única latinoamericana presente durante los Juicios de Núremberg. Militó activamente en la oposición al peronismo, motivo por el cual fue arrestada durante 26 días en 1953. Fue presidente del Fondo Nacional de las Artes desde 1958 a 1973 y recibió diversas distinciones como así también doctorados *honoris causa* de distintas universidades y la Orden del Imperio Británico por parte de la reina Isabel II. Fue la primera mujer en ser elegida miembro de la Academia Argentina de Letras, en 1977.

Durante la última dictadura militar en Argentina las Madres de Plaza de Mayo intentaron -e intentan- establecer quiénes fueron los responsables de los crímenes de lesa humanidad y promover su enjuiciamiento.

El comienzo del reclamo nació como una iniciativa de madres de detenidos y desaparecidos el 30 de abril de 1977 en Buenos Aires. Su objetivo inicial fue poder tener una audiencia con el presidente de facto argentino Jorge Rafael Videla. Para ello se reunieron en la Plaza de Mayo y efectuaron una manifestación pública pacífica pidiendo saber el paradero de sus hijos.

La idea surgió mientras el grupo inicial de madres estaba esperando que las atendiera el secretario del Vicario Castrense. Una de ellas, Azucena Villaflor de Vicenti, propuso entonces: “Individualmente no vamos a conseguir nada. ¿Por qué no vamos todas a la Plaza de Mayo? Cuando vea que somos muchas, Videla tendrá que recibirnos”.

En Argentina, en América Latina y en el mundo muchas mujeres aportaron su saber a diversos ámbitos del conocimiento, la política, el arte y otras ramas. Algunas impulsaron importantes avances sociales; sin embargo nunca fueron reconocidas por la historia y pasaron desapercibidas.

⁵ Duarte, María Eva. *Mensaje a la mujer argentina*. Recopilación diaria de los discursos de Eva Duarte de Perón. Plaza de Mayo, 1947.

1.1 La mujer y su cuerpo

Una pregunta que atravesó el trabajo de Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, fue el dilema por saber “Qué es ser mujer”. Desde luego, la mujer fue como el hombre un ser humano; el hecho es que todo ser humano estuvo siempre singularmente situado. La humanidad se dividió en dos categorías de individuos cuyos rostros, vestidos, cuerpos y sonrisas fueron diferentes.

Dicho interrogante llevó a la autora a considerar que, si no bastaba para definir a la mujer con su función de hembra, estaba obligada antes que nada a declarar: “Soy una mujer”. Esta definición resultó interesante porque un hombre jamás se presentará como individuo de un determinado sexo. “Que él sea hombre es algo que se da por supuesto”⁶, afirmó De Beauvoir.

La mujer tiene ovarios, un útero, mientras que el hombre se olvida de que su anatomía comporta también hormonas, testículos. Él considera su cuerpo como una relación directa y normal con el mundo que cree aprehender en su objetividad, mientras entiende al cuerpo de la mujer como apesadumbrado: un obstáculo, una “cárcel”.

Judith Butler sostuvo en su trabajo *El género* en disputa que si bien la afirmación de De Beauvoir “mujer se hacía, no se nacía” era en parte cierta, entonces *mujer* era de por sí un término en procedimiento, un convertirse, un construirse del que no se podía afirmar tajantemente que tuviera un inicio o un final⁷.

1.1.1 El cuerpo: objeto de estudio social

El antropólogo y sociólogo francés, David Le Breton, afirmó que “nada es más misterioso para el hombre que el espesor de su propio cuerpo”⁸. En el interior de su propio mundo cada sociedad esbozó un saber singular sobre el uso y las correspondencias de su cuerpo.

⁶ De Beauvoir, Simone. *El segundo sexo*. Buenos Aires, Editorial De Bolsillo, 2012, p.17.

⁷ Butler, Judith. *Sujetos de sexo/género/deseo*. En: Butler, Judith. *El género en disputa*. Argentina, Editorial Paidós, 1999, p.98.

⁸ Le Breton, David. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Argentina, Editorial Nueva Visión, 2002, p. 7.

Las concepciones del cuerpo son tributarias de las concepciones de la persona. Las materias primas que componen el espesor del hombre son las mismas que le dan consistencia a la naturaleza. Y así, “entre el hombre, el mundo y los otros, se teje un mismo paño con motivos y colores diferentes que no modifican en nada la trama común”⁹.

El cuerpo y la mujer fueron transformados en la modernidad industrial como objetos de estudio. El cuerpo moderno, según Le Breton, implicó la ruptura del sujeto con los *otros* -una estructura social de tipo individualista-, con el *cosmos* -las materias primas que componían el cuerpo no encontraron ninguna correspondencia en otra parte- y *consigo mismo* -poseer un cuerpo más que ser su cuerpo¹⁰. Este cuerpo se convirtió en factor de individuación en colectividades en las que la división social era la regla.

Los nuevos códigos de conducta de la modernidad promovieron la idea de que el propio éxito o fracaso dependían de las buenas maneras. En este aspecto, el cuerpo se mostró como portador de la posición social, tema posteriormente investigado en la cultura contemporánea por el francés Pierre Bourdieu.

El sociólogo, Bryan Turner¹¹, explicó que el estudio del cuerpo fue de “genuino interés sociológico al ser la característica más próxima e inmediata de mi yo social, un rasgo necesario de mi situación social y mi identidad personal, y a la vez una alienación personal en el ambiente natural”.

Para el autor el cuerpo debía ser considerado como un problema social contemporáneo por las siguientes razones:

- El pensamiento feminista criticó el determinismo del cuerpo sexuado y planteó el problema de la discriminación en cuanto al género.
- El cuerpo era el objetivo de un amplio mercado de consumidores, en su reproducción, su representación y sus procesos.

⁹ Idem. 7, p.7.

¹⁰ Le Breton, David. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Argentina, Editorial Nueva Visión, 2002, p. 8.

¹¹ Turner, Bryan. *El cuerpo y la sociedad*. Prefacio a la edición española. México D.F, Fondo de Cultura Económica ,1989,p.15

- La aparición de la medicina alternativa conllevó una redefinición del concepto de enfermedad y la relación con el propio cuerpo.
- La actual secularización del cuerpo facilitó su mercantilización.

Sin embargo, tanto la historia como la antropología consideraron al cuerpo humano como objeto de estudio central. Esta última se ocupó de cuestiones ontológicas y se interesó por la dicotomía entre naturaleza y cultura, lo que le llevó a considerar el modo en que el cuerpo, como objeto de la naturaleza, fue mediado por la cultura. Dicha ciencia se preocupó por las necesidades y por cómo eran afrontadas por la cultura. Así el cuerpo se presentó como un sistema de clasificación primario para las culturas, medio a través del cual se manejan los conceptos de orden y desorden. Tal y como el autor expuso la cuestión, el cuerpo comenzó a ofrecer una amplia superficie apropiada para exhibir públicamente marcas de posición familiar, rango social, afiliación tribal, religiosa, edad y sexo¹².

Un nuevo imaginario de él surgió en los años sesenta. El hombre occidental descubrió que tenía un cuerpo y éste era el lugar privilegiado del bienestar (la forma), del buen parecer (las formas, cosméticos, productos dietéticos), de la pasión por el esfuerzo (maratón, jogging, windsurf) o por el riesgo (andinismo, la aventura). La preocupación moderna por el cuerpo, en esta “humanidad sentada”¹³, fue un inductor incansable de imaginario y de prácticas. Tomado como un factor de individualización, el cuerpo duplicó los signos de la distinción.

1.1.2 El cuerpo como “objeto ideal”

Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* denunció la manipulación del aspecto físico de la mujer y su utilización como objeto erótico ideal. El cuerpo fue por excelencia lugar de cultura, de socialización, con normas distintas para cada uno de los géneros.

Las normas que se refirieron al campo de las mujeres siempre fueron

¹² *Idem*.10

¹³ Según el sociólogo David Le Breton para quién hemos entrado en la época de la “humanidad sentada”, una de las características del mundo “sentado” es su estilo de vida y sus hábitos: de la silla al ascensor, las escaleras mecánicas y el coche, para luego agitarse en el gimnasio.

más estrictas y móviles que las referidas al cuerpo de los hombres, precisamente por su definición cultural de cuerpo/objeto o cuerpo deseado. El cuerpo de las mujeres tenía que ser bello y al mismo tiempo fértil; era, sobre todo, un cuerpo para los demás.

Siguiendo esta línea, el escritor y político, Edmund Burke, en *Investigación filosófica acerca del origen de nuestras ideas de lo sublime y lo bello*, explicó que: “La belleza de las mujeres se debe considerablemente a su debilidad, o delicadeza, e incluso es acrecentada por su timidez, una cualidad de la mente análoga a las otras”¹⁴.

Dicha explicación devino de la diferenciación entre lo sublime y lo bello establecida por el filósofo Emmanuel Kant quien afirmó que “los méritos de una mujer deben unirse solamente para aumentar el carácter de lo bello que es el punto de referencia propio”¹⁵.

Ante manifestaciones de este tipo el movimiento feminista desarrolló una reflexión sobre el cuerpo de la mujer como objeto erótico, de represión, de escándalo, de explotación y sobre el sometimiento del cuerpo a la institución médica y/o a los requisitos de belleza.

Es indudable que ellas estuvieron –y están– sujetas a prácticas disciplinarias que produjeron un cuerpo típicamente femenino. Y es que, al parecer, la feminidad es un artificio, una construcción social: “Es una forma de aplicar y reaplicar las normas de género que revisten otros tantos estilos de cuerpos”¹⁶. Entre las muchas técnicas corporales que producen un cuerpo más femenino se distinguen:

- aquéllas que pretenden conseguir un cuerpo de cierto tamaño y configuración como: la cirugía estética, los regímenes, las dietas, cuyo extremo máximo se encuentra en la bulimia y la anorexia nerviosa
- aquellas técnicas que tienen como objetivo conseguir una forma de expresión corporal femenina a través de la forma de moverse, en la mirada y en los gestos

14 Nead, Linda. *El desnudo femenino. Arte, obscenidad y sexualidad*. Madrid, Editorial Tecnos, SA, 1998, p.53.

15 Idem 11, p.53.

16 Le Bartky, Sandra. *Foucault, feminismo y modernidad del poder patriarcal*. En Le Bartky, Sandra. *Mujeres, derecho penal y criminología*. Madrid, Editorial Siglo XXI, 1994, P.p. 63-92

- aquéllas que están dirigidas a mostrar un cuerpo como una superficie decorativa: depilación, maquillaje y adornos¹⁷.

Todas estas prácticas disciplinarias o técnicas corporales femeninas funcionan como un sistema de micropoderes, pues son esencialmente desigualitarias y asimétricas. Lo que pretenden estas disciplinas corporales femeninas es crear compañeras dóciles y obedientes o cuerpos dóciles y obedientes, igual que los cuerpos de los que habló el francés Michel Foucault en su obra *Vigilar y Castigar*¹⁸.

Si bien es cierto que en las sociedades occidentales el cuerpo era el signo del individuo, el lugar de su distinción, aún radica la paradoja de que el hombre está disociado de él a causa de la herencia dualista que sigue pesando sobre su caracterización occidental. Así cuando se habla de la liberación del cuerpo, se olvida que la condición humana es corporal, que el hombre es indiscernible del cuerpo que le otorga espesor y sensibilidad de su ser en el mundo.

Retomando a Le Breton, sí existe un cuerpo liberado y es el cuerpo joven y hermoso, sin ningún problema físico. “En este sentido, sólo habrá *liberación del cuerpo* cuando haya desaparecido la preocupación por el cuerpo. Y estamos muy lejos de esto”¹⁹, sentenció.

Bryan Turner, sociólogo británico, sugirió pensar al cuerpo como límite y medio, quien a su vez posibilita y restringe movimientos y deseos; resulta ser objeto de propiedad al instante que se asume como sujeto mismo (produzco y tengo un cuerpo)²⁰. Ya que Turner insistió pensar al cuerpo a partir de las paradojas que su definición conllevaba, se puede destacar que el sujeto es soberano de su cuerpo, al mismo tiempo que puede vivir la corporeidad como alienación.

El estudio de la categoría requirió acudir a lógicas socioculturales, a las

17 Idem 16.

18 Foucault, Michel. *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2003, p.27.

19 Le Breton, David. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Argentina, Editorial Nueva Visión, 2002, p.9.

20 Turner, B. *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*. Fondo de la Cultura Económica. México, 1989, Pp, 15-16.

representaciones que la propia sociedad le asignaba y a la discursividad que lo construía. De esta manera, el cuerpo emergió en los discursos sociales dominantes que lo moldeaban bajo procesos de socialización²¹.

Para profundizar en el cuerpo se trabajó sobre la Tesis de Grado de las Licenciadas en Comunicación Social Paola Laborde y Mariana Da Pieve Genta.

Desde la antigüedad Platón concibió al cuerpo como un recipiente capaz de contener el alma, o bien ésta debió cargar con una parte maldita: “la corporal”. En su reducción, el cuerpo era concebido como algo que tenía que desaparecer. He de aquí, el concepto de *cuerpo maldito*.

Las autoras destacaron la relación estrecha de la visión platónica con la perspectiva cristiana de que el mal se encontraba en el cuerpo humano a partir de ser considerado una fuente de deseos, de sexualidad, de vicios y de placer. Ante la negativa de eliminación -ya que ella conduciría a la muerte de todos los seres humanos- se puso en práctica una política lo más próxima posible a la desaparición: la prohibición. “De ahí que tenga que ser cubierto, ocultado, reprimido y censurado (...) De ser una carga o un recipiente se vuelve contra el mismo espíritu y se transforma en la fuente de la maldad y de los pecados del mundo”²².

Siguiendo con esta perspectiva, la dualidad del sujeto se dio por el cuerpo y por la razón. Para Descartes el hombre se identificaba con su pensamiento, mientras que su cuerpo era mera extensión, un objeto movido por la glándula pineal. En el pensar el alma se escindía del cuerpo, convirtiéndose éste en el “resto” de la persona. En sus *Meditaciones Metafísicas*, Descartes afirmaba: “No soy de ningún modo este ajuste de miembros al que se denomina cuerpo humano”²³, postulando la existencia del ser más allá de su corporalidad.

21 Turner, Bryan. *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*. En Donato Laborde, Paola y Da Pieve Genta, Mariana. Tesis de Grado, Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP), La Plata, 2010, p.29.

22 Tejada Gonzalez, J. *Cuerpo, modernidad y poder*. En Cachorro, G. *Cuerpo y subjetividad*. La Plata, Editorial EDULP, 2006, p. 41.

23 Citro, Silvia. *Cuerpos significantes*. Travesía de una etnografía dialéctica. En línea. [Http://www.scielo.org.ar](http://www.scielo.org.ar). Consultado el 14 de agosto de 2013.

Turner sostuvo que bajo el pensamiento racional el cuerpo se concibió históricamente como “la fuente de irracionalidad”, ya que dicha entidad se presentó como amenazante al orden social y a la estabilidad individual. Al respecto afirmó que “(...) buena parte de la cultura de occidente ha sido contemplada como una oscilación pendular entre la orgía y el ascetismo, la fuerza de Dionisios y Apolo²⁴”²⁵.

El cuerpo fue concebido, entonces, como algo distinto al hombre. El dualismo distinguía al hombre de su cuerpo, y de esta forma, el cuerpo era como un mero esqueleto, donde encontraba unidas sus partes sólo a través de engranajes.

Avanzada la modernidad se produjo un desarrollo significativo en la manera de concebir el cuerpo, ya no se lo consideró como algo que había que eliminar o una mera escisión del hombre, sino a partir de su utilidad. El *cuerpo útil* fue pensado desde el modelo de la máquina y utilizado como una más para la producción.

Es por eso que se volvió productivo y tuvo como valor la capacidad de producir bienes y servicios. “El cuerpo debe ser habilitado, domeñado,

24 Para Nietzsche la tragedia griega es el resultado de una pulsión entre dos divinidades: Apolo y Dionisios, entre dos fuerzas que el pueblo griego ha equilibrado de manera artística en un género inmortal. Esto es cierto, pero no es todo: El nacimiento de la tragedia es un libro que indaga en la naturaleza del hombre, pues preguntándose por la tragedia, Nietzsche ha buscado respuestas al problema del existir, y lo ha hecho reflexionando sobre estos paradigmas divinos: Apolo es el representante del equilibrio, de la forma armoniosa y bella, del control, la serenidad y la medida. Es el triunfo de la razón sobre los instintos, de la mente sobre la locura. Desde el punto de vista fisiológico, Apolo representa el sueño, pues sólo en ese mundo imaginario es posible encontrar la verdad bajo una bella apariencia. Dionisios (o Dioniso) representa el caos, el ocaso de la forma en múltiples fragmentos, el descontrol, la desmesura. De niño fue despedazado en jirones y vuelto a armar, con que la disgregación de toda unidad forma parte de su naturaleza. Desde entonces, ha viajado por el mundo sembrando la locura y descuartizando cuerpos en ritos orgiásticos. En su reino sólo hay lugar para el instinto, la fuerza sexual, extática, natural e incomprensible. El Hombre, cada uno de nosotros, convive con la influencia de estas divinidades. Día a día Apolo y Dionisios nos hablan, nos incitan, nos invitan a sus mundos opuestos, nos seducen con sus placeres, invocan nuestra fidelidad. La sabiduría del pueblo griego consistió en armonizar esas dos influencias; ellos supieron que favorecer a un dios en detrimento del otro es imposible, porque ninguno sabría existir sin la inquietante proximidad del otro.

25 Turner, Bryan. *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*. En Donato Laborde, Paola y Da Pieve Genta, Mariana. Tesis de Grado, Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP), La Plata, 2010, p.31.

administrado para el trabajo fabril y productivo. El cuerpo ahora importa e interesa, porque la fuerza de trabajo es la que mueve las transformaciones industriales y económicas”²⁶.

Y es así, como al servicio del sistema capitalista el cuerpo resultó sometido a la producción, dominado por un sistema que lo construye ideológica, física y violentamente. Siendo la administración de la vida indistinguible de los cálculos del poder, Foucault se refirió a la política como *biopolítica*²⁷ y afirmó:

Los mecanismos de poder se dirigen al cuerpo, a la vida, a lo que la hace proliferar, a lo que refuerza la especie, su vigor, su capacidad de dominar o su aptitud para ser utilizada. Salud, progenitura, raza, porvenir de la especie, vitalidad del cuerpo social, el poder habla de la sexualidad y a la sexualidad; no es marca o símbolo; es objeto y blanco²⁸.

En este sentido el filósofo francés propuso hablar de una microfísica del poder como una estrategia discursiva en la que las instituciones y demás aparatos sociales ponían en escena una construcción fragmentada y multiforme de procedimientos que trabajaban la materialidad del cuerpo²⁹. Consideraba de este modo el rol decisivo del *biopoder* para el desarrollo del sistema capitalista, puesto que “éste no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos”³⁰.

26 Tejeda Gonzalez, José Luis. *Cuerpo, modernidad y poder*. En: *Cuerpo y subjetividad*. Cachorro, G. (Editor), Buenos Aires, Editorial EDULP, 2006, p.41.

27 La noción de biopolítica la construye para explicar que a partir del siglo XXIII los fenómenos característicos de la vida humana ingresan en los cálculos del poder estatal, por lo que el poder soberano se transforma, así en un biopoder. El uso de lo biológico como componente de una tecnología política.

28 Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad*. Tomo 1: La voluntad de saber. Buenos Aires, Siglo XXI, 1990, p.178.

29 Foucault, Michel. *El cuerpo político*. En: Croci, P. y Vitale, A: *Los cuerpos dóciles hacia un tratado de la moda*. Buenos Aires, La Marca, 1993.

30 Idem 28, p.170.

Foucault postuló que el proceso de disciplinamiento del cuerpo se extendía al conjunto del tejido social, a través de diferentes instituciones y discursos sociales. Éstos últimos eran constructores y legitimadores de las representaciones del cuerpo, así como sus formas de disciplinamiento y control.

El cuerpo trascendió de recipiente maligno, esa escisión del hombre y de la conciencia que necesitaba eliminarse, a objeto útil y productor de bienes y servicios y, más adelante, a fuente potencial y viva de liberación de deseos. Es decir, se convirtió en un **cuerpo deseante**.

Friedrich Nietzsche estableció una filosofía basada en la corporalidad del sujeto. Para que un ser humano pudiera gozar de su cuerpo y tener conciencia de que era vehículo de deseo fue necesaria una cierta disciplina o fuerza interior que la mayoría no logró concebir. En este sentido, el escritor mexicano José Luis Tejeda González entendió que “el cuerpo listo y propicio para los goces carnales, para el desborde y los excesos del Dios de la vitalidad, entra en confrontación con el cuerpo habituado a una disciplina rigurosa y marcial que se propone metas superiores”³¹.

De esta manera, la contradicción dio lugar a la confusión y tensión. La necesidad de plantearse una nueva manera de concebir al cuerpo como fuente de deseo chocó con la conformación anterior de un cuerpo ordenado, riguroso, disciplinado y útil. La antropóloga, Silvia Citro, dijo al respecto:

La liberación del cuerpo ante la moral, la religión y la ética ha llegado a un punto culminante y, a su vez, se ha dado la superación del dualismo que permitía y avalaba la existencia de grillos coercitivos contra la parte maldita del ser. Ahora se daría una convergencia inusitada entre, por un lado, lo pulsional y reprimido, y por el otro, la idealización de las sociedades para rehacer y restablecer los equilibrios del yo y de la identidad personal y colectiva³².

31 Tejeda Gonzalez, J. *Cuerpo, modernidad y poder*. En: *Cuerpo y subjetividad*. Cachorro, G (Editor). Buenos Aires, Editorial EDULP, 2006, p. 44.

32 Citro, Silvia. *Variaciones sobre la corporalidad*. En: *Cuerpos significantes. Travesía de*

En relación a este punto, el psicólogo Sigmund Freud profundizó sus estudios en lo dionisiaco del ser. En este caso, se consideró al cuerpo la esencia del placer, la pulsión y deseo a partir del ello y del yo. Se liberaba lo oculto y lo reprimido de la psique humana y se demostraba que el cuerpo era moldeado por las relaciones sociales y la historia personal del sujeto. Para Freud, el “aparato psíquico” se regía por dos principios opuestos: el del *placer* -cuya finalidad era evitar el displacer y procurar el placer- y el de *realidad*, que modificaba al anterior, imponiéndose como principio regulador.

En este recorrido conceptual hizo su aparición un ***cuerpo social y cultural*** producto de la red semántica que tejía la compleja trama de sentido. En él convergían las marcas de la materialización de los discursos, en donde se pudieron conocer los modos de pensamiento y representación o reelaboración simbólica propias de la cultura.

Tejeda González expresó que los límites entre el cuerpo y el sujeto se volvieron evanescentes, preguntándose “¿Dónde y cómo se puede fijar la frontera entre el cuerpo y la espiritualidad o subjetividad?”³³.

Ante esto se debe mencionar a la sociología del cuerpo que emergió en la década de los sesenta, considerando a la corporeidad como una de las dimensiones de la estructura del sujeto individual y de la vida social.

Fue necesario recurrir a la concepción de cuerpo como una construcción social y cultural y, al mismo tiempo, establecer que las definiciones biológicas y fisiológicas no alcanzaban a registrar la complejidad del cuerpo humano. Le Breton afirmaba que el cuerpo era una construcción simbólica, no una realidad en sí mismo (...), nunca es un dato indiscutible, sino el efecto de una construcción social y cultural”³⁴.

Para la socióloga española, Ana Martínez Barreiro, las propiedades

una etnografía dialéctica. En línea. [Http://www.scielo.org.ar](http://www.scielo.org.ar) . Consultado el 14 de agosto de 2013.

33 Le Breton, David. Antropología del cuerpo y modernidad. Editorial Nueva Visión, 2002, p.14.

34 Tejeda Gonzalez, J. Cuerpo, modernidad y poder. En: Cuerpo y subjetividad. Cachorro, G (Editor). Buenos Aires, Editorial EDULP, 2006, p. 44.

fisiológicas del cuerpo fueron el punto de partida para la cultura que “hace de mediadora y las traduce en símbolos significativos: en un sistema de símbolos naturales. Esto significa que el cuerpo es un medio de expresión altamente restringido, puesto que está muy mediatizado por la cultura y expresa la presión social que tiene que soportar”³⁵.

Esta investigación buscó trabajar la concepción de cuerpo reconociendo una relación bilateral entre el sujeto y el mundo, en tanto “no puede constituirse el mundo como mundo y el yo como yo sino es en una relación”³⁶, y sosteniendo que el cuerpo es inevitablemente atravesado por los significantes culturales al tiempo que se constituye en productor de significantes en la vida social.

Existen dos grandes ramas transdisciplinarias en el modo de concebir el cuerpo. Por un lado, aquella que lo determinó como ser en sí y lo definió como *transformador*; y por el otro, la concepción donde el cuerpo fue construido y determinado por estructuras sociales, es decir, *transformado*.

Según Citro, para comprender la perspectiva fenomenológica³⁷ hay que remontarse a una proposición de Husserl: “La certeza del mundo, aquella creencia originaria de que la realidad está “ahí delante”, se me da a la experiencia perspectiva antes de todo pensar”³⁸. De esta manera, la corporeidad del sujeto es reconocida y revalorizada.

Desde el punto de vista de la representación, Foucault fue quien determinó a los discursos sociales como constructores y legitimadores de las representaciones del cuerpo así como sus formas de disciplinamiento y control. De esta manera, representó la visión en la que el cuerpo era

35 Martínez Barreiro, Ana. *La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas*. En: *La materialidad del cuerpo como poética discursiva del teatro*. España, Universidad de Coruña, Departamento de Sociología y Ciencias Políticas, 2004.

36 Citro, Silvia. *Variaciones sobre la corporalidad*. En: *Cuerpos significantes. Travesías de una etnografía dialéctica*. En línea. [Http://www.scielo.org.ar](http://www.scielo.org.ar) . Consultado el 14 de agosto de 2013.

37 La Fenomenología es un proyecto filosófico fundado por Edmund Husserl, que comprende un método y un programa de investigaciones. A este proyecto filosófico se le llama también fenomenología trascendental.

38 Idem 36.

producto del saber clasificatorio y del poder³⁹, construido por discursos que lo moldeaban y configuraban.

1.1.3 La corporeidad frente al cuerpo

El presente trabajo desarrolló la concepción de cuerpo, el cual es definido por la mayoría de los estudios como “algo con límites concretos”. Sin embargo, el esquema corporal es el que manifiesta la idea que tenemos de él.

Para Ana Martínez Barreiro la corporalidad se constituye en un instrumento de expresión “de nuestra propia personalidad que nos sirve para tomar contacto con el exterior, comparándonos con otros cuerpos y objetos”⁴⁰.

Es así que se puede hablar dentro del esquema corporal del cuerpo objeto, es decir, de la representación aislada que se hace de nuestro cuerpo en sí mismo, y del *cuerpo vivido*, que se refiere a la forma en que la corporalidad se manifiesta en las relaciones humanas y en la socialización.

El ser humano experimenta y es visto en el mundo a partir de su propio cuerpo. Para el filósofo Maurice Merleau-Ponty un individuo está ubicado en el cuerpo, que a su vez, está ubicado en el tiempo y en el espacio. A veces somos conscientes de nuestros cuerpos como objetos que se han de mirar, en espacios sociales concretos, mientras que en otros, como el hogar, no sintonizamos con nuestros cuerpos como objetos que han de ser contemplados⁴¹.

El espacio es la otra dimensión de la propia experiencia del cuerpo y de la identidad. Franquear el espacio es sortear objetos y personas. En

39 Idem. 35.

40 Martínez Barreiro, Ana. *La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas*. Universidad de La Coruña. Departamento de Sociología y Ciencia Política y de la Administración, España, 2004.

41 Citro, Silvia. *Variaciones sobre la corporalidad*. En: *Cuerpos significantes. Travesías de una etnografía dialéctica*. En línea. [Http://www.scielo.org.ar](http://www.scielo.org.ar). Consultado el 14 de agosto de 2013.

este sentido el espacio es tanto social como sensorial. Éste es externo para los individuos en cuanto impone reglas y normas particulares sobre ellos, e interno en cuanto es experimentado y transformado por ellos.

Los espacios públicos como la calle, la oficina y los centros comerciales, funcionan con normas distintas y determinan cómo hemos de presentarnos e interactuar con los demás.

Erving Goffman, sociólogo y escritor canadiense, proporcionó explicaciones concretas sobre cómo ocurre esto en el mundo social⁴². La definición del espacio como movimiento estructuralista y la presentación del *yo* como algo que los individuos tienen que captar e interpretar, es valiosa para una explicación del vestir como práctica corporal contextualizada.

En la mayoría de los espacios sociales el vestir conlleva normas implícitas, ya que existe un código de vestimenta que debe cumplirse. Muchas de estas reglas las aplicamos de modo inconsciente, salvo en situaciones formales que exigen cierto grado de conciencia corporal.

Las mujeres experimentan los espacios públicos de modo muy distinto a como lo hacen los hombres. Esto se debe a que los espacios también tienen género. Según Joanne Entwistle, profesora de sociología, el espacio impone sus propias estructuras en las personas, que, a su vez, pueden idear estrategias de vestir encaminadas a controlar ese espacio⁴³.

Así, es probable que la mujer profesional sea más consciente de su cuerpo y del vestir en los espacios públicos laborales que en el hogar. Los espacios laborales tienen distintos significados para las mujeres quienes desarrollaron estrategias especiales de vestir para controlar las miradas de los demás, sobre todo las de los hombres. Las mujeres más que los hombres ven sus cuerpos como objetos a los “cuales se ha de mirar”; en efecto puede afirmarse que la conciencia del aspecto corporal está influida por el género⁴⁴.

42 Goffman, E. *La identidad deteriorada*. Buenos Aires, Amorrortu, 1989, p. 152.

43 Entwistle, Joanne. *El cuerpo y la moda*. Una visión sociológica. Barcelona, Editorial Paidós, 2002, p.44.

44 *Idem* 43.

A partir de esto, se generaran experiencias de corporeidad diferenciales. Las mujeres suelen identificarse más con el cuerpo que los hombres, cuya identidad no está tan situada en el cuerpo.

1.1.4 Cuerpo y poder

Michel Foucault se interesó en estudiar los efectos del poder sobre el cuerpo humano. Para esto lo colocó en el centro del escenario considerando el modo en que las disciplinas emergentes de la modernidad estaban principalmente enfocadas en la actuación de los cuerpos individuales y de las poblaciones. De modo que construyó una micro política de regulación del cuerpo y una macro política de vigilancia de las poblaciones. En varias de sus obras investigó el origen y desarrollo de las instituciones modernas, y cómo a través de ellas se ejerció el control de los cuerpos y, por tanto, de las personas.

En *Vigilar y castigar* avanzó la idea sobre una *política del cuerpo*⁴⁵. Al hablar del *cuerpo de los condenados* afirmó que el mismo estaba directamente inmerso en el campo político, donde las relaciones de poder que operaban sobre él le obligaban a efectuar unas ceremonias y le exigían unos signos; y al mencionar los *cuerpos dóciles*, señaló que era dócil un cuerpo “que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado”, poniendo el ejemplo del soldado de comienzos del siglo XVII.

El autor desarrolló la *disciplina* como el arte de hacer obediente al cuerpo humano en las instituciones militares, médicas, escolares e industriales, y el lugar donde se construyó lo que denominó la *microfísica del poder*, analizando la distribución de los individuos en el espacio, por zonas y rangos, así como el control del empleo del tiempo.

Sin embargo, desde mediados del Siglo XIX hasta el XX, Foucault se dio cuenta de que este poder tan pesado no era tan indispensable como parecía; las sociedades industriales podían contentarse con un poder sobre el cuerpo mucho más relajado. Se descubrió entonces que el control a los cuerpos podía atenuarse y adoptar otras formas.

45 Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. México, Siglo XXI, 1997, P.p. 6-31.

Se presentó, así, un nuevo tipo de dominación que no se adecuaba a las formas de legitimidad acuñadas por el sociólogo Max Weber (tradicional, carismática y legal-racional)⁴⁶, sino que se fundamentaba sobre todo en una legitimidad de carácter técnico-científico o legitimidad en relación con el poder médico y la medicalización.

Como se señaló con anterioridad, este trabajo refiere al cuerpo humano que se construye socialmente al participar de la vida cultural. Éste es un mapa, un objeto signifiante que adquiere sentidos y significados en sus puestas en escena. El cuerpo es entendido como subjetividad, es decir, como experiencia vital de la experiencia humana.

La subjetividad no tiene materia, puede interpretarse en los sujetos y sus cuerpos. En este sentido la subjetividad se deduce de la manifestación corporal al tiempo que exige interpretaciones complejas porque en ella se anidan los deseos, placeres y pasiones del cuerpo que fueron elaboradas en forma desigual por los actores.

Desde la perspectiva del materialismo histórico, Jean-Mari Brohm, sociólogo crítico del deporte, desarrolló su reflexión sobre la *condición política del cuerpo*⁴⁷. Según este autor el humanismo del cuerpo que se vive en la actualidad no es más que una expresión de las exigencias del sistema capitalista, pues el hombre seguirá siendo un “apéndice de la máquina”, tal como lo determinó Marx, ya que la lógica del cuerpo sigue siendo la lógica del rendimiento.

Lo importante a efectos de la investigación fue señalar la teorización que el sociólogo Pierre Bourdieu realizó a lo largo de varias décadas

46 El sociólogo Max Weber distinguió 3 tipos de autoridad: Tradicional, racional-legal y carismática. La **autoridad tradicional** se basa en el principio de la costumbre, suele reflejarse en instituciones políticas con cargos hereditarios. El ejemplo más claro es él de los reyes que heredan el cargo y poder de sus padres y estos, de sus padres. La **autoridad racional-legal** basada en el derecho positivo. Refleja un reparto complejo y se basa en el principio de la legalidad: Regulación de autoridad por medio de las leyes. El presidente tiene autoridad racional-legal porque los ciudadanos lo han elegido. La **autoridad carismática** suele ser residual. Un dirigente se presenta como representante de un equipo, de una revelación divina. La autoridad carismática con el tiempo tiende a convertirse en autoridad tradicional. El Papa es el máximo representante de la revelación divina.

47 Brohm, Jean Marie. *Corps et politique*. París: Delarge, Coll. *Corps et Culture*. Sociología política del deporte, 1982, P.p. 82-83.

como respuesta parcial hacia la negación sistemática del cuerpo como una categoría y dimensión social. Toda la obra de Bourdieu estuvo explícitamente cruzada por la necesidad ineludible de entender el discurso sociológico del cuerpo como representación simbólica y única entidad capaz de materializar las prácticas sociales.

En ella sobresalió el concepto de *habitus* para expresar la ineludible necesidad de rescatar la dimensión corporal al análisis de lo social. Pierre Bourdieu no fue el único ni el primero en desarrollar teóricamente las implicaciones entre lo corporal y lo social, pero sí fue uno de los teóricos más radicales en este sentido, de ahí la importancia de sus aportes.

Bourdieu abundó en este concepto y definió:

Esta noción tiene como función principal la de marcar la ruptura con la filosofía intelectualista (e intelectualocéntrica) de la acción, representada en particular por la teoría del homo economicus como agente racional que la llamada Rational Action Theory ha puesto de moda en fechas recientes, a pesar de que numerosos economistas la han repudiado (muchas veces sin decirlo o sin saberlo). [El *habitus* describe] las formas más humildes de la práctica, las acciones rituales, las elecciones matrimoniales, las conductas económicas cotidianas, etc., escapando tanto del objetivismo de la acción, entendida como reacción mecánica carente de agente, como del subjetivismo, el cual describe la acción como la realización deliberada de una intención consciente, como libre propósito de una conciencia que establece sus propios fines y maximiza su utilidad mediante el cálculo racional⁴⁸.

De esta manera, el *habitus* se entendió como un concepto que se pliega y despliega en lo social. Pero el cuerpo no genera su propia vida fuera de lo social. El cuerpo es social, socializado y socializable, tanto como lo social es corporal, corporalizado y corporalizable. Ninguna de las dos dimensiones rebasa a la otra: una es la otra y viceversa⁴⁹.

48 Bourdieu, P. y Wacquant L. *Respuestas por una antropología reflexiva*. México, Grijalbo, 1995, Pp. 46-61.

49 Varela Hernández, Sergio. *Habitus: una reflexión fotográfica de lo corporal en Pierre*

Es en esta medida que la historia y la sociedad pueden ser entendidas.

Para Bourdieu “el mundo social es historia acumulada”⁵⁰. Y la acumulación de esta historia toma forma sólo en los cuerpos y se “objetiviza” en las instituciones sociales, que a su vez moldean y son moldeadas por la acción social de los *habitus* individuales y colectivos.

Si se hace caso a las proposiciones acerca del *habitus* y se remonta a las crónicas seleccionadas, las formas de vestir de las mujeres antofagasteñas (con holgadas polleras multicolores y sombreros para pelear el sol) y de la mujer de ciudad (ropa interior blanca y virginal), pueden caracterizar perfectamente la incorporación (o lo que es igual, la acumulación) a distintos niveles, intensidades y formas de los capitales simbólico, económico y cultural.

El cuerpo es el encargado de condensar lo social en todas y cada una de sus formas y representaciones: estéticas, lúdicas, militares, políticas, económicas, etc. Pero el mismo no agota lo social, en la medida en que sólo las relaciones que éste establezca con sus discursos, símbolos y sus diferentes economías y políticas crean plenamente lo social.

1.1.5 La importancia de la virginidad: vínculo cuerpo-mujer

A los efectos de este análisis fue importante considerar el vínculo existente entre el término *virginidad* y el significado que se le atribuye a la mujer a partir de la presencia o ausencia de ésta. Aunque se suele relacionar la palabra *virginidad* con madre de Jesús, en realidad la importancia de la castidad nació, como dijo el antropólogo Claude Lévi-Strauss, con las comunidades primitivas cuando los grupos comenzaron a intercambiar bienes para sobrevivir⁵¹.

Los primeros pobladores se dieron cuenta de que si los hombres

Bourdieu. Ciudad de México, Iberoforum, Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana, Enero-Junio 2009.

50 Bourdieu, Pierre. *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao, Desclee de Brouwer, 2001, p.131.

51 Lévi-Strauss, Claude. *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona, Planeta-Agostini, 1993, p.247.

procreaban con sus madres o hermanas, el hijo resultante podría nacer con malformaciones o problemas de salud, por lo que comenzaron a intercambiar a las mujeres que nunca se habían relacionado sexualmente como producto de trueque para asegurar de esta manera una descendencia sana.

El concepto de sexualidad de esta época estuvo permeado por la moral católica y por las costumbres del segmento social en cuestión. La moral se utilizó como mecanismo de control social, que en el caso de las mujeres se manifestaba por la virginidad: conservarla significaba ser doncella y perderla era sinónimo de casada o viuda⁵². Las solteras que no eran vírgenes denotaban cierto desorden social.

Es así que confirma la importancia de este factor la definición de Levi Strauss acerca de la mujer como “bien social de intercambio”⁵³. Si la virginidad es el elemento que define la calidad del bien, su despojo implica entonces la pérdida del valor y el daño al “bien ajeno”, lo que demanda un castigo a la autoridad.

Conforme las sociedades fueron evolucionando, la virginidad se convirtió en una garantía de que el padre de familia entregaría toda su herencia a hijos de su propia sangre. Se puede decir que la búsqueda de esta pureza surgió como un temor de los representantes del sexo masculino por algo que podía salirse de su control o que no les daba una seguridad plena.

En otras latitudes, se veía a la sangre que a veces brota al romperse el himen como una ofrenda para los dioses. En el México prehispánico, por ejemplo, para consagrar el templo de Huitzilopochtli en Tenochtitlan, el pan que se ofrendaba en sacrificio iba mezclado con la sangre de niños y vírgenes. En la antigua Roma, hasta el año 14 A.C. se ejecutó a vírgenes para apaciguar a los dioses.

Con la llegada del cristianismo, la virginidad dejó de relacionarse tanto

52 Dávila Mendoza, Dora. *Historia, género y familia en Iberoamérica (siglos XXI al XX)*. Caracas, Fundación Konrad Adenauer, Universidad Católica Andrés Bello, Instituto de Investigaciones Históricas, 2004, p.247.

53 Levi-Strauss, Claude. *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona, Planeta-Agostini, 1993, p.247.

con los bienes materiales y la descendencia (aunque siguió ligada a temas místicos) para convertirse en sinónimo de pureza. Las mujeres que podían ofrecer su cuerpo virginal seguían siendo las esposas ideales, una mujer que jamás mentiría o traicionaría como lo hizo Eva al comerse de un solo bocado esa manzana que representaba al pecado. Pero no sólo es una cuestión del credo católico; los textos del Corán están llenos de odas a la virginidad.

Y quienes difamen a las mujeres castas y no presenten cuatro testigos, azótenlos con ochenta azotes y rechacen su testimonio para siempre. Ellos son los hacedores del mal. Excepto aquellos que se arrepienten después de eso y hacen buenas obras. En verdad, Allah es Indulgente, Misericordioso (Corán 24:4-9)

Fue hasta la década de los setenta del Siglo XX cuando, después de la revolución sexual y la aparición de la píldora anticonceptiva, muchos jóvenes se rebelaron ante las normas sociales y religiosas, pregonando el amor libre, el sexo sin necesidad de matrimonio y la libertad de las mujeres para decidir cuándo, cómo y con quién querían iniciar su vida erótica.

Aunque esta emancipación es cada vez mayor y en la actualidad pareciera que cada fémina puede hacer lo que ella juzgue pertinente con su cuerpo, lo cierto es que en diversos países aún existen restricciones en cuanto a la virginidad.

En China, las autoridades vieron la posibilidad de multar a las jóvenes que tengan el himen alterado para “frenar las tendencias inmorales”; mientras que en Líbano el secuestro y la violación son una forma común de obligar a las mujeres a casarse contra su voluntad, porque en general el abuso asegura que la víctima contraiga matrimonio para disminuir la vergüenza de ya no tener himen.

Sin embargo, la integridad del himen no determina la virginidad de una mujer, ya que contrariamente a la penetración del pene en la vagina existen hímenes rotos o dilatados sin relaciones sexuales previas. El mismo pudo romperse por movimientos bruscos o juegos libidinosos infantiles.

1.1.6 El cuerpo habla: La comunicación no verbal

A comienzos de la década de 1960 se abrió un nuevo campo de investigación: la comunicación no verbal. La escuela de Palo Alto⁵⁴ profundizó particularmente en los aspectos no verbales de la comunicación, esto es, en la imposibilidad de permanecer sin comunicar. La nueva comunicación ya no era una simple relación entre dos personas en la que una envía la pelota a otra, sino que se concibió como un sistema cultural en el que se insertaba el individuo donde el efecto retro actuaba sobre la causa.

De esta forma, el cuerpo se presentó como una estructura lingüística que “hablaba” y reveló infinidad de informaciones aunque el sujeto guardase silencio. Al parecer, “hablamos con nuestros órganos fonadores, pero conversamos con todo nuestro cuerpo”⁵⁵.

Esta nueva forma de comunicación se comportó como una orquesta, donde cada miembro formó parte y en la que todo el mundo seguía una partitura invisible. En este sentido, la comunicación se definió como cualquier intercambio de información que se verificaba en el interior de un sistema de relaciones, con independencia del medio que se utilizase para comunicar y del hecho de que los interlocutores tuvieran o no conciencia de ello.

La presentación de uno mismo mediante señales no verbales, a través

⁵⁴ La historia de la Escuela de Palo Alto tiene sus orígenes en el año 1942 en una pequeña ciudad muy cerca del sur de San Francisco. Esta escuela se consolidó con los aportes de Gregory Bateson quien se asoció con Ray Birdwhistell, Edgard T. Hall, Erving Goffman, Paul Watzlawick, entre otros autores quienes propusieron la comunicación como el centro en el que se generan todas las actividades humanas y por ende es allí donde el ser humano realiza un proceso social dado que participa e interactúa con su entorno integrando modos de comportamiento como lo son la palabra, la mirada, el gesto y el espacio individual. Así pues, el principal aporte de esta escuela es que “el concepto de comunicación incluye todos los procesos a través de los cuales la gente se influye mutuamente. La comunicación fue estudiada, por tanto, como un proceso permanente y multidimensional, como un todo integrado, incomprendible sin el contexto en el que tiene lugar. (...) Se ubica la comunicación en un marco holístico, como fundamento de toda actividad humana”. Aquí se entiende holístico como el análisis que se hace de las acciones y de las interacciones que se ubican dentro de un contexto para poder tener sentido.

⁵⁵ A, Bercromie, *Paralanguage, British Journal of Disorders of Communication*, Londres, 1968, p.55

de lo que Erving Goffman llamó *glosario del cuerpo* fue, sin duda, una de los signos que más influyó en las percepciones, tanto en las reacciones de todos los individuos en general como en las de cada uno en particular.

Así, fue necesario invertir en el cuerpo volviendo al gimnasio, ya que el cuerpo fue el primer signo mediador en la nueva relación social; pues era aquello con lo que las personas se presentaban.

Goffman partió de la idea que para que la interacción social fuera viable, se necesitaba información de aquellos con quienes se interactuaba. Y era tanto a través de lo que decían y hacían, como de la propia apariencia, que dicha información se podía adquirir. En su teoría, un elemento importante era la “fachada personal” que definió como “la dotación expresiva empleada por un individuo de forma intencional o no”⁵⁶.

Los distintos componentes externos adquirieron importancia sobre todo por su significado social, es decir, por los mensajes más o menos manipulados que estuvieron en relación con el Yo y consiguieron comunicar algo.

Es así como el cuerpo habló por sí solo y la palabra enmudeció.

1.2 La mujer y los discursos

Lo femenino fue el producto creado y elaborado por la civilización, por un sustento teórico que fundamentó en los discursos la posición de la mujer en la historia. Éstos determinaron su accionar bajo cánones establecidos por los varones que las posicionaron en desigualdad frente al hombre.

No existió un discurso que fuera objetivado, librado de seducción. El acto científico fue una práctica discursiva: la de los discursos teóricos. La misma se encontró marcada por la voluntad de verdad y tuvo como consecuencia a un sujeto constructor de teorías que en su búsqueda de veredicción se autodestruyó en tanto hombre de ciencia.

⁵⁶ Goffman, Erving. *Ritual de la interacción*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1971, p.132.

La historia tradicional fuertemente patriarcal consideró a las mujeres como objeto. Con esto se las desprendió de su carácter de sujeto activo y formadoras de los acontecimientos históricos.

Esta Tesis recorrió de modo general la historia de la mujer en los discursos, vislumbrando aquellos relatos que desde la escritura y lenguaje la construyeron de un modo único y determinaron su condición por medio de la reproducción de los mismos.

Ya que la investigación refirió al papel de la mujer y su cuerpo dentro de la sociedad occidental, se tomó como punto de partida a la Grecia antigua.

La mitología griega ejerció una amplia influencia sobre la cultura, el arte y la literatura de la civilización occidental; es por esto que retomar las primeras construcciones que sobre las mujeres se hizo es tratar de identificar un momento perdido en la historia en donde se relegó a la mujer y se la destinó a la opresión.

Los primeros poemas de la cultura griega que fueron creados por Homero y Hesíodo supusieron el comienzo del desarrollo de la escritura y de la interpretación mítica. Hesíodo inauguró la creación de la mujer desde un punto de vista negativo, una figura fuerte que introdujo el mal en la vida de los hombres. En *Teonogía* se retrató a una mujer que era considerada un mal por sí misma, mientras que en “Trabajos y días” era la causa inocente de la dispersión de los males por el mundo. Este fue el primer ejemplo de cómo se humanizó en la figura de la mujer la caída del hombre, sus desgracias mundanas, sus vicios y deterioro.

La Odisea de Homero fue otro claro ejemplo de los primeros relatos de la historia y el rol que le otorgaron a la mujer. La figura de Helena era reconocida por dejar a su hijo y esposo para huir con su amante, fue de cierto modo la causante de una guerra. Lo mismo ocurrió con Briseida, quién dispersó a Aquiles. De una u otra manera estas figuras aparecieron por primera vez para ahondar profundo en lo que luego fue la construcción de la mujer en esta sociedad.

La autora Judith Butler consagró parte de su obra *El género en disputa*

a la cuestión de la norma masculina y *falogocéntrica* que sobre el discurso social, actual y de antaño medió la relación entre los sexos. Sostuvo además que en el discurso sobre la identidad y sobre el género, este último era un *hacer*. En esta idea se basaron las teorías actuales que no fijaron un sexo/género concreto sostenido por el sujeto, sino a partir de las contingencias de su vida.

Continuando el recorrido de los escritos acerca de la mujer, se llegó a la antigua Roma, cuna del derecho. Se destacó este momento de la historia por elaborarse los primeros textos de ordenamiento que rigieron a los ciudadanos y los que posteriormente sentaron las bases de la doctrina jurídica.

El Derecho Romano estableció las bases de la legislación civil de gran parte de Europa y toda América Latina. A pesar del transcurso de los siglos y apogeo del gran imperio, sigue siendo de gran influencia en muchos aspectos culturales, religiosos y académicos. La formación de las primeras leyes es la memoria discursiva que existe para comprender el papel otorgado a las mujeres en aquella época. No es menor entonces mencionar cómo aparecieron ellas en las leyes y qué derechos, deberes y obligaciones les fueron otorgados.

La mujer quedó excluida del ámbito de la interpretación y elaboración del derecho. La estructura del poder de la palabra condenaba a la mujer al silencio y miraba con extrañamiento su participación en dicho ámbito. Desintegrado el Imperio Romano e instalado un feudalismo que se caracterizó por un sin número de poderes locales, la Iglesia ejerció numerosas funciones propias del gobierno civil y tuvo decisiva influencia sobre el desarrollo social y cultural. Dispuso de una organización centralizada que constituyó la principal fuerza unificadora durante la Edad Media. También poseyó un enorme poder material y sagrado, a través de los sacramentos que desde el nacimiento hasta la muerte acompañaría al hombre durante toda su vida.

La Iglesia se propuso imponer el ideal cristiano de la paz, y los discursos que fundamentaron sus teorías tendrían reservado para la mujer una posición inferior. Las dos imágenes que pretendía instaurar como modelo en una sociedad cada vez más compleja, que había que dirigir con mano de hierro si se quería controlar, fueron la de

Eva y María. La primera de ellas fue creada con la costilla de Adán y propició la expulsión de ambos del Paraíso. La segunda, la de María, representó, además de la virginidad, la abnegación como madre y como esposa. Ambas visiones pueden parecer contradictorias pero reflejaron la impresión general de la época: lo ideal frente a lo real.

Repasemos los versículos (22- 23) Capítulo 2, Génesis.

Creación de la mujer

22. De la costilla que Yavé había sacado al hombre, formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces el hombre exclamó:

23. Esta sí es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada varona porque del varón ha sido tomada.

Las parcelas de poder que fue adquiriendo la Iglesia alcanzaron los niveles de moral marcado rígidamente por el sistema social. Ligado directamente a este aspecto, apareció la castidad como virtud central de la mujer y el clero fue el encargado de tratar la cuestión de la sexualidad. En este punto surgieron distintos debates que concluyeron en el mismo punto de exigencia para la mujer: despojar al acto sexual de todo goce y disfrute para entenderlo como un deber conyugal, que tiene como objetivo la procreación. De este modo, las relaciones sexuales eran permitidas dentro del matrimonio y con el esposo, castigando bajo pena de muerte las relaciones adúlteras.

La Edad Media fue atravesada por el teocentrismo; con esto la mayoría de las teorías que se gestaron, e inclusive la razón científica, fueron explicadas por una voluntad divina y mística. Fue el pensamiento central impuesto por los reyes católicos que comenzado el Renacimiento se convertiría en antropocentrismo. En esta época la imagen femenina se vio condicionada por el discurso masculino de quienes detentaban el poder de la palabra, de la cultura y tradición. El ideal de belleza femenina que instauró el Renacimiento quedó plasmado literalmente en un estereotipo.

Conocer la literatura renacentista es vislumbrar, desde un primer momento, un problema de género no sólo literario sino de imagen genérica sexual. La imagen de la mujer dentro de estos textos

tuvo un rol pasivo en comparación a la exaltación masculina. Esta estigmatización provino de los elementos contextuales, herencia del discurso clerical. El desconocimiento del cuerpo femenino y el miedo que representaba para ellos –los clérigos- fue una de las pruebas fehacientes de que el universo masculino se arrogó la supremacía, el *don de ser*. La mujer, en cambio, debió su existencia a la piedad divina.

En el trono sentada la figura de María no tiene género, ella fue madre sin conocer hombre y mantuvo su sexo intacto hasta su muerte. Con esta imagen la Iglesia logró que María no fuera una mujer sino una madre-virgen.

Durante el Renacimiento se desarrolló el interés por la belleza, el amor y el desnudo. La belleza fue considerada un signo visible de la bondad interior y de una condición social noble. El ideal de la belleza femenina en el Renacimiento fue la mujer de tez pálida, cabello rubio y rizado, caderas anchas y cintura y pecho pequeño.

Pero los vestigios de un momento histórico como la Edad Media sólo reforzaron la ilegitimidad del ser individual de la mujer, un verdadero *otro*. La mujer del Renacimiento estuvo ausente, nunca se supo que existió un género que sentía, amaba y vivía en forma particular y única. Sin embargo en este periodo existieron algunas obras que dieron lugar a las primeras manifestaciones literarias en pro de la libertad femenina. Inaugurada por Tomás Moro, su libro *Utopía* aportó una apertura al pensamiento de la época en relación a los bienes, el divorcio y la posibilidad del sacerdocio femenino. Luego, siguieron las obras de Juan Luis Vives, *Instrucción de la mujer cristiana*, Baltasar Castiglione, *El cortesano*, y Cornelio Agrippa, *De la nobleza y preeminencia del sexo femenino*.

Es pertinente aclarar que en el mundo literario las mujeres siempre estuvieron presentes. Pero siglos atrás las escritoras se vieron ante la necesidad de adoptar seudónimos masculinos para publicar sus obras. De este modo se evitó el castigo o la censura ya que durante muchos años se les prohibió el conocimiento. Tiempo después se siguió recurriendo al uso de un nombre falso para que sus obras fueran tratadas con respeto y evitar ser discriminadas o devastadas por los críticos de la época.

La escritora británica Mary Ann Evans se convirtió en el famoso Gorge Eliot. La baronesa Armandine Dupin se convirtió en George Sand. Otras autoras que ocultaron su identidad por su obra fueron: Alice Bradley quién adoptó el nombre de James Tiptree Jr para escribir ficción. También abundaron en el idioma español autoras como Fernán Caballero que no era más que Cecilia Böhl de Faber y Larrea. Victor Catalá era Caterina Albert. Y en la Argentina figura Emma de la Barca, quién escribió con el seudónimo de César Duayen.

En la edad Moderna todos los grandes estados continuaron con un modelo patriarcal que restringió a la mujer a un papel subordinado, aunque existieron excepciones de mujeres con un pequeño papel intelectual, sobre todo en el Siglo XVII. Existieron algunas damas cultas que sabían leer y escribir y que asistían a academias literarias y a salones nobiliarios, siempre ante la mirada satírica de algunos autores masculinos. Diversos teólogos, además, construyeron una imagen diabólica de la mujer por su papel bíblico: la pérdida del Paraíso.

Se destacaron las palabras de Santo Tomás de Aquino:

No se ha de desconfiar menos de las que son menos virtuosas, porque cuanto mayor es la virtud, tanto mayor es la inclinación, y bajo en encanto de su palabra se esconde el virus de la mayor lascivia.

Los moralistas reconocieron a la mujer como ser poco fiable, astuta e incluso malvada.

En todos los grupos, los padres decidían el casamiento de las jóvenes tras largas negociaciones sobre la dote. En la nobleza y la aristocracia el matrimonio era además un instrumento de la diplomacia para sellar alianzas políticas, resolver conflictos y asegurar la paz. En la nobleza y la alta burguesía las mujeres nobles aprendían la doctrina cristiana, a leer, a escribir y coser. La educación se desarrollaba en sus casas, con sus madres o con profesores particulares, o bien en conventos. Las amas de casa supervisaban la educación de sus hijos y dirigían a sus sirvientes.

Las mujeres no podían formar parte de los ejércitos (aunque algunas se

destacaron en el campo de batalla, como la famosa Juana de Arco), ni podían ser notarias, ni escribanas, como tampoco podían ocupar cargos de representación en los parlamentos locales. Únicamente podían participar en la supervisión de algunos hospitales.

Tanto en las clases altas como en las bajas la mujer se destacó por su papel de madre. La maternidad fue su profesión e identidad. Las mujeres ricas tenían más hijos que las pobres para asegurar la descendencia y también porque tenían capacidad para mantenerlos. En las clases altas existió una negativa generalizada a amamantar a los hijos, por lo que tuvieron sus propias nodrizas, que podían ser campesinas que ya habían destetado y necesitaban algún salario extra.

Desgraciadamente, a lo largo de los Siglos XVI y XVII, la mujer fue excluida de ciertas profesiones por los gremios. Se consideraba el trabajo femenino deshonesto e infame. No obstante, las mujeres campesinas y de clases bajas siguieron trabajando y compaginaron las tareas agrícolas con las de la casa o con la artesanía rural, la carda o el hilado de la lana, etc. También podían dedicarse al pequeño comercio de alimentos o al servicio doméstico.

El gran momento histórico que inició la Edad contemporánea fue la Revolución Francesa, el proceso social y político que en 1789 y 1799 sustituyó a una economía basada en el feudalismo por otra basada en el capitalismo. En este periodo se estableció el dominio de la burguesía. Las principales consecuencias fueron el destronamiento de Luis XVI, la abolición de la monarquía en Francia y la proclamación de la primera República.

En la Revolución Francesa fue la mujer la que incentivó las manifestaciones reclamando, más que todo, alimentos para su familia, además de sus derechos. Ellas no recibían la misma educación que los hombres, su único propósito era casarse y tener hijos. Debido a no ser escuchadas, habían sufrido y reclamado su igualdad. Los hombres deseaban que las mujeres permanecieran como amas de casa.

Su presencia se hizo sentir en los salones, en la cultura, en los cuadernos de queja, en las reuniones políticas y las calles. Se agruparon e intentaron redactar sus derechos como los hombres, pero frente a

este acto revolucionario muchas de ellas, pioneras, fueron guillotinas. El espacio donde podían leer las leyes, los periódicos o discutir de política fueron los “clubes femeninos revolucionarios”. A medida que la revolución se fue radicalizando también estos espacios de debate lo hicieron. A continuación se nombran algunos:

- Club de Republicanas Revolucionarias.
- Club de las Amazonas Nacionales.
- Club de las Damas de la Fraternidad.
- Club de las Amigas de la Ley.
- Sociedad de las Amigas de la Consolación.
- Sociedad Patriótica de la Decencia y de las amigas de la verdad.

El 5 de octubre de 1789 las mujeres fueron las primeras en agruparse para marchar al palacio de Versalles, las sublevaciones comenzaron con manifestaciones femeninas.

Había personas a favor de sus derechos como el marqués Nicolás de Condorcet, quien defendió los principios universales de libertad, igualdad y fraternidad. Aspiraba a que todas las personas tuvieran los mismos derechos y deberes, y se sintió defraudado cuando la “Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano” vetó a la mujer de unos supuestos derechos universales.

Tras el triunfo de la revolución surgió una contradicción evidente: una revolución que basaba su justificación en la idea universal de la igualdad natural y política de los seres humanos, negaba el acceso de las mujeres, la mitad de la población, a los derechos políticos.

La autora teatral y activista revolucionaria Olimpia de Gouges fue la protagonista de la contestación femenina. En 1791 publicó la “Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana” que fue un calco de la “Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano” aprobada por la Asamblea Nacional en agosto de 1789. Ella denunciaba que la revolución olvidó a las mujeres en su proyecto igualitario y liberador. Más adelante, luego de avanzar de modo significativo en la historia por medio de leyes, que de algún modo empezaron el camino hacia la liberación, la mujer nuevamente fue sometida al hombre. Las leyes Napoleónicas otorgaron a la mujer casada total obediencia hacia el

marido y el único modo de obtener el divorcio era si la amante de este vivía de hecho en el mismo techo familiar. Napoléon tenía una opinión que reservaba para las mujeres la exclusiva tarea de servir en el hogar, negándoles el acceso a la educación.

Pero el mundo contemporáneo ofreció a las mujeres la posibilidad de emanciparse en el ámbito político, social y jurídico. Con la redacción de la primera “Declaración sobre los Derechos de la Mujer y la Ciudadana” se inició un camino que comenzó en la Revolución Francesa pero continúa en la actualidad.

Capítulo 2

Objeto de estudio

2. Josefina Licitra: La cronista de lo invisible

Con 35 años es una de las plumas latinoamericanas más estremecedoras de la narrativa de no ficción. Sus historias desnudan un mundo cruel y desigual, en donde las mujeres y los adolescentes suelen ser sus protagonistas.

En 2004, la Fundación de Nuevo Periodismo que dirige el escritor Gabriel García Márquez la premió por *Pollita en Fuga*, la crónica de Silvina, una quinceañera que lideraba una banda de secuestradores. El diario *Clarín* había titulado: “Está embarazada, tiene 15 años y se dedica a secuestrar”. Pero cuando Licitra fue a entrevistarla en la clandestinidad, Silvina había perdido a esa criatura que crecía en su vientre. “Yo quería un hijo para poder tener algo”, le dijo, y Licitra lo escribió.

No sólo redactó esa línea. Ahí donde los medios vieron una delincuente avezada, la escritora descubrió una historia de abandono e injusticia. Es por esto que se convirtió en una ilusionista: hace visible aquello que los otros no logran o no quieren ver⁵⁷.

Licitra afirmó:

No me siento cómoda cuando me dicen cronista. Yo siento que soy periodista y tengo un modo específico de contar las cosas que se puede encuadrar en el género de la crónica. Pero más allá de eso, tuve 800 millones de laburos como periodista basura; no nací en el huevo de la crónica y ando por el mundo en puntas de pies⁵⁸.

Si bien desde 1994 escribe para medios nacionales como las revistas *Orsai*, *Rolling Stone*, *Newsweek*, *Veintitrés*, *Dulce Equis Negra*

⁵⁷ Simonetti, Marcelo. *La cronista de lo invisible*, Revista Mujer, La Tercera, Chile, 2011.

⁵⁸ Entrevista en el programa *Mirá quién vino*, FM Nacional Rock, FM 93.7, Argentina, 2013.

y *Lamujerdemivida*, y para revistas extranjeras como *Gatopardo* (Colombia), *El País Semanal* (España) y *Etiqueta Negra* (Perú) fue en *La Nación* donde se encontró con otra pluma insigne de la crónica: Leila Guerriero. Para algunos, que los nombres de Guerriero y Licitra asomasen en un género dominado por los hombres era una buena noticia. Para Licitra no:

Escribir crónicas exige mucho tiempo fuera de tu casa y hay muchas mujeres que tienen obligaciones domésticas significativas. No creo que sea una buena noticia que dos mujeres estén haciendo crónicas. Cuando escucho, por ejemplo, que hay mujeres trabajando en el CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) yo pregunto: ¿Y qué? Cada vez que una mujer llega a una instancia habitada por hombres se convierte en tema, y yo quisiera que dejara de serlo⁵⁹.

No hay banderas feministas en el discurso de Licitra, pero se encarga de recoger esa desigualdad de género sufrida por las mujeres. Cuando viajó al pueblo de Antofagasta de la Sierra, en Catamarca, no evitó estremecerse:

Las mujeres eran (para los hombres) un cuerpo lleno de orificios y silencio. Si quedaban embarazadas, no hacían reclamos: tenían a sus niños solas y se pasaban la vida sin tener la mínima noción de lo que era una ‘familia’ y -menos aun- de lo que eran los deberes legales de un padre para con sus hijos⁶⁰.

La autora escribió sobre una manzana de Antofagasta de la Sierra, el barrio de San Juan, donde viven 80 madres, una infinidad de niños, unos pocos perros y ningún varón. Esas mujeres se organizaron, hicieron valer sus derechos, y con lo que lograron recaudar de sus parejas abandonadoras consiguieron vivir juntas, solas, sin hombres.

“Cuando me enfrento a estas realidades, lo primero es el extrañamiento,

59 Bercromie, A. *Paralanguage*, British Journal of Disorders of Communication, Londres, 1968.

60 Licitra, Josefina. *El barrio de las mujeres solas*. Revista Etiqueta Negra, Perú, 2009.

el asombro. Hay que tratar de escribir como si uno fuera un caballo con un bocado: cuando uno ve no hay que dar lugar a todos los elementos accesorios que puedan influir a lo que va a salir publicado. No se puede no ser subjetivo”⁶¹, afirmó la periodista.

Explicar desde dónde uno escribe sin llegar a redactar un texto catártico parece ser la meta de la autora:

Es interesante ver cómo se trabaja a una primera persona explicando desde dónde uno se posiciona: desde qué coordenadas sociales, culturales, históricas y hasta neuróticas uno escribe e intentar hacerlo con delicadeza, para que esto, insisto, no sea un espacio de catarsis. Uno está lleno de prejuicios, y no está mal que así sea, pero hay que ir limándolos. Es, en todo caso, aclarar desde dónde uno está contando las cosas⁶².

2.1.1 Licitra, ¿último estandarte del género?

Lo niega. Ella insiste en que no es uno de los últimos estandartes que sostiene el género de la crónica en la República Argentina:

Hay un recambio generacional que es lógico, con gente que tiene muchas ganas de escribir. En todo caso, hay que ver si la crónica en el formato que está teniendo se mantiene tal cual o tiene algún tipo de renovación, insisto, generacional⁶³.

En este país no es barato hacer crónicas. Es un género que tiene un componente un poco marginal en los diarios y en las revistas, quizá, por un tema de costos.

Te insume tiempo. Uno puede estar dos semanas o incluso más siendo la sombra de una persona. Si bien cada uno lo va matizando, no es que se dedique en ese tiempo

61 Entrevista en el programa *Mirá quién vino*, FM Nacional Rock, FM 93.7, Argentina, 2013.

62 Simonetti, Marcelo. *La cronista de la invisible*, Revista Mujer, La Tercera, Chile, 2011.

63 Idem 61.

exclusivamente a eso, acá no existe el “New Yorker”⁶⁴ que te paga 5 mil dólares por estar un mes buscando algo. Así y todo, si uno se hace el tiempo después te cuesta encontrar el espacio en los medios convencionales. No es sólo una cuestión de dinero sino de falta de espacio⁶⁵.

Hacer una crónica no es un trabajo común. Insume tiempo, cansancio y, en general, como no se asume como vocera del entrevistado hay que poder respetar la mirada del otro, que no es cosa fácil. Y Licitra lo vivió en carne propia:

Las pocas veces que me hicieron entrevistas es muy raro de ver la mirada del otro sobre uno. Muchas veces uno se siente malinterpretado o sacado de contexto, y hay que tratar de distinguir en qué casos te sacaron de contexto y en qué casos es la mirada del otro. La crónica no es grata, en ese sentido. No es tan fácil que el retratado se quede contento con lo que uno hizo, porque uno no reproduce la mirada del otro; uno trata de ser fiel a la mirada propia⁶⁶.

Y es a partir de esa mirada que ingresa en la crónica un personaje principal: el narrador. El rol que éste juega es intenso y hasta controvertido. La autora aseguró que sólo cuando le otorgue al texto dinamismo y atracción el narrador podrá ser personaje en su historia.

Me parece que no se juega una cuestión narcisista o vanidosa en la primera o en la tercera persona. Uno puede leer textos en primera persona absolutamente egocéntricos, con marcas autorales por todos lados, donde queda bien en claro quién es el que está escribiendo; y textos en una primera persona muy humildes. Me gusta citar a Rodolfo Palacios, autor del libro sobre Calos Eduardo Robledo Puch *El ángel negro*, que es un ejemplo claro de cómo la primera persona se puede

64 The New Yorker es una revista estadounidense semanal que publica críticas, ensayos, reportajes de investigación y ficción. Aunque se concentra preferentemente en la vida social de Nueva York, The New Yorker tiene una amplia audiencia fuera de esta ciudad debido a la calidad de sus periodistas.

65 Entrevista en el programa *Mirá quién vino*, FM Nacional Rock, FM 93.7, Argentina, 2013.

66 Entrevista en el programa *Mirá quién vino*, FM Nacional Rock, FM 93.7, Argentina, 2013.

abordar sin ser vos el protagonista. El trabajo de Rodolfo es muy humilde y es un trabajo en el que él está muy presente como narrador y como protagonista casi secundario de la historia⁶⁷.

Es evidente que a ella no le interesa la figura del periodista “que se las sabe todas”. Cree que si uno trabaja a partir de las fisuras personales y hace explícitos los errores que cometió durante la investigación, ayudará a la honestidad y por ende a la solidez de la historia.

Hay una idea que apareció en las crónicas “Cómo es perder la virginidad” y “El barrio de las mujeres solas” que fue la del periodista falible, el periodista que caminó con su falla a cuestas, y eso hizo que si bien fueran crónicas en primera persona, no sean vanidosas. O al menos no más vanidosas que otras.

2.1.2 La Nueva Crónica Latinoamericana

Para el presente trabajo se seleccionaron dos crónicas periodísticas escritas por Josefina Licitra. En sus relatos la autora narró las vivencias de mujeres y cómo éstas debieron enfrentarse a distintas situaciones de la vida. Protagonistas que a pesar de las diferencias temporales y espaciales guardaron algo en común que en mayor o menor medida las acariciaron de cerca: su rol de mujer y la relación que mantuvieron con sus cuerpos.

La periodista se detuvo en los detalles relacionados con el cuerpo como un componente de la identidad, entendiéndolo como una representación de la psiquis de cada individuo; como unidad constitutiva y no constituyente.

Al trabajar en el análisis discursivo y semántico de dos crónicas se tuvo en cuenta la denominación de *discurso social* que para el filósofo, Marc Angenot⁶⁸, es todo lo que se habla y se escribe en un estado de sociedad.

Según la clasificación de géneros discursivos de Mijail Bajtín, crítico

67 Entrevista en el programa *Mirá quién vino*, FM Nacional Rock, FM 93.7, Argentina, 2013.

68 Angenot, Marc. *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2010, p.113.

literario y filósofo del lenguaje soviético, las crónicas corresponden a los géneros secundarios o complejos, dado que no se trata de un intercambio discursivo espontáneo sino del relato de hechos que ocurrieron con anterioridad al momento de la enunciación⁶⁹.

Los fragmentos de enunciados que tienen un origen espontáneo (citas directas) perdieron su relación inmediata con la realidad al ser reelaborados en el relato volviéndose parte de la trama narrativa. Dentro de los géneros secundarios, corresponden al género periodístico, y dentro de él, a la crónica, ya que detalla los acontecimientos y predomina la secuencia narrativa.

La crónica es “la información más detallada sobre un hecho que ha acaecido, del que el periodista ha sido testigo presencial. Generalmente es más extensa y minuciosa que la *noticia* propiamente dicha, puesto que a los datos básicos añade aquellos complementarios y particularizados, pudiendo incluir observaciones subjetivas”⁷⁰.

El material que constituyó el corpus revistió un interés particular porque refiere a historias reales a partir de un registro cercano a lo literario pero, a la vez, periodístico, en las que la subjetividad de la enunciativa atraviesa las descripciones y los eventos que se relatan. Es decir, buscan poner en evidencia la presencia de una periodista involucrada afectivamente con lo narrado.

Es por esta intervención subjetiva del locutor que el término crónica es utilizado para definir al relato de un hecho acompañado de observaciones y juicios de valores del periodista.

A diferencia de lo señalado con anterioridad, en el periodismo hegemónico la crónica recurre a estrategias diversas a fin de conceder a la estrategia de objetividad que pesa sobre ella. Es por eso que se hace uso de la tercera persona, la marcación del tiempo y el espacio, y/o la mención de fuentes legitimadas para marcar la distancia entre el narrador objetivo y aquel otro subjetivo que acarrea consigo infinidad de prejuicios y modos de posicionarse frente al mundo.

⁶⁹ Bajtin, Mijail, *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 1982, p.248.
⁷⁰ Castelli, Eugenio. *Manual de periodismo. Teoría y técnica de la comunicación impresa*. Buenos Aires, Editorial Ultra Plus, 1981, p.57.

Ahora bien, Licitra utiliza técnicas de ficcionalización que hacen emerger la subjetividad incluso en el uso de la tercera persona. Tanto los relatos del barrio de San Juan como su fallida primera relación sexual no se presentan como historias cerradas o totalizadoras, sino que importan por el detalle. Al acentuar la focalización en un aspecto, escena o episodio, aparentemente secundario, generan en el lector una serie de sentimientos y emociones universales.

He de aquí, la importancia de separar las nociones de *Crónica hegemónica* y *Nueva crónica Latinoamericana*, según las autoras Adriana Callegaro y María Cristina Lago en el trabajo *La crónica latinoamericana: cruce entre literatura, periodismo y análisis social* de la Universidad Nacional de la Matanza⁷¹.

Crónica Hegemónica	Nueva crónica latinoamericana
Mirada que busca la ilusión de objetividad y distancia.	Mirada subjetiva que busca proximidad con el cronista.
Interés noticioso por ricos, famosos, poderosos.	Interés por lo cotidiano: historias mínimas de personajes anónimos.
Ambición por abarcar la totalidad.	No renuncia a la totalidad pero lo hace a partir de detalles.
Fuentes autorizadas: jueces, funcionarios públicos, etc.	Testigos o protagonistas dando cuenta de los hechos.
Construcción cronológica del relato alineado a la agenda: la noticia mira al poder.	Técnicas de producción como el montaje y el collage de imágenes. Abordaje fragmentario.
Paradigma del consenso: naturaliza las diferencias y niega el conflicto.	Paradigma del conflicto: toma en cuenta las relaciones sociales entre las clases y las disputas.

⁷¹ Callegaro, Adriana; Lago, María Cristina. *La crónica latinoamericana: cruce entre literatura, periodismo y análisis social*. Quorum académico. Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela. Vol. 9, núm. 2, julio-diciembre 2012, pp. 246-262.

En la estructura de estas crónicas se debe distinguir, como en toda narración, tres puntos constituyentes:

- Una introducción
- Un desarrollo
- Un desenlace

Lo que difiere en cada crónica particular es la manera cómo en esas tres partes se distribuyen los datos del acontecer y, en especial, la forma en que en una narración literaria se entrelazan las secuencias.

En el material seleccionado la locutora utilizó la denominada *pirámide normal modificada*, en donde “en el copete o *lead* se ofrece una síntesis de lo más importante de la crónica, y luego, en el *cuerpo* del texto, un relato cronológico”⁷².

Esta forma periodística seleccionada por Licitra es la más compleja, ya que en caso de que un lector no quiera leer sus crónicas o se encuentra con poco tiempo, encuentra en el copete lo esencial de la información y puede enterarse primero de lo importante; pero si la crónica es de su especial interés y quiere profundizar detalles, encontrará a continuación un relato pormenorizado, ordenado y claro.

2.1.3 La conversión de lo real en relato

Para que el contenido real se convierta en relato, deben realizarse una serie de procesos de transformación que reduzcan la infinitud de lo real en un sintagma narrativo delimitado por un principio y un fin. Dicha reducción resulta de una serie de selecciones que toma a su cargo un enunciador, en este caso Josefina Licitra, desde cuya mirada se relatan los hechos y se presentan los actores en un determinado contexto de acción.

Es por esto que en todo texto narrativo se distinguen tres características⁷³:

⁷² Castelli, Eugenio. *Manual de periodismo. Teoría y técnica de la comunicación impresa*. Buenos Aires, Editorial Ultra Plus, 1981, p.57.

⁷³ Genette, G. *Figures III*. París, Seuil, 1972, p.68.

- *La historia*: conjunto de acciones, lo que se cuenta.
- *El relato*: modo en el que se cuenta la historia.
- *La narración*: acto narrativo por el cual una persona asume la responsabilidad de narrar esa historia a través de la materialidad del relato.

El corpus de crónicas elegido se constituye en relatos significativos con los que se vehicularán significados enmascarados de historias tomadas de la realidad.

- *El barrio de las mujeres solas (2009)*

Revista Etiqueta Negra, Perú, 2009.

Existe un barrio en el norte argentino donde las mujeres viven solas. En medio de la cordillera, en un lugar abandonado por el hombre y la civilización, donde apenas hay registros de un estado interventor se extiende el barrio de San Juan en la provincia de Catamarca. Un sitio inhóspito, una sucursal –dirá Licitra- del infierno. Allí subsisten ochenta familias con madre e hijos, y sin hombres.

- *Cómo es perder la virginidad (2009)*

Revista Soho, Colombia, 2009.

La autora, en un relato autobiográfico, cuenta sus dos primeras experiencias sexuales. La primera de ellas, desafortunada, y la otra, donde el himen se rompe y pierde la virginidad.

María Isabel Filinich, Licenciada en Literatura, definió el punto de vista o perspectiva, desde la cual el narrador da cuenta de la historia, como una interacción entre el sujeto y el objeto⁷⁴. La autora retomó al semiótico francés Jaques Fontanille para caracterizar la noción de punto de vista presente en la literatura: “Esta noción remite tanto a la posición de un sujeto como a la de un objeto: hay una operación de interacción en juego”⁷⁵.

⁷⁴ Filinich, María Isabel. *Enunciación*. Buenos Aires, Eudeba, 1998, p.71.

⁷⁵ Fontanielle, J. *El giro modal en semiótica*. En Filinich, María Isabel. *Enunciación*. Buenos Aires, Eudeba, 1998, p.70.

La aprehensión de un objeto es casi imperfecta y puede generar dos tipos de estrategias por parte del sujeto: o bien el sujeto recorre el objeto observando y retiene diversos aspectos para realizar una secuencia de puntos de vistas; o bien el sujeto elige un aspecto típico y reorganiza todo el objeto alrededor de él⁷⁶.

Al ver, el narrador brinda al lector las características del objeto percibido de manera fragmentaria siendo, pues, el lector el que deba reconstruir el objeto a partir de las partes: “(...) hay una voluntad narrativa de construir un universo completo, aunque esa completud se siguiera mediante la construcción de universos fragmentarios”⁷⁷.

El lingüista francés, Tzvetan Todorov, consideró que la mirada constituye distintos aspectos o tipos de percepción por medio de los cuales se evidencia la relación existente entre un ÉL (de la historia) y un YO (del discurso), es decir, entre el personaje y el narrador. El autor señala tres tipos de percepción según sea una relación de menor o mayor grado de saber respecto de lo que se narra, entre el personaje y el narrador:

- Narrador -----> personaje (visión “por detrás”): típica del relato clásico donde el narrador sabe todo; sus personajes no tienen secretos para él.
- Narrador **igual** personaje (visión “con”): el narrador sabe tanto como los personajes. Puede usar la primera o la tercera persona pero siempre según la visión que tiene de los acontecimientos el mismo personaje.
- Narrador <----- personaje (visión “desde afuera”): sólo puede describir lo que ve, lo que oye, porque sabe menos que los personajes.

⁷⁶ Callegaro, Adriana; Lago, María Cristina. *La crónica latinoamericana: cruce entre literatura, periodismo y análisis social*. Quorum académico. Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela. Vol. 9, núm. 2, julio-diciembre 2012.

⁷⁷ Castelli, Eugenio. *Manual de periodismo. Teoría y técnica de la comunicación impresa*. Buenos Aires, Editorial Ultra Plus, 1981, p.57.

Capítulo 3

Metodología y Técnicas de análisis

3. Investigación Cualitativa: fundamentación de su uso

El método utilizado para llevar a cabo la Tesis de grado fue el cualitativo. A partir de este enfoque se identificó la naturaleza profunda de las realidades, su sistema de relaciones y su estructura dinámica, produciendo datos que comúnmente se los caracteriza como más “ricos y profundos”, no generalizables en tanto están en relación con cada sujeto, grupo y contexto, con una búsqueda orientada al proceso.

En relación a esto, la autora Ruth Sautu sostuvo en el texto *Manual de metodología*⁷⁸, una justificación de por qué una investigación cualitativa también tiene su aspecto positivo y hasta con resultados aún más productivos y certeros, tomando a esta metodología como una de las más sugerentes y profundas en cuanto a análisis de procesos sociales o comunicacionales.

El paradigma cualitativo plantea el vínculo entre pensamiento y realidad, teniendo por convicción una realidad modelada y construida por nuestro pensamiento. En el mismo el propósito consiste en describir e interpretar la vida social y cultural de quienes participan. Esta investigación enfatiza en el significado (interpretación que hace el autor de su realidad), contexto (aspectos que forman parte de la vida social, cultural, histórica, física del actor) y cultura (qué hace el actor, qué sabe y qué construye y utiliza)⁷⁹.

En este enfoque todo se encuentra sobredeterminado por el objetivo final. Aquí se pretende la determinación dialéctica del sentido, por medio de la operación de desentrañar significados, teniendo siempre en cuenta los objetivos delimitados.

El diseño cualitativo constituye un proceso abierto en relación a la selección de participantes/actantes en la producción del contexto

⁷⁸ Sautu, Ruth. *Manual de metodología*. CLACSO, Buenos Aires, 2005, P.p. 45-52.

⁷⁹ Idem 78.

situacional como también concierne a la interpretación y análisis. Son estos conceptos los que se conjugan en el investigador-que es quién integra lo que dice y quién lo dice.

La articulación de los contextos situacional y convencional no son neutrales ni inocentes, ya que el primero para entender la red de relaciones sociales despliega la técnica como artefacto, mientras que el segundo despliega la técnica en la red de relaciones lingüísticas generando un sentido en la unidad del proceso de investigación. Así en la investigación cualitativa el investigador es el lugar donde la información se convierte en sentido.

Se eligió trabajar con dicha metodología para abordar el discurso sobre la mujer como un hecho social. A partir de allí evidenciar en dichas construcciones la perspectiva desde la cual Josefina Licitra se posiciona para escribir sus crónicas y cuáles son los factores externos que la constituyen como enunciatra.

Este método permitió vislumbrar cómo se describió el cuerpo de la mujer a través del tiempo en base a una indagación que contempló la observación, la flexibilidad y una perspectiva global integradora.

Al iniciar una Tesis de investigación, además de plantearse los objetivos y el método desde el cual se posicionarán los investigadores, se debe pensar en las técnicas que se utilizarán para la recolección de información en relación al método escogido. Las mismas se detallarán a continuación.

3.1 Análisis del discurso

El analista del discurso es considerado como un profesional capaz de articular saberes provenientes del campo en el cual el discurso es producido con los conocimientos elaborados por las ciencias del lenguaje.

Ya que las personas son seres sociales y lingüísticos, para entenderse necesitan tener en cuenta que nacen y se hacen en sociedad, de la que toman conocimientos, pensamientos, formas de estructurar lo que los

rodea, hábitos, moral, cultura y lenguaje. Éste no es un compartimiento estanco, sino que está confundido con todo lo demás.

El lenguaje estructura el pensamiento, permite la comunicación y otorga significado a lo que ocurre. Al unir el lenguaje -en su sentido amplio, que incluye toda gestión de símbolos más allá de las palabras- con la vida en sociedad, se obtienen los discursos.

El discurso social según el autor Marc Angenot es todo lo que se habla y se escribe en un estado de sociedad⁸⁰. Sistemas genéricos, reportorios tópicos, y reglas de encadenamiento de enunciados que organizan lo decible- lo narrable y opinable- y aseguran la división del trabajo discursivo.

Hablar de él es abordar los discursos como hechos sociales, y a partir de allí, como hechos históricos. Es describir un objeto compuesto, formado por una serie de subconjuntos interactivos, de elementos metafóricos, donde operan tendencias hegemónicas y leyes tácitas. Los géneros y los discursos, sostuvo Mijail Bajtín, no forman complejos recíprocamente impermeables sino que son penetrados por visiones del mundo, tendencias y teorías de una época determinada⁸¹.

Una de las herramientas que se tomaron para abordar las crónicas de Josefina Licitra fue el análisis del discurso. Este es un campo de estudio muy complejo y necesariamente multidisciplinar que surgió históricamente de varios frentes, especialmente en el seno de la lingüística, cuando se deseaba seguir avanzando en la comprensión del lenguaje.

Analizar el discurso implica articularlo con lo social, entendido ya sea como situación de enunciación, institución, estructura social, condiciones de producción, esferas de la vida social o, simplemente, contexto⁸². Para reconocer este aspecto compartido es que se retomaron algunas afirmaciones de manuales recientes.

80 Angenot, Marc. *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2010, p.113.

81 Bajtín, Mijail, *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 1982, p.248.

82 Arnoux, E. *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires, Santiago Arcos, 2006, p.13.

Las autoras españolas, Helena Calsamiglia y Amparo Tusón, señalaron que el análisis del discurso es un instrumento que permite entender las prácticas discursivas que se producen en todas las esferas de la vida social en las que el uso de la palabra – oral y escrita- forma parte de las actividades que en ellas se desarrollan.

Se puede aplicar –y se está aplicando- a ámbitos como la sanidad, la divulgación del saber, la administración de la justicia, los medios de comunicación de masas, las relaciones laborales, la publicidad, la traducción, la enseñanza, es decir allá donde se dan relaciones interpersonales a través del uso de la palabra y personas con características diferentes (por edad, sexo, lengua, nivel de conocimiento, origen de clase, origen étnico, profesión, estatus, etc.) se ponen en contacto (hombres y mujeres, enseñantes y aprendices, médicos y pacientes, especialistas y legos, administradores y usuarios de la administración, anunciantes y consumidores, etc)⁸³.

Por su parte, Dominique Maingueneau, lingüista francés, dijo que el interés que gobierna el análisis del discurso es el de aprehenderlo como articulación de un texto y un lugar social, es decir, que su objeto no es ni la organización textual ni la situación de comunicación, sino aquello que los anuda a través de un modo de enunciación⁸⁴.

Pensar los lugares independientemente de las palabras que ellos autorizan o pensar las palabras independientemente de los lugares de los que forman parte, sería permanecer fuera de las exigencias en las que se basa el análisis del discurso. La noción de “lugar social” no debe ser considerada de manera sociológica. Puede tratarse de un posicionamiento en un campo discursivo. En todos los casos se debe poner en evidencia el carácter central de la noción de género de discurso, que a título de “institución discursiva” desbarata toda exterioridad simple entre “texto” y “contexto”. El dispositivo enunciativo corresponde a la vez a lo verbal y a lo institucional⁸⁵.

83 Calsamiglia, H; Tusón. A. *Las cosas del decir: Manual de análisis del discurso*. Barcelona, Ariel, 1999, p.26.

84 Maingueneau, Dominique. *Peut-on assigner des limites a l'analyse du dis-cours? Modeles linguistiques*. Lille, 1999, p. 65.

85 Maingueneau, Dominique. *Peut-on assigner des limites a l'analyse du dis-cours?*

Maingueneau enfatizó el hecho de que, desde su enfoque, el análisis del discurso se interesa por la forma en que se relacionan enunciativamente un modo de organización textual y un lugar social, por lo cual en este caso la noción de género es central. El género es “institución discursiva” en tanto haz de rasgos verbales asociados a una práctica social que, a su vez, define.

La acentuación del vínculo con el universo social que se evidencia en estos textos —concebido más o menos dialécticamente según los casos— exige en el análisis apelar no sólo a los saberes lingüísticos sino también a los de otras ciencias, particularmente las ciencias sociales ya que son las que pueden dar cuenta de las “prácticas sociales”. Es una de las primeras razones por las cuales se habla del análisis del discurso como campo interdisciplinario.

Otro modo de abordar el carácter interdisciplinario del análisis del discurso deriva en que puede convocar, de diferentes maneras e integrándolas si es necesario, disciplinas lingüísticas variadas.

Elvira Arnoux citó en su trabajo *Análisis del discurso: Modos de abordar materiales de archivo*⁸⁶ al filósofo francés Michel Pecheux acerca de la finalidad misma del análisis discursivo, con la cual se coincide. Este teórico planteó que lo crucial, lo que estaba en juego en el análisis del discurso era construir interpretaciones. Y aclaró que: “el análisis del discurso no pretendía instituirse en especialista de la interpretación dominando el sentido de los textos, sino solamente construir procedimientos que expusieran a la mirada lectora niveles opacos a la acción estratégica de un sujeto”⁸⁷.

Lo anterior se vincula con una concepción de sujeto como aquel que sólo tiene un dominio parcial sobre su palabra, que no controla totalmente su discurso, que no es dueño de lo que dice, que metafóricamente es también hablado por otro. El análisis devela así lo que el sujeto no se propone decir pero dice por las opciones que hace. Esto lleva a que la pertinencia de los fenómenos discursivos que el

Modeles linguistiques. Lille, 1999, p. 65.

86 Arnoux, E. *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires, Santiago Arcos, 2006, p.19.

87 Pecheux, Michel. *Sur le contextes épistémologiques de l'AD*. Mots, 9, 1984, p.15.

analista focaliza o las marcas que privilegia estén determinadas, en la mayoría de los casos, por otro campo que no es el de una disciplina lingüística sino el del Derecho, el Psicoanálisis, las Ciencias de la salud, la Educación, la Historia, los Medios, la Política, etc.

Así se retoma al autor Carlo Ginzburg para ubicarse en el marco de disciplinas regidas por lo que define “paradigma de inferencias indiciales”. Como ilustración Ginzburg reseñó el método de Morelli para establecer la autoría de cuadros antiguos. Para ello este experto rastreó las señales que poseían la involuntariedad de los síntomas y de la mayor parte de los indicios: eran los detalles menos trascendentes y por lo tanto no influidos por las escuelas pictóricas, como los lóbulos de las orejas, las uñas, etc.⁸⁸.

Morelli afirmaba que, paradójicamente, “a la personalidad hay que buscarla allí donde el esfuerzo personal es menos intenso”⁸⁹. En el análisis del Moisés de Miguel Ángel, Freud aplicó este método basado en lo secundario, en los datos marginales, a la interpretación de la obra de arte. Es una operación de develar lo fundamental, lo que genera el efecto estético a partir de marcas involuntarias, de detalles periféricos, de rasgos desdeñados, no observados habitualmente.

Este modo de pensamiento conjetural —afirmó también Ginzburg—, es lo que caracteriza a Sherlock Holmes, quien interrogó indicios que a la mayoría resultaban imperceptibles y formuló hipótesis a partir de ellos.

El analista del discurso, por su parte, opera de una manera próxima a la de los ejemplos dados. Considera al discurso como un espacio que expone las huellas del ejercicio del lenguaje por parte de los sujetos. Supone que en cada punto o tramo de la cadena hay un abanico de posibilidades de cuyos integrantes uno se realiza en el discurso; que, globalmente, se adopta un dispositivo enunciativo y formas de puesta en secuencia o modos de organización del texto y se desechan otros.

En la opción pueden intervenir tanto restricciones genéricas,

⁸⁸ Ginzburg, Carlo. *Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales*, en *Mitos, emblemas, indicios*, Barcelona, Gedisa, 1999, p.2.

⁸⁹ Idem 88, p.3.

situacionales o propias de la variedad sociolingüística del sujeto como imperativos psicológicos o ideológicos. En algunos casos, puede ser resultado de decisiones conscientes pero, en general, no lo son. Son fenómenos a los que el hablante no presta atención, fenómenos periféricos, secundarios del decir. Es en ellos en los que se interesa el analista del discurso. Lo crucial para él es cómo selecciona las huellas, o por qué a algunas de esas huellas las considera indicios reveladores de alguna regularidad significativa o de los cuales puede inferir un origen o causa, o, en términos más generales, cómo aparece el vínculo caso/regla. Esto depende del problema al que intenta responder el análisis y, a partir de él, de un proceso de relevamiento gracias a procedimientos exploratorios variados de algunos fenómenos recurrentes, así como de la permanente puesta en relación de los rasgos discursivos que se van identificando con saberes no lingüísticos.

El análisis del discurso se encuentra en plena fase de expansión. No existe un paradigma dominante. Se trata de un campo de estudio que sigue cobrando forma con rapidez y que se aplica a todo tipo de contextos. Si bien coexiste una perspectiva muy lingüística, que pretende un análisis aséptico de los discursos, es muy habitual que los analistas se conciben como agentes de cambio, es decir, como personas que tienen la responsabilidad de denunciar los efectos de los discursos, de hacer explícitos sus componentes, de dar a conocer cómo la construcción de la realidad está fuertemente mediatizada por los discursos que recibimos y habitualmente mantenemos y repetimos.

3.1.1 Componentes que rodean al discurso

3.1.2 El contexto

El discurso tiene lugar en un contexto muy concreto que lo hace comprensible. Se aprecia que el contexto juega un rol fundamental en la descripción y explicación de los textos escritos y orales. A pesar de que no existe una teoría del contexto, el concepto es utilizado por diversos expertos en una variada amplitud de significados.

En la línea de enfoque del lingüista Teun Adrianus van Dijk se puede

definir como: “La estructura que involucra todas las propiedades o atributos de la situación social que son relevantes en la producción y comprensión del discurso”⁹⁰; así los rasgos del contexto no sólo pueden influir en el discurso (escrito y oral) sino que es posible lo contrario: puede modificar las características del contexto; tal como pueden distinguirse estructuras locales y globales en el discurso, lo mismo puede darse con referencia al contexto.

Entre las primeras se ubican el ambiente (tiempo, ubicación, circunstancias, etc.) los *participantes* y sus *roles socio-comunicativos* (locutor, amigo, presidente, etc). El contexto global se hace evidente o relevante en la identificación del desarrollo o proceso del discurso en acciones de las organizaciones o instituciones conocidas como “procedimientos” (legislaciones, juicio, educación, reportaje o informes). Del mismo modo el contexto global se manifiesta cuando los participantes se involucran en interacciones como miembros de un grupo, clase o institución social (mujeres - hombres; “winka”- mapuche; anciano-joven; jefe-empleado; el proceso educativo; el parlamento, la Corte, o la Policía).

Elementos que conforman el contexto:

- *Temporal*: Es importante conocer los puntos clave de cada época para analizar los discursos en el contexto donde tuvieron lugar. Así, por ejemplo, en la sociedad actual se encuentra saturada de información, pero el conocimiento es limitado y se construye cada vez más en función del mercado. Éste invadió muchas esferas de la vida cotidiana. Los valores imperantes están definidos por la tradición ética (libertad, justicia, solidaridad, igualdad), y cada vez más por el mercado (oportunidad, eficiencia, crecimiento, movilidad, éxito y/o riqueza).

La post-modernidad, una época caracterizada por el materialismo y el individualismo, también muestra una clara efervescencia de movimientos sociales, que canalizan el descontento de muchas personas frente a las directrices políticas y al protagonismo del mercado. Es una época donde las comunicaciones revolucionaron y permitieron muchas dimensiones de interacción, aunque las noticias son generadas por muy pocas agencias

90 Silva, Omer. *El análisis del discurso según van Dijk y los estudios de la comunicación. Razón y palabra*. Número 26. En línea. [Http://www.razonypalabra.org.mx/antecedentes//n26/osilva.html](http://www.razonypalabra.org.mx/antecedentes//n26/osilva.html). Consultado 24 de octubre de 2013.

en todo el mundo. En función de cuál es el motivo del discurso, la misión del grupo ideológico, etc. unos aspectos del momento histórico serán más relevantes que otros.

- *Geográfico*: Junto con el elemento “tiempo”, el “lugar” completa las características físicas del contexto. Como es obvio, el lugar en el que se desenvuelve el discurso es fundamental. El discurso de un líder político en un municipio se entenderá mejor si se comprenden las características de la zona, aunque éstas serán también insuficientes si no se cuenta con una visión más amplia, puesto que todo discurso local absorbe y hace suyos componentes que provienen de otros discursos más amplios. Así, *tiempo* y *lugar* coexisten con los demás elementos en el estudio de contexto sociocultural. El momento y el lugar apuntan a un contexto social y cultural concreto. Es importante conocer los conflictos sociales, las reivindicaciones de los diferentes grupos, las relaciones de poder y oportunidad que se establecen, los problemas que propagan los medios de comunicación, los líderes ideológicos que dirigen las situaciones.

- *Social*: Es fundamental para entender los discursos, puesto que éstos no sólo se generan en su seno, sino que se crean con la intención de provocar cambios sociales o de resistirse a ellos, manteniendo el estatus social del grupo. En cada momento y lugar existen determinadas instituciones sociales con mayor poder sobre las demás, o colisiones entre ellas. En unas pueden ser estructuras religiosas, en otras serán políticas, en otras económicas, etc. Es importante acceder o construir un mapa satisfactorio del contexto social, con las fuerzas que lo definen y los canales que utilizan. Por lo que aunque es importante contar con una visión de conjunto, terminaremos ciñéndonos a los aspectos específicos más ligados al motivo del discurso que estamos analizando.

- *Psicológico*: Cuando se pone en marcha una campaña de publicidad, por ejemplo, no se está pensando en grupos sociales, sino en individuos concretos. Se apunta a los segmentos de la población, pero se desea llegar a cada persona, puesto que las personas son las unidades básicas de consumo. Es importante conocer cómo se toman las decisiones individuales, la dinámica de los sistemas de valores y de los procesos de aprendizaje. Por esta razón, el análisis del discurso es una tarea multidisciplinar, ya que requiere el trabajo de profesionales de diferentes áreas de especialización. Los discursos, como las campañas, suponen

una forma de comportarse concreta y así se diseñan las metáforas, los recursos lingüísticos, las argumentaciones, etc.

En ocasiones, el discurso mezcla lugares, tiempos, culturas. Esta unión tiene una función concreta. Siempre hay un lugar, tiempo y cultura de referencia y los demás elementos se utilizan como contraste o como apoyo o como medio para remarcar el carácter inferior, rudimentario, retrógrado o incompatible de “los otros”.

Sabedores del poder de las palabras, los discursos cuidan su utilización. Las palabras tienen mucha fuerza. La palabra (por mucho que ha avanzado la transmisión de imágenes y sonidos) sigue siendo el medio de influencia más idóneo⁹¹. El poder que poseen es evidente en todos los contextos. Los insultos, las expresiones de cariño, las exclamaciones, las interjecciones de pánico o de sorpresa son oportunidades cotidianas para entender la capacidad que las palabras poseen para generar efecto en los receptores.

El escritor español, Ramón Nieto, dijo que la palabra tiene un papel prioritario en las culturas, las sociedades y la religión. Para los *bantúes*, por ejemplo, el recién nacido es una cosa y no pasa a ser humano hasta que se le asigna un nombre. Para Galileo Galilei, la capacidad para expresar todo tipo de sentimientos y pensamientos a otros, mediante veinticuatro letras, es el mayor de los inventos.

La palabra ha fascinado y fascina. Pero también se denuncia su vaguedad o su insuficiencia. No todo parece susceptible de ser expresado mediante palabras, y el significado de éstas siempre admite facetas múltiples. Para los políticos, la palabra es fundamental, comenzando por su propio nombre y el nombre de su partido⁹².

91 Nieto, Ramón. *Lenguaje y política*. Madrid, Acento Editorial, 2000.

92 Arnoux, E. *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires, Santiago Arcos, 2006, p.19.

3.2. Categorías de análisis en las crónicas seleccionadas

3.2.1 Referencias deícticas

Las lenguas tienen la capacidad de gramaticalizar algunos elementos del contexto, a través del fenómeno de la deixis, fundamentalmente dentro de lo que se conoce como *indexicalidad*.

La deixis se ocupa de cómo las lenguas codifican o gramaticalizan rasgos del contexto de enunciación o evento de habla. Ésta fue objeto de interés para la Pragmática, dada su función de indicador contextual, tanto en la elaboración como en la interpretación de los enunciados. Los deícticos son elementos que conectan la lengua con la enunciación y se encuentran en categorías diversas que no adquieren sentido pleno más que en el contexto en que se emiten. Existen cinco tipos de deixis. A continuación se detallarán cada una de ellas.

1) Deixis personal: Señala las personas del discurso, las presentes en el momento de la enunciación y las ausentes en relación a aquellas. Funcionan como deícticos de este tipo:

a) Pronombres personales y posesivos: *yo-tu-él/ella-nosotros-vosotros-ellos. Mío-tuyo-suyo-nuestro-vuestro-de ellos.*

b) Morfemas de flexión verbal: Sistema de tiempos verbales. Quien habla es el **yo**, sin duda, pero a través del **tú** podemos seleccionar a diferentes interlocutores, de forma individual o colectiva.

Lo mismo ocurre con el **nosotros**, que puede equivaler a un **yo+tu/ ellos/ ellas/ustedes** (Inclusivo) o a **yo+X** (él) (Exclusivo), y ese X puede estar presente o no en el momento de la enunciación. Con el **nosotros** sucede algo similar, ya que puede incluir a todos o parte de los presentes (y el resto pasar a ser parte de ellos o nosotros), o a todos o parte de los presentes más alguien ausente. En cuanto a la tercera persona ya sea en singular: **él**, o en plural, **ellos**, se nombra a lo que se excluye del marco estricto de la interacción.

2) Deixis social: Al uso de las personas gramaticales hay que añadir las posibilidades que ofrece la deixis social y que permite ya no solo seleccionar a los actores, sino también caracterizarlos socioculturalmente.

La deixis social señala las identidades de las personas del discurso y las relaciones entre ellas mismas, o entre ellas y la audiencia.

Ejemplo: Los elementos del sistema de tratamiento formado por algunos pronombres (vos/usted), los apelativos (che, pibe) y los honoríficos, que son marcas de distinción (su majestad, su excelencia, su alteza).

3) Deixis espacial: Organiza el lugar en que se desarrolla el evento comunicativo. Para ello se selecciona del entorno físico, aquello que interesa destacar, y se sitúa en el fondo fuera del escenario aquello que no interesa. La deixis espacial señala los elementos de lugar en relación con el espacio que crea el locutor. Cumplen esta función:

a) Adverbios o perífrasis adverbiales de lugar: *ahí, allí; cerca, lejos; arriba, abajo; delante de, detrás de; a la derecha de, a la izquierda de.*

b) Pronombres demostrativos: *esta/e, esa/e, aquella/o.*

c) Verbos de movimiento: *ir, venir; acercarse, alejarse; entrar, salir; subir, bajar.* La deixis espacial tiene además una función muy importante (si se quiere metafórica) para marcar el territorio, el espacio público y el privado y, como consecuencia, para señalar la imagen y la distancia de las relaciones sociales.

Ejemplo: Expresiones del tipo “Pasarse de la raya”, “meter la pata”, “ponerse en su sitio”.

4) Deixis temporal: Indica elementos temporales tomando como referencia el ahora que marca quién habla como centro déictico de la enunciación. Cumplen esta función:

a) Adverbios y locuciones adverbiales de tiempo: Pueden ser déicticas o cotextuales.

Ejemplo de déicticos temporales: *ahora, ayer, mañana.*

Ejemplo de déicticos cotextuales: *entonces, la víspera, el día siguiente.*

b) Morfema de flexión verbal temporal: Uso de los tiempos verbales.

c) Algunas preposiciones y locuciones prepositivas: *antes de, después de, desde, a partir.*

d) Algunos adjetivos: *actual, antiguo, moderno, futuro, próximo*.

5) **Deixis textual:** Señala y organiza las partes del texto unas con respecto a las otras. El tiempo en sí mismo se convierte en un espacio y tiempo de referencia, donde existe un antes y un después. Son piezas esenciales para marcar la organización textual, ya que se utilizan para señalar las otras partes del texto. Se suelen utilizar expresiones adverbiales de lugar y tiempo: *en primer lugar, antes que nada, primero de todo, por un lado, por otro, por una parte, por otra*.

3.2.2 Teoría de la Enunciación

La corriente teórica que puso su centro en el proceso de enunciación, recogió los conceptos de diálogo y heteroglosia⁹³ de Bajtín. Se desarrolló a partir de los escritos de Benveniste y formuló la necesidad de considerar que la actualización del sistema de la lengua cuenta con el aparato formal de la enunciación, es decir, con los componentes del proceso por el que se desenvuelve el uso de la lengua en el discurso.

Benveniste fijó las bases de la subjetividad en el lenguaje, que proyectó principalmente en tres aspectos: la inscripción de los interlocutores en el texto, la modalización y la polifonía, continuados por teóricos como Ducrot, Kerbrat y Bronckart, entre otros⁹⁴. La teoría de la enunciación permitió definir la unidad discursiva básica -el enunciado- y entenderlo como un producto de la enunciación -actuación lingüística en contexto.

Además, permitió comprender que en los enunciados aparecen marcas o huellas lingüísticas que coloca el enunciatario para que sean interpretadas por el enunciatario.

⁹³ Noción acuñada por el filósofo ruso Mijaíl Bajtín, relacionada con el concepto de heteroglosia o plurilingüismo, para designar el radio de acción de la voz de un personaje dentro de una novela; voz que, inevitablemente, se mezcla, de una manera o de otra, con la del autor. Forman estas zonas, según Tzvetan Todorov: los semidiscursos de los personajes, las diferentes formas de transmisión ocultas por el discurso del otro, las palabras y expresiones dispersas de este discurso y la invasión de elementos expresivos extraños en el discurso del autor (puntos suspensivos, interrogaciones o exclamaciones).

⁹⁴ Calsamiglia H. y Tusón A. *Las cosas del decir: Manual de análisis discursivo*. Barcelona, Ariel, 1999, p.24.

3.2.3 Polifonía

Los lingüistas Valnetín Voloshinov y Mijail Bajtín fueron los primeros en subrayar el carácter heteroglósico y dialógico del lenguaje. Para ambos, la palabra tenía dos caras: una que venía determinada por la persona que la emitía y otra que venía determinada por la persona a quién iba dirigida, y eso imprimía un carácter dialógico a cualquier enunciado. Éstos no son de las lenguas sino de la comunidad histórica que los hablaron y lo continúa haciendo.

La translingüística de Bajtín en “Problemas de la Poética de Dostoievsky”⁹⁵ fue una concepción del uso de la lengua como un diálogo vivo y no como un código, que rompió con la idea de un único sujeto hablante que coincidía con quien materialmente emitía el mensaje.

Para estudiar la polifonía, Bajtín tuvo en cuenta el discurso referido, el diálogo interior, la parodia, la ironía, el debate y la controversia, así como las distintas manifestaciones del discurso distante, explícito o evaluado. La palabra en el lenguaje es parcialmente ajena: se convierte en propia cuando el hablante la empapa con su propia intención y la adapta a lo que quiere expresar. Antes del momento de la apropiación la palabra no existe en un lenguaje neutro e impersonal. El hablante, decía Bajtín, no va a buscar las palabras al diccionario antes de hablar: el hablante va a buscar las palabras a las bocas de los demás, donde existían en otros contextos, otras intenciones⁹⁶.

El lingüista francés Oswald Ducrot recogió la herencia de Bajtín al plantearse la multiplicidad del sujeto y volverlo problemático.

En su obra “El decir y lo dicho”⁹⁷ propuso una concepción polifónica de la enunciación y descubrió en el sentido de los enunciados que “el decir es como una representación teatral, como una polifonía en la que hay una presentación de diferentes voces abstractas, de varios

95 Bajtín, Mijail. *Problemas de la poética de Dostoievsky*. Fondo de Cultura Económica, México, 1988, p. 255.

96 Silva, Omer. *El análisis del discurso según van Dijk y los estudios de la comunicación*. Razón y palabra. Número 26. En línea. [Http://www.razonypalabra.org.mx/antteriores/n26/osilva.html](http://www.razonypalabra.org.mx/antteriores/n26/osilva.html). Consultado: 24 de octubre de 2013.

97 Ducrot, Oswald. *El decir y lo dicho*. Argentina, Hachette, 1984, p.153.

puntos de vista y cuya pluralidad no puede ser reducida a la unicidad del sujeto hablante”⁹⁸. En un mismo enunciado están presentes varias entidades polifónicas con niveles lingüísticos y funciones diferentes, figuras discursivas que el propio sentido del enunciado genera.

El autor distinguía tres entidades polifónicas vinculadas con el sujeto hablante: un *sujeto empírico* (ser material), que es el productor efectivo del mensaje; un *locutor* (ser de discurso), que es el responsable del acto de enunciación; y finalmente, la figura del *enunciador*.

El locutor es el que puede evocar y atraer una diversidad de voces (la propia, la ajena, voces proverbiales y/o voces anónimas). Éstas aportan puntos de vista y perspectivas con las que el locutor puede coincidir, estar muy próximo o bien distanciarse. Por esta razón, la polifonía es una noción que cuestiona la unicidad del emisor y permite la diversidad de voces en los textos.

3.2.4 Los islotes textuales

El fragmento atribuido al enunciador de un discurso citado recibe habitualmente el nombre de *islote textual*. En los textos periodísticos está frecuentemente indicado por bastardilla o comillas.

En este tipo de discurso referido, el islote está perfectamente integrado a la sintaxis: es únicamente la tipografía la que permite ver que no es asumido por el informador.

Ejemplo: Afirmó que podría tener “consecuencias sobre la vida”.

3.2.5 Citas abiertas

La lingüista Jaqueline Authier Revuz se refirió a la heterogeneidad mostrada para explicar la inserción explícita del discurso de los otros

⁹⁸ Silva, Omer. *El análisis del discurso según van Dijk y los estudios de la comunicación*. Razón y palabra. Número 26. En línea. [Http://www.razonypalabra.org.mx/antiores//n26/osilva.html](http://www.razonypalabra.org.mx/antiores//n26/osilva.html). Consultado: 24 de octubre de 2013.

con el propio⁹⁹. La cita es el procedimiento discursivo que incorpora un enunciado en el interior de otro con marcas que indican claramente la porción del texto que pertenece a la voz ajena. En el discurso oral, la prosodia actúa como señalizador principal, junto con otras marcas verbales. En el discurso escrito, en cambio, se ponen en juego signos gráficos como los dos puntos, las comillas, etc., para identificar las citas. Toda cita tiene un Discurso Base (D₁) que incluye un Discurso Citado (D₂), cuyos responsables son respectivamente dos locutores distintos (L₁ y L₂). Las citas pueden ser de estilo directo e indirecto:

- El estilo directo: Se distingue porque supone una ruptura entre el D₁ y el D₂: cambia la entonación, cambia la construcción sintáctica y el centro deíctico. Por este motivo, el estilo directo mantiene dos situaciones de enunciación y es muy habitual en las conversaciones cotidianas.

Ejemplo: Entonces el vecino le dijo “oye, a estas horas todo está cerrado, pero nos podemos acercar a un kiosco que no cierra en toda la noche”.

- El estilo indirecto: Es otra forma de introducir el discurso del otro. Se inscribe verbalmente como un solo locutor (L₁) que incorpora un solo centro deíctico, el relacionante introductor, y el D₂ que se representa con marcas deícticas correspondientes al locutor de D₁.

Ejemplo: Entonces el vecino le dijo que a esas horas todo estaba cerrado, pero que se podían acercar a un kiosco que no cerraba en toda la noche.

- Citas encubiertas: Authier se refirió también a la heterogeneidad constitutiva, es decir al discurso de los otros que está en los discursos propios (heteroglosia, intertextualidad, polifonía), sin que se encuentren señales explícitas que lo manifiesten¹⁰⁰. Se trata de una forma solapada de introducir en el propio enunciado la voz de otros. Por eso se puede decir que en los textos encontramos ecos que se manifiestan en el llamado estilo indirecto encubierto. En este caso se reproduce una voz ajena sin dar ninguna señal ni sintáctica, ni deíctica, ni gráfica. Es una repetición de lo que dicen otros, con apropiación: se adopta, pues, un sistema conceptual ajeno. Pueden suceder dos cosas:

⁹⁹ Authier Revuz, Jacqueline. *Revista Language. Hétérogénéité(s) énonciative(s)*, 1973.

¹⁰⁰ Authier Revuz, Jacqueline. *Revista Language. Hétérogénéité(s) énonciative(s)*, 1973.

- Que se adjudique la responsabilidad enunciativa a una voz ajena, añadiendo expresiones tales como: “Para X”, “Según dice”, “En palabras de”, “Así lo ha confirmado”.
- Que no se adjudique a ninguna fuente, dándose lo que se llama fusión de voces, de tal manera que el locutor reformula los lugares comunes, las visiones, las creencias de la colectividad, fusionando su vos con la de todos y con las voces cristalizadas del lenguaje mismo.

Como se dijo, puede suceder que el locutor no coincida con la voz que trae al discurso (la de otro enunciador). Un caso característico es el de la **ironía**, también comentada por Ducrot, como ejemplo prototípico de la disociación entre el sujeto locutor y el enunciador: “Es una figura que modifica el sentido literal primitivo para obtener un sentido derivado. El locutor (L) no es homologado al enunciador (E), origen del punto de vista expresado en la enunciación”¹⁰¹. El fenómeno de la ironía es, por ende, otra forma de exponer la distinción entre estos actores. El locutor activa un enunciador virtual del que el locutor se hace responsable. El desajuste entre el contenido del enunciado y la situación en la que se produce, obliga a entender otra cosa distinta de lo dicho literalmente y para ello se necesita complicidad entre quien emite los enunciados irónicos y quien los recibe e interpreta.

2.3.6 Referencia absoluta

No es necesario remitirse a la situación de enunciación para entender el significado referencial. Está en relación con la competencia ideológica y cultural de cada sujeto.

Ejemplo: “Juan vive en Buenos Aires”.

2.3.7 Referencia Contextual

La referencia anafórica o anáfora es un mecanismo mediante el cual un elemento del texto remite a otro que apareció anteriormente,

¹⁰¹ Ducrot, Oswald. *El decir y lo dicho*. Argentina, Hachette, 1984, p. 153.

denominado antecedente. Se establece, pues, una relación interpretativa entre dos unidades lingüísticas en la que la segunda unidad adquiere sentido por su relación con la que se mencionó.

El fenómeno de la anáfora se inscribe entre los procedimientos lingüísticos que otorgan cohesión a un texto, como la progresión temática y la conexión. El estudio de las relaciones anafóricas constituye uno de los grandes objetivos de la gramática del texto y su desarrollo en la lingüística textual.

La anáfora recubre un tipo de relación simétrica a la de la *catáfora*. Algunos autores denominan *diáfora* al fenómeno que incluye ambos mecanismos, la referencia anafórica y la catafórica, pero el uso hizo que en muchos trabajos se emplee anáfora como término único que incluye también la *catáfora*. Benveniste opone el empleo anafórico de una expresión a su empleo deíctico, como ocurre con los pronombres demostrativos.

3.2.8 Cargas valorativas del léxico

En un acto de enunciación se comunican intenciones y valoraciones acerca del mundo. Subjetivemas vinculados con lo afectivo y evaluativo (axiológicos-valores- y no axiológicos). Estas últimas evaluaciones pueden aparecer vehiculizadas en sustantivos y adjetivos, denominados subjetivemas nominales, y verbos, denominados subjetivemas verbales.

- Subjetivemas nominales: se trata de sustantivos y adjetivos cuya carga valorativa permite calificarlos como:
- Afectivos: manifiestan una actitud emocional del enunciador. Se realizan mediante sufijos en los sustantivos y selección del léxico de los adjetivos.
- Evaluativos no axiológicos: el objeto designado está evaluado según características cuantitativas, sin juicio de valor, pero aunque el tamaño no sea axiológico, esto es relativo.

Ejemplo: El enorme edificio debe ser demolido. Es una pena. (Valoración positiva de ENORME).

-Evaluativos axiológicos: se aplica al objeto un juicio de valor ya sea por la adjetivación empleada o por el sustantivo que se elige para nombrarlo.

Ejemplo: Las ambiciones políticas son intolerables.

- Subjetivemas verbales: algunos verbos sirven para evaluar la acción que nombran y al sujeto que la ejecuta.

Ejemplo: María aporreó el piano toda la tarde.

Pero los verbos en los que frecuentemente se encuentren la subjetividad del hablante son los que se usan para anunciar que se van a repetir las palabras de otras personas: “Juan dijo”, “María confesó”. Estos verbos son denominados: verbos del decir.

Pocos de estos verbos son neutros (salvo decir) e implican:

- Toma de posición del hablante acerca del valor de verdad: confesar, admitir.
- Un juicio acerca de la fuerza con que se dice algo: explicar, aclarar.
- Una descripción del modo en que se dice algo: explicar, aclarar.
- Una especificación de la realización fonética: gritar, susurrar.

3.2.9 Interferencias Léxicas

Hacen su aparición rompiendo sistemáticamente el hilo continuo del discurso. Se dividen en:

- Interferencias diacónicas: copresencia de un mismo discurso de palabras que pertenecen a distintos estados de lenguas (palabra en español antiguo en un texto actual)
- Interferencias diatópicas: coexistencia de palabras que no tienen la misma área de utilización (lexemas pertenecientes a lenguas extranjeras)
- Interferencias diastráticas: contraste entre lexemas de niveles de lenguas diferentes (chabón/tipo/hombre)
- Interferencias diafásicas: utilización de términos científicos y/o poéticos en discursos de otros estilos.

Capítulo 4
La Mujer y su cuerpo
en las crónicas de
Josefina Licitra

4. Problema de investigación

4.1 Hipótesis

En las crónicas de la periodista Josefina Licitra, “El Barrio de las mujeres solas” y “Cómo es perder la virginidad”, surgen discursos y valores propios del orden patriarcal (varón occidental adulto, racional, instruido y heterosexual). Un modelo androcéntrico que determina un prototipo de mujer (objeto de deseo, profesional, exitosa y madre) y condiciona su rol social. La enunciativa internaliza y reproduce estos discursos en los relatos seleccionados.

4.2 Objetivo General

- Cómo construye discursivamente Josefina Licitra el cuerpo de la mujer en sus crónicas “El Barrio de las mujeres solas” y “Cómo es perder la virginidad” escritas en 2009.

4.2.1 Objetivos Específicos

- Dar cuenta a partir de herramientas de análisis lingüístico las condiciones de producción de las crónicas seleccionadas.
- Distinguir las voces sociales que aparecen en el corpus elegido.
- Señalar los discursos hegemónicos del orden patriarcal sobre el rol social de la mujer que están incorporados en los relatos de Josefina Licitra.
- Analizar la variable de género y clase existente entre las protagonistas de las crónicas de Josefina Licitra.

Capítulo 5

Resultados

5.1 A modo de aclaración

Para alcanzar el objetivo de este trabajo se realizó un exhaustivo análisis lingüístico y semántico del discurso que contempló un seguimiento lineal de cada párrafo de las crónicas “Cómo es perder la virginidad” y “El barrio de las mujeres solas”. Sin ser reiterativos se creyó oportuno desmembrar todo el enunciado aplicando las herramientas lingüísticas seleccionadas en cada oración.

Este análisis lineal generó un orden en el relato atendiendo a los detalles que hacen al conjunto de la enunciación de cada crónica.

Análisis de crónica “Cómo es perder la virginidad” “Cómo¹ es perder²” la virginidad³”

Desde el título se anticipó el contenido del relato. La locutora utilizó el adverbio de interrogación *cómo*¹ para preguntar el modo en que se llevó a cabo una acción, en este caso, perder la virginidad. Además, el uso del *cómo* podría expresar la manera en que se realiza dicha acción. A continuación, el verbo *perder*² refiere a no tener o no encontrar una cosa que se poseía. Para finalizar con el análisis del título, la referencia absoluta *virginidad*³ aludió, mediante la acción del verbo, al momento del primer acto sexual.

Perdí la virginidad dos veces y la primera fue con un idiota. Yo tenía 17 años y él 24. Yo vivía sola y él con su mamá. Una noche, a horas nomás de haber empezado a salir juntos (nos habíamos besado por primera vez a la mañana, luego de salir de trabajar), a ¿Leonardo? —no estoy tan segura de que se llamara Leonardo— le dieron ganas de seguir haciendo sociales.

En el primer párrafo se puso en juego el sistema deíctico referido a personas (véase ejemplo¹) para presentar a los actores del relato. Mediante la primera persona la locutora manifestó que se trató de una experiencia propia y realizó una auto-presentación de ella y el segundo actor (Leonardo) marcando una distancia virtual entre ambos. Esto sirvió para posicionarse por encima del segundo actor y demostrar al destinatario su madurez. Lo hizo descalificando a Leonardo mediante el subjetivema evaluativo axiológico idiota y lo reforzó en la presentación de ambos (véase ejemplo²).

Aquí se entendió por maduración la emancipación o independencia económica. Al ser una mujer joven y vivir sola, es por tanto más madura/independiente que el muchacho. Siendo esto una hipótesis abstracta es legítima en cuanto pensamiento de la locutora ya que la enunciación

de Leonardo en el relato es negativa. En primera instancia apareció con una carga valorativa peyorativa –idiota-, luego su figura se presentó como una construcción social denigrante -al ser un hombre dependiente e inmaduro- y, por último, como un ausente de la historia, una duda misma del primer rasgo que identifica socialmente al ser humano: el nombre (véase ejemplo³)

Ejemplo (1) “Yo tenía 17 años y él 24”

Ejemplo (2) “Yo vivía sola y él con su mamá”

Ejemplo (3) “¿Leonardo? –no estoy tan segura de que se llamara Leonardo”

Cabe destacar el uso de Referencias Absolutas, a partir de ahora (RA), en el primer párrafo para conformar construcciones sociales. *Virginidad y socialización* son términos que exigen el vínculo entre dos o más actores. Si bien la virginidad fue definida en los parámetros de nuestra cultura como el estado en el que un proceso se mantiene sin haber sufrido alguna alteración, en la mujer la cosificación del acto se realiza a través de la ruptura del himen por la penetración. Aquí se marca la necesidad de un segundo actor para mantener o perder la virginidad. También la socialización es un estado de concientización de los diversos agentes sociales que interactúan en nuestra vida. Se reconoce a partir de uno la existencia del otro.

La locutora seleccionó dichos conceptos para marcar las interacciones que surgieron entre ella y el segundo actor. *Virginidad y socialización* no son más que necesidades impuestas para el juego de las relaciones sociales. Se detalla en el siguiente ejemplo.

Ejemplo (4) “Le dieron ganas de seguir socializando”.

Socializar implica en este sentido una invitación “implícita” a conocerse, ya que para ella los acercamientos carnales son un modo de interacción. Ahora bien, socializar es un acto que se da a lo largo de nuestra vida infinitas veces, lo que reafirma la idea de la locutora (véase ejemplo⁵)

Ejemplo (5) “Perdí la virginidad dos veces y la primera fue con un idiota”.

Para nuestra cultura occidental la virginidad se pierde una vez y se

produce cuando se rompe el himen por penetración vaginal. Sin embargo, existen otros criterios frecuentes que se utilizan para determinarla; uno de ellos consiste en no haber tenido relaciones sexuales. Pero en ambos casos nos topamos con los límites que ofrecen. Mientras existen diversas formas de que una mujer pueda romper su himen también es necesario definir qué es y qué no es una relación sexual.

—¿Me invitás a tomar un té a tu casa? —preguntó por teléfono.

En el segundo párrafo de la crónica aparece la primera puesta en escena de un discurso ajeno. Mediante el diálogo la locutora intentó dar un efecto de fidelidad y de este modo se documentó exactamente el relato. Para el enunciador “*tomar el té*” puede entenderse como una manera de sociabilizar y así se refuerza la premisa de que ambos deseaban conocerse.

Cita: “¿Me invitás a tomar un té en tu casa?”

Yo le dije que sí y —qué ingenuidad— lo esperé con el té listo (aunque también me había bañado y me había puesto un conjunto de ropa interior blanco). Apenas llegó, ¿Leonardo? se sentó sobre mi cama —que también era el sofá—, bebió un sorbo de té como una concesión a las buenas costumbres, y acto seguido empezó a besarme y manosearme como si mi cuerpo estuviera escrito en braille. Mientras me tocaba los pezones; mientras me abría los muslos y metía sus dedos con la tirante desesperación del que tiene que encender la antorcha olímpica; mientras bajaba mi cabeza a su entrepierna y me invitaba a chupar con el carisma de un instructor de aeróbicos, yo solo atiné a especular.

A continuación Licitra narró los acontecimientos previos al momento de perder su virginidad como un ritual al que fue expuesta por voluntad propia. De nuevo se distanció de Leonardo pero esta vez apareció como un ser vulnerable frente a un hombre que manoseaba su cuerpo. Lo hizo mediante las cargas valorativas “ingenuidad”, “buenas” y “blanco”.

En este caso el subjetivema nominal afectivo *ingenuidad* funcionó para afirmar la inocencia de la enunciativa. El adjetivo *blanco* describió la ropa interior que ésta llevaba puesta resaltando el significado del color que denota pureza, transportando al lector a un lugar sagrado,

culturalmente hablando. Licitra esperó su primera vez con nervios y ansiedad por tratarse de un momento único y religioso.

Por último, el subjetivema nominal afectivo *buenas* se utilizó como valoración positiva de costumbres. Con esto la autora se mostró al enunciatario como una mujer atenta, de buenas costumbres, a pesar de ser consciente de lo que iba a ocurrir.

Haciendo uso de los pronombres personales, la enunciadora evidenció su situación vulnerable frente a Leonardo en el momento del acto sexual. Esto se puede ejemplificar con el uso de verbos como *manosear* y *chupar*. Además, mediante la descripción de la acción (verbo) se afirmó el modo de proceder de Leonardo y se lo reforzó con el sistema deíctico. De este modo se creó la sensación de que nuestra protagonista estaba siendo ultrajada. Veamos a continuación los siguientes ejemplos:

Ejemplo (6)

... **(Él)** empezó a **besarme y manosearme**
...**me** tocaba los pezones
...**me** abría los muslos
...metía **sus** dedos
...bajaba **mi** cabeza a **su** entrepierna

El subjetivema verbal *desesperación* calificó no sólo la acción sino también a quién la ejecutó. Con esto se expuso a Leonardo como un hombre que tuvo relaciones sexuales por ansiedad, desesperación y hasta por instinto, como si se tratara de un deporte. Esta idea se reforzó en el tercer párrafo con la RA *antorcha olímpica*, un enunciado atrás de otro, que produce una doble interpretación: primero, remite a un acontecimiento deportivo y, segundo, crea en el lector un efecto de sentido negativo por la comparación entre el acto sexual y el deporte.

En esta premisa pudo apreciarse el recurso de la comparación, utilizando la referencia absoluta *instructor de aeróbicos*. Con esto se legitimó la inocencia de nuestra enunciadora al referirse a Leonardo como un profesional que enseña a sus alumnos cómo hacer determinadas posiciones en una clase. En este caso, él era el guía frente una mujer que improvisaba.

—Hoy es el día.

No pidan relatos sensoriales del estilo “me tocó y vi las estrellas”, porque lo único que suele pensar una mujer cuando debuta sexualmente es “hoy es el día”, “ay” o “qué asco”. Ese tipo de ideas me ocupaban, cuando me recosté sobre la cama y sentí el peso de mi chico sobre mí. De fondo sonaba un disco de Joan Manuel Serrat y giré el cuello, vi el reloj, leí que eran las tres menos diez de la mañana —la misma hora de mi nacimiento—, y volví a decirme:

—Mediterráneo, Joan Manuel Serrat, tres menos diez: el momento en el que pierdo mi virginidad.

La referencia cotextual catafórica Hoy es el día remitió al sentido mismo de la enunciación, cuando una mujer atraviesa su primera vez. Una frase cargada de optimismo, la antesala de algo que se esperó por mucho tiempo. Con esto se identificó a la enunciativa con el enunciatario, es decir a Licitra con el colectivo femenino manifestando la relación dialógica de la enunciación: un *yo* a un *tú*. Dichos destinatarios se dibujaron a lo largo de la crónica y se definieron como mujeres (hayan o no perdido su virginidad). Se perfiló a los receptores como los lectores con cierto grado de instrucción y conocimiento, esta idea tomó fuerza con la interferencia diacrónica soundtrack e interferencias diafásicas como ginecológico y diagnóstico.

La identificación de la persona que habla (YO) con la primera persona del plural (NOS) incorporó a la locutora en un grupo. A posteriori, la auto-referencia se presentó en la tercera persona del singular produciendo un efecto generalizador del colectivo con el cual se identificó y dejó un espacio abierto no delimitado. El uso de la primera persona del plural (NOS) habilita la interacción entre los protagonistas de la actividad enunciativa.

- Lo único que suele pensar una mujer
- No pidan relatos

Aquí se evidenció que el enunciatario es una mujer. El uso genérico del *nosotros* le otorgó la autoridad para posicionarse en nombre del colectivo y hablar a través de él. Se destacó que la auto-referencia se dio en el ámbito privado y, por tanto, permitió generar un vínculo de mayor

confianza con lo que se incluyó al locutor de forma personal y afectiva. Además, apareció la primera ruptura en el relato por medio del islothe textual *Me toco y vi las estrellas* que expresó un momento placentero. La autora lo utilizó en contraste con este significado al ponerlo a continuación del adverbio de negación *no*. Entonces, dejó en claro que perder su virginidad no fue un momento placentero.

Previamente se mencionó la incorporación de la locutora a un colectivo por medio de la tercera persona del singular, buscando crear el efecto generalizador de la experiencia de las mujeres que debutan sexualmente. Esto lo hizo a partir de los islotes textuales *hoy es el día, ay y qué asco*. La narradora trajo a su discurso enunciados cuyos significados los atribuyó al campo femenino y los resignificó.

A continuación, se revisó el orden de las expresiones que vislumbraron las secuencias y describieron el acto sexual: “*Hoy es el día*” refirió al momento de tener la primera relación sexual, la ansiedad y los nervios previos a la concreción del acto; la onomatopeya “*ay*” remitió a la penetración vaginal; y tras la ruptura del himen se produjo el sangrado y la expresión: “*qué asco*”. La referencia absoluta *nacimiento* fue la que más se destacó en el relato por su significado en la enunciación. La misma evocó el comienzo de la vida y, al igual que la virginidad, es un proceso sin retornos.

El problema es que yo estaba tan preocupada documentando el evento, que no me di cuenta de que ¿Leonardo?, desde hacía varios minutos, estaba intentando meterse en mí sin éxito. Hasta que luego de varias embestidas torpes, de una larga serie de topetazos que me recordaban tanto a los carneros resignados del zoológico, él dio su diagnóstico:

—Es que tu agujero es demasiado chico.

La interferencia diastrática chico se utilizó para tratar a Leonardo como un extraño. La situación de vulnerabilidad al que fue expuesta la autora dejó entrever una realidad salvaje, como si el hecho hubiera sido consumado por animales. Esta sensación fue lograda mediante cargas valorativas en el léxico y el uso de subjetivemas verbales como *meterse, embestir*, y el sustantivo *topetazos*. También con el subjetivema nominal axiológico *torpe* y el subjetivema nominal axiológico *resignados*, junto a las referencias absolutas *zoológico* y *carneros*.

El uso del sustantivo diagnóstico provocó en la enunciataria la noción de poder del hombre frente a la mujer. La etimología de la palabra diagnóstico (del griego *día-*, “a través”, y *gnosis*, “conocimiento” o “apto para conocer”) aludió al análisis que se llevó a cabo para determinar cualquier situación y sus tendencias. Esta determinación se realizó sobre la base de datos y hechos recogidos y ordenados sistemáticamente, que permitieron juzgar mejor lo que pasaba.

Ahora bien, el diagnóstico al que se refirió la narradora empírica fue de tipo médico y lo hizo mediante la interferencia diafásica *ginecológico*. Comúnmente, esto se lleva a cabo por una persona capacitada, apta para esbozar resultados: por ejemplo, un médico a un paciente. Es así como Leonardo se posicionó por encima del primer actor al proclamarse capaz de dar una sentencia. Por su parte, la locutora sólo debió escuchar.

En este párrafo se presentaron discursos que circundaron en relación a la mujer y su cuerpo. Los movimientos y desplazamientos de éste último se encontraron afectados por la significación social: el movimiento hacia arriba se asoció con lo masculino (por la erección o posición en el acto sexual). Al tratarse de la primera vez de la narradora, la postura elegida fue la que Leonardo consideró adecuada.

Nuevamente se presentó la voz del joven a través de una cita directa que fortaleció la idea de Leonardo como un “idiota”.

Cita: ***“Es que tu agujero es demasiado pequeño”.***

Con el discurso directo se redujo al máximo la intervención de la enunciadora para dar la impresión de objetividad. El evaluativo no axiológico *“demasiado pequeño”* se implementó para descalificar el cuerpo de Licitra. El joven depositó en su compañera la frustración y culpa de la penetración fallida.

Y acá es cuando empiezo a referirme a ¿Leonardo? como “idiota”. Porque en vez de revisar su falta de erección, ese idiota prefirió escrutarse meticulosamente mi entrepierna: una coartada de tipo ginecológico que a él lo habrá dejado en paz, pero que a mí me sumió en un raro estado de bronca, humillación y —sobre todo— desconcierto: ¿había perdido la virginidad? Ya no se trataba de contarle a mis amigas: ¿podía contármelo a mí misma?

En el noveno párrafo Licitra justificó el uso del subjetivema nominal afectivo idiota para referirse a Leonardo. La autora argumentó la descalificación por el comportamiento de su par, buscando objetivar el relato y dando al destinatario la posibilidad de sacar conclusiones, que se suponían obvias.

La interferencia de tipo diafásica *erección* aludió a la anatomía y, dentro de ésta, al campo sexual. Asimismo, el subjetivema verbal *escrutar* y el evaluativo axiológico *meticulosamente* fueron conceptos que, ligados, refirieron a una práctica médica; por ejemplo, las mujeres cuando se realizan un estudio de carácter ginecológico. Esta idea se profundizó con el verbo *revisar*, ya que la autora propuso que en lugar de atender su cuerpo, el joven revisara “la falta de erección”. Al finalizar el párrafo, se adjudicó a Leonardo la RA paz para calificar el estado que sintió luego de dar el veredicto final a la locutora.

Cita: “Porque en vez de revisar su falta de erección, ese idiota prefirió escrutar meticulosamente mi entrepierna: una coartada de tipo ginecológico que a él lo habrá dejado en paz”.

A lo largo del relato aparecieron las RA Coartada, atribuida a Leonardo, y estrategia, a la narradora. Trasladado al campo del Derecho, se trató de un juicio en donde existió un acusado y un acusador. El acusado (Leonardo) realizó su coartada (argumento de defensa con el que prueba no haber estado presente en el lugar del delito en el momento en que se cometió) y Licitra planteó su argumento (serie de elementos, testigos y pruebas que condenan determinado modo de proceder y por esto se le atribuye un delito). A partir de la lectura de la crónica los testigos se transformaron en los destinatarios que juzgaron a Leonardo.

La respuesta llegó dos meses más tarde, cuando terminé mi relación con ¿Leonardo?—la falta de sexo y el exceso de masturbación nos había puesto de muy mal humor— y empecé a salir con un tal Alejandro: un hombre guapo, guapo, guapo, que durante una noche larga —muy larga— me llevó al coito como si estuviera sacándome a bailar.

Al final de la crónica se presentaron nuevas situaciones de equilibrio. La autora utilizó como recurso la reiteración para reforzar experiencias positivas y negativas (véanse ejemplos 7 y 8).

Ejemplo (7): “La falta de sexo y el exceso de masturbación nos había puesto de muy mal humor”.

Ejemplo (8): “Un hombre guapo, guapo, guapo”.

El uso del subjetivema nominal evaluativo no axiológico *muy mal* calificaron de modo negativo la relación de ambos personajes. Aquí apareció el tercer actor (Alejandro) descrito con el subjetivema nominal afectivo *guapo*, un adjetivo marcado por la reiteración. Lo mismo ocurrió con el evaluativo no axiológico *muy larga*, empleado como valoración positiva de noche. Esto permitió que el relato tuviera un fuerte contraste entre *una tarde corta* y *una noche larga*, entre *un hombre guapo* y *un idiota*, entre *un fulano* y *Alejandro*.

Mi preocupación, esa vez, no fue la hora, la fecha o el soundtrack del momento, sino saber disimular. Yo le había dicho a Alejandro —me había dicho a mí misma— que ya no era virgen. Así que en el momento exacto en que se rompió el himen —puedo recordar la tirantez, el dolor, el golpe delicado y seco de un velo que se raja— yo sonreí.

Sonreí por estrategia pero también por sorpresa, por alivio, por certeza. Por algo parecido —pero no igual— a la felicidad.

Se observó la disparidad entre ambas situaciones en el léxico empleado; el sustantivo no fue *topetazos* sino *baile*, una RA que remitió a dicha actividad placentera. Para la enunciadora fue más gustoso *bailar* que hacer *deporte*. El sustantivo *respuesta* se presentó en contraposición al desconcierto: la certeza la tendrá la autora, no por medio de un diagnóstico sino de su vivencia.

A diferencia del caso anterior, la acción del acto sexual se atribuyó a la enunciadora y la descripción del momento se realizó con cargas valorativas positivas como *golpe delicado y seco*. El uso de subjetivemas verbales como *rajar*, asociado al sustantivo *velo*, impartió una suerte de suavidad y delicadeza que rompió con la violencia de la situación anterior. El verbo *sonreí*, el subjetivema nominal afectivo *alivio*, y las RA *certeza* y *sorpresa* se contrapusieron al desconcierto, *bronca* y *humillación*.

El alivio se dio por la certeza ante la duda. El empleo del sustantivo *Felicidad* con el adverbio de negación *no*, dejaron en claro que la segunda experiencia de la enunciativa no fue del todo buena, aunque pudo haber funcionado como revancha de su primera vez.

Análisis de crónica **El barrio de las mujeres solas** **El Barrio¹ de las mujeres² solas³**

La autora inició la crónica con la prenoción del estado civil de las habitantes de Antofagasta de la Sierra: eran mujeres solas³. La utilización de éste subjetivema nominal afectivo impuso una fuerte carga valorativa en el título. La Real Academia Española (RAE) definió al término como “persona sin compañía, que no tiene quien le ampare, socorra o consuela en sus necesidades o aflicciones”. De este modo, la enunciativa presentó a las protagonistas de su trabajo como mujeres **sin** hombres.

El sustantivo mujeres² determinó el grupo al cual se refiere y el adjetivo solas³ buscó indicar el primer rasgo característico del colectivo señalado. Por último en el titular se empleó la RA barrio¹ que situó y delimitó a dicha comunidad en un espacio geográfico.

La autora aclaró que este barrio poblado por mujeres era “el paisaje¹ más² solitario³ de la Argentina⁴”. Veremos a continuación la comparación.

Barrio de Mujeres Solas = Paisaje solitario = Mujeres sin hombres

En dicha oración Licitra utilizó el subjetivema nominal afectivo *solitario*³ para mostrar el desamparo y la falta de compañía. El subjetivema nominal no axiológico *más*² actuó como una valoración positiva del sustantivo *soledad*, el cual al ser un adjetivo de cantidad agregó intensidad a la comparación. El sustantivo *paisaje* fue empujado para ampliar la idea de barrio e introducir la distancia entre la enunciativa y las protagonistas. El término llevó implícito la existencia de un sujeto observador y de un objeto observado (el barrio) del que se destacaron fundamentalmente sus cualidades visuales y espaciales.

Ahora bien, en construcciones literarias y ensayísticas resultaron

habituales las comparaciones entre el medio y los grupos humanos. Es por esto que el paisaje más solitario para la hablante fue aquel sin hombres. Por último, la deixis espacial y RA *Argentina* sirvió para generar un efecto de extensión, de amplitud y maximizar la premisa.

Me contaron que existe un barrio de mujeres solas y, ahora que empecé a buscarlo, veo que la mujer más sola soy yo.

La historia empezó en marzo del 2007, cuando el fotógrafo Ariel Pacheco me escribió desde Catamarca, una provincia en el norte argentino, para contarme que sabía de alguien que, una vez, escuchó una historia que quizá fuera un mito: había, en algún rincón de Catamarca, un barrio sin hombres. El lugar, si es que existía, estaba en el pueblo de Antofagasta de la Sierra. En Internet decía que en esa zona había vicuñas, petroglifos y volcanes, que Antofagasta significaba «casa del sol» y que llegar hasta el sol era –como es lógico– complejo: había que viajar a San Fernando del Valle, la capital de Catamarca, y luego hacer doce horas de trayecto en camioneta.

En el primer párrafo la polifonía se estableció por medio del discurso indirecto representado por Ariel Pacheco, para dar origen a la curiosidad que llevó a la periodista a visitar el barrio. Esto generó que la locutora se alejara de la “indagación propia” al colocar la responsabilidad de su búsqueda en otro actor. La deixis personal *me*, el verbo *empecé* y la inscripción del *yo* en el relato fue la representación deíctica con la que Josefina Licitra se perpetuó en la historia, concibiéndose como un sujeto diferente a las demás mujeres de Antofagasta. Con la deixis temporal ahora la enunciativa dejó en claro que luego de conocer dicha realidad pudo arribar a una conclusión.

Y ahora que empecé a buscarlo, veo que la mujer más sola soy yo

Con esto la autora cuestionó el uso atribuido a la palabra soledad.

En dicho párrafo aparecieron las referencias absolutas *pueblo* y *barrio* junto con las deixis espaciales y las referencias temporales que sirvieron para situar al enunciatario en el tiempo y el espacio del relato.

REFERENCIA TEMPORAL	DEIXIS ESPACIAL
Marzo 2007	Catamarca
	Provincia en el Norte Argentino
	Antofagasta de la Sierra
	San Fernando del Valle
	Capital de Catamarca

El uso de la referencia absoluta *mito* calificó el relato. Éste forma parte del sistema de creencias de una cultura o de una comunidad, la cual los considera historias verdaderas. Al utilizar dicho sustantivo Licitra aclaró que podría tratarse de una superstición de pueblerinos o, quizá, de que un barrio sin hombres era algo que rozaba lo fantástico, casi irreal. La idea de esta ficción alegórica trasladada a un rincón de Antofagasta de la Sierra apareció en las voces del pueblo a través de la polifonía.

La narradora utilizó el subjetivema nominal axiológico *complejo* y la metáfora *la casa del sol* que reflejó lo engorroso del camino para arribar a Antofagasta. El uso del sustantivo rincón aludió a un sitio apartado, no habitable, un escondite o, quizá, un refugio. Esto permitió analizar que un lugar sin hombres era casi imposible de encontrar. En la continuación del relato, se completó la descripción de Antofagasta con los sustantivos *petroglifos*, *vicuñas* y *volcanes*, referentes de una zona árida.

Josefina Licitra mencionó al “Barrio de Mujeres solas” como lo **otro**. Con esto surgieron dos hipótesis:

- La autora hizo uso del sustantivo para descalificar el modo de vida de estas mujeres donde el **otro** aparecía considerado como algo diferente.
- Aplicación del término como lo desconocido. La Otredad ayudó a distinguir entre lo cierto y lo incierto. Las ciencias sociales utilizaron el concepto para comprender el proceso por el cual las sociedades y grupos excluyen a **otros** que no encajan en su sociedad u ocupan un lugar subordinado en ella. En síntesis el uso del término alejó a la enunciativa de los personajes de la historia.

Nada decía el Google de lo otro y, sin embargo, insistí. Puse en Internet «Antofagasta», «mujeres solas», «matriarcado», «lesbianismo», «barrio», «voy a tener suerte», y no salió una sola línea.

El buscador Google se presentó como una herramienta de fácil acceso para tener un primer acercamiento al barrio. Las palabras utilizadas para sintetizar la búsqueda reflejaron la prenoción de Licitra frente a ese **otro**. Véase el siguiente ejemplo:

Mujeres Solas

Matriarcado:

- Organización social, tradicionalmente atribuida a algunos pueblos primitivos, en que el mando residía en las mujeres.
- Predominio o fuerte ascendiente femenino en una sociedad o grupo.

Lesbianismo:

- Homosexualidad femenina.

El término lesbianismo reflejó el prejuicio a la hora de pensar en un barrio íntegramente de mujeres. Al agrupar los términos a la ligera se asoció la elección sexual de las mujeres a su estado civil.

Tal vez el lugar fuera un fiasco, pero decidí viajar.

Un mundo sin hombres era, como mínimo, una promesa para tener en cuenta cuando llegaran las vacaciones.

Con el subjetivema nominal axiológico *fiasco* la narradora realizó una valoración negativa del hecho, anticipándose a lo que le depararía el viaje.

La puna de Catamarca es el páramo más deshabitado del planeta –tiene 0,03 habitantes por kilómetro cuadrado–, y Antofagasta queda ahí adentro. El lugar está ubicado muy alto (a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar) y muy lejos: una distancia que no se mide tanto en kilómetros sino, principalmente, en tiempo.

En este párrafo se describió el paisaje de Antofagasta de la Sierra mediante la utilización de recursos geográficos y estadísticos para

situar al lector. Resultó interesante remarcar que para Licitra la distancia en Antofagasta no se midió en kilómetros sino en tiempo. El tiempo era un factor fundamental en este poblado norteño. Un tiempo lento, perezoso, que se amalgamaba al cuerpo de los habitantes haciéndolos acompasados.

De este modo, el empleo del sustantivo *páramo* no fue azaroso. La RAE refiere a un “terreno yermo, raso y desabrigado; lugar sumamente frío y desamparado”. Con ello, Licitra intensificó la idea del paisaje solitario antofagasteño.

El viaje desde la capital, San Fernando, es trabajoso y lerdo, y puede hacerse de dos formas. Los antofagasteños usan El Antofagasteño, un autobús que cubre el trayecto en veintidós horas y que ofrece ese tipo de servicios que un turista americano tildaría de «folclóricos»: los neumáticos se pinchan, las gallinas picotean los asientos, y algunos pasajeros honran las curvas del camino con un desparramo de vómito. La otra alternativa es ir en camioneta: en ese caso son doce horas de polvo, traqueteo y piedras; y la sensación intransferible de no estar avanzando sobre ruedas, sino a patadas en el trasero.

La enunciadora acrecentó la idea de la distancia entre ese “*páramo deshabitado*” y el resto del país al referir que el viaje desde San Fernando era *trabajoso y lerdo*. Con el empleo de estos subjetivemas nominales afectivos se aplicó al objeto un juicio de valor.

Licitra logró trasladar al lector la “incomodidad” del trayecto al utilizar adjetivos negativos como “picotear” y “pinchar” para describir el viaje. Sin embargo, fue el recurso de la ironía el que reflejó fielmente la acción: **“Algunos pasajeros honran las curvas del camino con un desparramo de vómitos”** ¿Acaso quién pudo por cortesía enaltecer esos trazos del camino con vómitos?

A continuación, se presentó la segunda polifonía, esta vez en forma de discurso directo con la incorporación de una deixis de tipo personal: **“-¿Va^a a Antofagasta? –pregunta una mujer luego de seis horas^a de viaje”**.

1. Deixis social: Va, en referencia al pronombre personal de segunda persona del singular.

2. Referencia temporal: Indica el elemento temporal tomando como referencia las **seis horas** que marca quién habla como centro deíctico de la enunciación.

En el fragmento analizado también se identificó a la palabra “pregunta” con los denominados **verbos del decir**. Se trata de verbos que denotan un comportamiento determinado del hablante y que sólo deben utilizarse cuando la persona se comportó efectivamente así.

Ahora estoy de pie, en Barranca Larga: un pueblo de diez casas, una hostería y un cielo tremendo, y un lugar de descanso obligado cuando se va a Antofagasta de la Sierra. A esta altura del trayecto, los teléfonos móviles no tienen alcance y es por eso que lo mejor de Barranca Larga es el teléfono de línea, que funciona cuando quiere.

En el presente párrafo se volvió a utilizar la deixis temporal ahora para localizar al lector en el tiempo y espacio de la acción. A pesar de que el lugar tuviera un “cielo *tremendo* (subjektivema nominal axiológico), una hostería y diez casas” para la autora –ante tantas carencias materiales– lo mejor era el deficiente teléfono de línea.

Ahora, por ejemplo, no quiere

Al hacer mención al aparato se volvió a emplear la deixis temporal: *ahora*.

Dos lugareñas serenas, gastadas, sentadas, esperan que la señal se arregle

Se advirtió el uso de los subjektivemas nominales afectivos *serenas*, *sentadas*, *gastadas* para describir a dos pueblerinas. Al analizar el fragmento se arribó a la conclusión que los objetos se gastan, no las personas. En todo caso estas mujeres pudieron haber envejecido o sus pieles estar ajetreadas por la edad, el clima o el estilo de vida que llevaban. Sin embargo, el sentido otorgado fue el siguiente: estas mujeres fueron objeto de alguien más, tal vez, de uno o varios hombres si se remite al contexto del relato.

Los adjetivos mencionados se conjugaron con el espíritu del lugar:

un pueblo tranquilo, casi desértico, cuyos habitantes apenas atinaban a mencionar palabra alguna. Es así que sentadas transmitió la sensación de un lugar en el que no sólo las personas sino el tiempo se detenían.

–¿Va a Antofagasta? –pregunta entonces una de ellas, y luego tiene un acceso de entusiasmo–. Yo escuché algo de ese pueblo. Disque ahí adentro hay un barrio sin hombres. Disquesi una mujer se casa se tiene que ir del barrio y que los hombres las cortejan para asegurarse un techo y ellas los sacan a escobazos.

La mujer habla con la voz rítmica y baja, como si en realidad rezara, y la escena recuerda a esos momentos de sórdida tranquilidad que se imagina el cineasta Arturo Ripstein cuando tiene ganas de imaginar cosas feas (es decir, casi siempre). A su lado, la otra señora escucha y dice que sí con la cabeza.

–Ya le digo yo –interrumpe–: más vale que usted pueda hablar ahorita, porque allá... Con tanta mujer dando vuelta, como mínimo hay que hacer hora y media de cola para usar el teléfono.

Aquí se reiteraron los verbos del decir *pregunta* y *decir*, además del uso de los subjetivemas nominales axiológicos *rítmica* y *baja* que transmitieron la pasividad y timidez en la oralidad de los hablantes. Por primera vez se empleó la interferencia diastrática que refiere al contraste entre lexemas de niveles de lenguas diferentes. En este caso con las palabras *disque* y *disquesí*.

Las deixis espaciales *ahí* y *a su lado* organizaron el lugar en que se desarrolló el evento comunicativo. Para ello se seleccionó del entorno físico lo que interesaba destacar y se situó por fuera del escenario aquello que no interesaba. Ésta señaló los elementos de lugar en relación con el espacio que creó la locutora.

Se hizo presente la polifonía por medio de la cita-cultura y referencia social que introdujo al cineasta mexicano Arturo Ripstein. La autora dio por entendido que sus lectores conocían al artista. Este fragmento delimitó parte del público destinatario de la crónica, ya que, por ejemplo, sólo un conocedor entendería la comparación.

Las frases *tantas mujeres, mínimo y hora y media* indicaron cantidad y tiempo. Los verbos del decir *digo e irrumpe* junto con el uso de las interferencias diastráticas *uste y ahorita* complementaron el cuadro comunicativo.

Resultó interesante la atribución negativa que la misma pobladora dio a las mujeres a la hora de hablar por teléfono: **“(...) más vale que usted pueda hablar ahorita, porque allá... Con tanta mujer dando vuelta, como mínimo hay que hacer hora y media de cola para usar el teléfono”**. El imaginario social reprodujo un discurso machista –“Las mujeres pasan horas hablando por teléfono”-que llegó al **“páramo más deshabitado del país”**.

Llegamos a Antofagasta al día siguiente y luego de atravesar, durante seis horas más, todas las posibilidades de polvo. Se cree que el lugar fue fundado en 1816, cuando empezaron a llegar mineros de Bolivia y Chile en busca de oro, plata y otros minerales, y finalmente se quedaron en Antofagasta quién sabe por qué: quizá les diera flojera hacer el camino inverso.

La autora realizó una breve reseña histórica de la fundación del lugar utilizando el recurso de la ironía al mencionar que los mineros llegaron a Antofagasta en busca de oro y plata y se quedaron allí **“porque quizá le diera flojera hacer el camino inverso”**.

En este párrafo se incluyó la polifonía con la presentación de Aníbal Vázquez, un guía de montaña:

Aníbal Vázquez, un guía de montaña, dirá horas más tarde que la migración también se dio por comodidad geográfica: esa zona de la puna era vista como un buen lugar para vivir, una comparación que hace pensar que el resto de la puna debe ser escandalosamente hostil.

Por primera vez se presentó la cita indirecta, lo que significó incorporar el discurso de otro, en este caso, la voz del guía. La autora hizo uso del verbo introductorio *dirá*, la deixis temporal *horas más tarde* y el subjetivema nominal axiológico *escandalosamente* con el que describió la extrema hostilidad del lugar.

A continuación, la locutora se sinceró con sus lectores:

El silencio, en Antofagasta –y ésta es la primera verdad–, muerde.

Y eso por no hablar del sol, del frío, del aire que lo raja todo. El clima en Antofagasta incluso afecta las particiones del tiempo: a diferencia del calendario escolar de casi toda la Argentina, acá las clases se hacen de septiembre a mayo, porque fuera de esos meses la naturaleza se ensaña de tal forma que no hay nada que se pueda hacer con la propia vida, salvo resistir.

El subjetivema verbal *muerde* remarcó lo rotundo de aquel silencioso paisaje. Al mismo tiempo, funcionó como un recurso metafórico ya que el silencio de un paisaje nunca mordió.

En el siguiente párrafo se volvió a describir el paisaje *antofagasteño* en pleno mediodía:

Ahora estamos en abril. Un puñado de niños llamativamente enanos camina por la calle sin abrir la boca. Es mediodía, algo así como la hora pico, y el paisaje es apenas un silencio hondo y un puñado de cabellos negros espejando el sol. Eso es lo único que tiene vida propia, aquí: los colores. La forma en que los colores (el cielo, los árboles, los pelos) se comunican entre sí.

Se enmarcó el relato en el mes de Abril con las deixis temporales *ahora* y *mediodía*. Al mismo tiempo, los subjetivemas nominales axiológicos *llamativamente*, *silencio hondo*, *cabellos negros* y *enanos*, y el sustantivo *puñado*, actuaron como elementos descriptivos del paisaje.

La autora utilizó el recurso de la metáfora “*Cabellos negros espejando el sol*” para suavizar la dureza de su narración, aunque reconoció que lo único que tenía vida en aquel sitio eran los colores: “***La forma en que los colores (el cielo, los árboles, los pelos) se comunican entre sí***”.

Nos aloja en su casa una de las pocas personas con ganas de hablar. Se llama Pascuala Vázquez y es una mujer ocre y compacta que ahora enciende una cocina a leña y dice, en el medio de este lugar seco de todo, lo único que vine a escuchar: que en Antofagasta, efectivamente, hay un

barrio habitado sólo por madres solteras. Se llama San Juan y fue creado para alojar mujeres con cría y sin marido: una ley que, tal como están las cosas en Antofagasta, no deja afuera a demasiadas chicas.

Con la deixis personal nos Licitra generó una división entre el grupo de trabajo, del que ella y el guía forman parte, y las mujeres de Antofagasta:

“Nos aloja en su casa una de las pocas personas con ganas de hablar”.

Para describir a la anfitriona, Pascuala Vázquez, la narradora utilizó los subjetivemas nominales afectivos *ocre* y *compacta*. La actitud emocional negativa de Licitra se puso de manifiesto al emplear el subjetivema nominal afectivo *seco*: **“Este lugar seco de todo”.**

La descripción panorámica que realizó del paisaje, de los pobladores y de los hábitos del lugar apuntó a la situación de homogeneidad que fue reforzada con la referencia catafórica *Todo*. Allí todo era igual: las mujeres, los colores, la vegetación, las casas. Antofagasta de la Sierra era un desierto de palabras.

En este párrafo se reiteró el uso del verbo introductorio *Dice* y de la ya mencionada deixis temporal *ahora*. Asimismo, la polifonía en la voz de Pascuala Vázquez se presentó en forma de discurso indirecto.

Licitra asoció *mujeres solas* con *madres solteras*. Las circunstancias por las que una mujer se convierte en madre soltera son variables. Puede implicar la decisión voluntaria de una madre o también la crianza y el manejo del hogar por la ausencia paterna del hombre. La locutora insinúa que las antofagasteñas no deciden contar con el apoyo de una pareja sino que en su mayoría son abandonadas o libradas a su suerte.

La palabra *cría* connota negativamente a los hijos de las mujeres norteñas. Según la RAE el término hace mención a la alimentación y cuidado que recibe un animal o bebé recién nacido hasta que puede valerse por sí mismo. De modo que se desculturalizó a los niños antofagasteños, llevándolos a su naturalidad biológica.

–Acá, en Antofagasta, los tipos se emborrachan, agarran a las mujeres, y ya está –explica Pascuala Vázquez mientras revuelve una olla que parece

un tanque-. Después, si ellas quieren que los hombres se hagan cargo del hijo, tienen que ir a golpearle la puerta al juez.

A diferencia de pasajes anteriores, esta vez la polifonía se presentó en voz de Pascuala Vázquez en forma de discurso directo para realzar la veracidad del relato. Se destacó la utilización del recurso de la comparación para que los lectores tomaran dimensión de un objeto que no estaba a su alcance pero que a través de la descripción pudieron “palpar”: **“Una olla que parece un tanque”**.

Olla grande = hombres borrachos = muchos hijos = Pascuala Vázquez.

A continuación, Pascuala Vázquez describió la relación entre las mujeres y los hombres del lugar. Para esto, utilizó el subjetivema verbal *agarrar* al mencionar el trato de los varones para con las antofagasteñas. Este verbo representó la antesala del primer contacto carnal que se complementó con los tres pasos hacia la concepción.

- Los tipos se emborrachan.
Utilización despectiva de la interferencia diastrática *tipos*. La autora prefirió no mencionarlos como *muchachos u hombres*.
- Agarran a las mujeres.
- Ya está.

Esta enumeración reflejó la ausencia del acto sexual, la cama o la piel. Todo se hacía mecánicamente en base al deseo masculino.

En dicho párrafo se presentaron las deixis personales *me y ella* y la espacial *allí*. El subjetivema verbal masticación y el subjetivema nominal axiológico extraña fueron aplicados en la comparación para describir la sensación de comer un guiso de llama **“como si me estuviera tragando a Bambi”**. La imagen del ciervo no fue azarosa, ya que puso en un lugar salvaje a los antofagasteños. Esto reflejó la incomodidad ante la extrañeza de comer algo desconocido. Así, se sugirió la escasez de recursos donde esa gente comía la misma llama que el guía retrató en el camino de ida.

***–Esto es guiso de llama –dice.
Luego sigue hablando de mujeres, niños y jueces, pero ya no hay mucho más***

que oír. Nunca comí llama. Pacheco tomó una foto de una llama en el camino y el bicho era de veras lindo. Empiezo a comer el guiso con una masticación extraña: como si me estuviera tragando a Bambi. La voz de Pascuala sigue: dice que ella no vive en el barrio San Juan (su casa está a tres cuadras de allí) pero que igual crió sola a sus hijos. Y cuenta que los hombres, en Antofagasta, son un ente que bebe y engendra, y después desaparece.

Si bien la locutora empleó el sustantivo de alta carga valorativa ente, no se arriesgó a ponerlo en su voz. Mediante el discurso indirecto lo trasladó a la de Pascuala Vázquez. Esta palabra evocó a quien sólo existe en el entendimiento. La autora lo utilizó porque el hombre de Antofagasta no cumplía con el rol hegemónico otorgado: ser padre y tutor. Por el contrario, era un sujeto que bebía, engendraba y desaparecía.

–Muchas de esas chicas llegaron al San Juan de adolescentes. Porque usté sabe que es un tema de cultura: acá no hay conciencia. Ahora recién tenemos una obstreta, pero antes sólo teníamos las enfermeras que hacían de madres, parteras, dentistas, consejeras. Acá, si la chica quedaba embarazada, los padres la corrían de la casa y la chica no tenía dónde parar. Por eso se hizo el barrio. Porque esto no es como las grandes ciudades como San Fernando. El gran problema es que la gente de acá nunca ha tenido roce social.

Licitra marcó la distancia cultural existente entre ella y sus entrevistados con las palabras *usté* y *ostretra* tal como fueron pronunciadas por los antofagasteños.

Se presentó la referencia absoluta *cultura*- definida por la RAE como “el conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época y/o grupo social”. Esta palabra hizo pensar que quien no tenía la educación necesaria no podía comprender las responsabilidades que conllevaban la maternidad y el cuidado del cuerpo.

La locutora utilizó el discurso indirecto en la voz de Vázquez para exponer que los problemas de Antofagasta eran una cuestión cultural. Al tratarse de un lugar tan alejado de la “civilización”, del contacto con personas capaces de brindar información sobre políticas de natalidad,

salud y prevención, las jóvenes madres aceptaban su modo de vida y estaban condenadas a él.

Pascuala Vázquez dice, a su modo, que Antofagasta de la Sierra siempre estuvo en el fondo del norte de un país tercermundista, es decir, demasiado lejos de todo. Hasta hace diez años la gente no conocía el dinero. Todas las semanas salían caravanas de treinta burros peñón abajo, hacia los valles de Salta, Tinogasta o Fiambalá, cargados con sal y cueros que eran canjeados por fardos de azúcar. En ese entonces tampoco había teléfono –llegó recién a fines de la década del noventa, y hoy hay uno en toda la región–; el único autobús iba a la sierra cada quince días (por no hablar de cuando se rompía y pasaban meses incomunicados); y hasta el actual intendente de Antofagasta, la primera vez que hizo el viaje, tuvo que pedir un mapa para saber dónde diablos quedaba este lugar.

La referencia absoluta *tercermundista* aludió a la calidad deficiente del lugar; un sitio carente de salud, educación y cultura, es decir, de civilización.

El evaluativo no axiológico *lejos* y la referencia absoluta *todo* trajeron consigo las ideas explícitas e implícitas de un territorio abandonado por la naturaleza y los políticos, a los que pareciera no interesarles la suerte de los habitantes: ***“(...) y hasta el actual intendente de Antofagasta la primera vez que hizo el viaje, tuvo que pedir un mapa para saber dónde diablos quedaba este lugar”.***

Por primera vez se aplicó la deixis discursiva *En ese entonces*, la cual tuvo como fin señalar y organizar las partes del texto unas con respecto a las otras. Al mismo tiempo, se presentaron las deixis espaciales con la mención de las localidades de Tinogasta, Fiambalá y Antofagasta.

Otra característica de este fragmento es el uso reiterativo de la deixis temporal: ***“En ese entonces tampoco había teléfono-recién llegó en la década del noventa, y hoy hay uno en toda la región (...)”;*** ***“(...) el único autobús iba a la sierra cada quince días”.***

–Cuando vine, en el noventa y cuatro, tuve que preguntar en Catamarca cómo hacía para llegar –explica Evaristo Alejandro Acevedo, el intendente de Antofagasta, en la entrada de la Municipalidad: una construcción

apenas mayor que una casa de cuatro ambientes–. Éste es un lugar que, si a usted le cuentan, no lo cree.

Se incorporó una nueva voz al relato, la de Evaristo Acevedo, intendente de Antofagasta. El discurso se presentó de manera directa y se volvió a hacer uso de la interferencia diastrática con la palabra *usted*. Este recurso produjo un efecto de sentido perceptible por contraste, es decir, se reflejó el modo de hablar de los lugareños y el de la periodista. Dicha oposición entre lexemas de lenguas diferentes insinuó la diferencia cultural entre los oriundos y los visitantes.

La ubicación geográfica, la burocracia y la existencia de un barrio de mujeres solas hicieron de Antofagasta un lugar casi irreal. A la ambulancia del hospital, por ejemplo, el Estado le da trescientos litros de combustible por mes; pero como en el pueblo no hay estación de servicio hay que retirar esa gasolina en la ciudad de Belén, a doscientos kilómetros, y entre la ida y la vuelta la ambulancia se gasta casi todo el combustible. Lo mismo ocurre con la Policía: le dan doscientos litros de gasolina, pero, después de hacer el viaje a Belén, ya no les queda ni para perseguir a una llama.

En ese contexto, dice Acevedo, que exista un barrio sin hombres no asombra a nadie: en Antofagasta nunca sucedieron cosas normales.

–Pero dígame un momento: ¿Ustedes vinieron por el barrio de mujeres o por el tema de interné?

Evaristo y Pascuala emitieron la misma enunciación respecto del desconocimiento que se tenía de aquel pueblo catamarqueño. En este párrafo la referencia temporal *noventa y cuatro* y las deixis espaciales *Catamarca, Antofagasta* y *Municipalidad* brindaron al lector una imagen visual del terreno. La RA *Municipalidad* fue descrita con el evaluativo no axiológico *apenas mayor* que, al mismo tiempo y remitiéndose al contexto, actuó como evaluativo axiológico porque la autora refirió a esta lugar como precario y pequeño para ser una entidad pública. Véase en el siguiente ejemplo:

“...En la entrada de la Municipalidad: una construcción apenas mayor (valoración negativa de grande) que una casa de cuatro ambientes.”

El relato continuó con el evaluativo axiológico *irreal* que manifestó lo inexistente y hasta ilusorio de la situación. Las referencias absolutas *geografía*, *burocracia* y *mujeres solas* desencadenaron lo quimérico del barrio. Se retomó la idea de que dada la difícil situación climática y ambiental, sumada a la lejanía de la zona con las grandes urbes, se produjo un estancamiento físico y emocional en las personas que allí residían. Nótese que la autora utilizó el sustantivo burocracia -organización regulada por normas que establecen un orden racional para distribuir y gestionar los asuntos que le son propios-. Por tanto, los antofagasteños tenían por estructura conservar esta mentalidad.

Con esto, se dio testimonio de la burocracia inexistente de Antofagasta, es decir, un Estado cuya intervención fue nula. La autora intensificó esta idea con las deixis espaciales doscientos kilómetros y ciudad de Belén y la referencia temporal por mes.

En ese contexto, dice Acevedo, que exista un barrio sin hombres no asombra a nadie: en Antofagasta nunca sucedieron cosas normales.

La referencia catafórica en ese contexto marcó las características de Antofagasta. Por su parte, las referencias absolutas *nadie* y **nunca** sustentaron la idea de que “ninguna persona en ningún momento” vio como algo extraño la presencia de un barrio sin hombres. Esta idea se materializó en el subjetivema verbal *asombra* que remarcó la extrañeza de la situación.

A su vez se presentó el evaluativo axiológico cosas normales poniendo en relieve la construcción de lo normal frente a lo anormal. El sustantivo normal es definido por la RAE como “una cosa que se halla en su estado natural, que sirve de norma o regla”. Como ya se mencionó, la locutora resaltó la falta de Ley en Antofagasta que desembocó en la carencia de un orden natural de las cosas o, al menos, como ella las conocía.

–Pero dígame un momento: ¿Ustedes vinieron por el barrio de mujeres o por el tema de interné?

Acevedo se detiene y mira fijo.

Entonces cuenta que el departamento de Antofagasta, donde internet está a la misma altura conceptual que el lado oscuro de la Luna, está

siendo subastado en la web. La denuncia fue hecha por Acevedo y es bastante menos absurda de lo que parece: una gran extensión de tierras habría sido comprada por una sociedad anónima japonesa que, días atrás, llegó al pueblo con la intención de alambrar una quebrada llamada Calataste, un lugar que encierra vida silvestre supuestamente protegida por ley provincial, y que funciona como paso obligado de los pobladores hacia otras localidades.

Si los japoneses compraran Calataste, los antofagasteños pasarían a tener un estatus casi alienígena: quedarían definitivamente fuera del mundo.

Acevedo dice que la operación inmobiliaria no tiene validez jurídica, porque son tierras fiscales. Y quiere la suspensión de los trabajos.

–Los empresarios mandaron un delegado argentino a hablar conmigo, y el hombre me decía que los japoneses apostaban al crecimiento del país y que este proyecto era una bendición para el pueblo, pero... ¿Ustedes vinieron por eso, no?

–En realidad, no.

Algo en Acevedo parece no entender. Queda suspendido en la charla, y después vuelve con una media sonrisa. Es, al fin y al cabo, un hombre amable y al servicio de la comunidad. Cuenta entonces que el barrio de mujeres solas se creó en la gestión anterior, por motivos que se alejan bastante de las teorías sociales y la conciencia feminista.

El intendente era, al fin y al cabo, una más de esas personas solitarias y sórdidas, pero amable y al servicio de la comunidad. Con el evaluativo no axiológico *algo* refirió a la incompreensión de Acevedo frente a los propósitos que la llevaron al lugar. El uso que Licitra le da a la palabra suspendido fue metafórico, ya que ninguna persona puede permanecer en dicho estado durante una conversación.

El San Juan nació como respuesta a un problema difícil y común. En las zonas extremadamente rurales del norte argentino –como Antofagasta de la Sierra– siempre fue usual que las mujeres se embarazaran de hombres a los que habían visto muy pocas veces en su vida. Para ellos,

las mujeres eran un cuerpo lleno de orificios y silencio. Y eso significaba que, si quedaban embarazadas, las chicas no hacían reclamos: tenían a sus niños solas, los criaban solas, y se pasaban la vida sin tener la mínima noción de lo que era una «familia» y –menos aún– de lo que eran los deberes legales de un padre para con sus hijos.

El derecho de familia, en Antofagasta, era algo tan inexplicable como internet.

En los párrafos siguientes la autora dio respuesta al surgimiento del Barrio San Juan. Utilizó los evaluativos axiológico *común y difícil* que remarcó la situación cotidiana e irreversible de las mujeres de Antofagasta, y sustentó la idea con el evaluativo no axiológico *extremadamente rural* que equiparó al espacio geográfico como opuesto a lo urbano, el cual era el escenario de las madres solteras de la región.

La locutora sentenció los vínculos que se establecían entre mujeres y hombres dando por hecho que las relaciones casuales y sin métodos de prevención fueron los causantes de la situación del Barrio.

El barrio de mujeres solas, entonces, no nació bajo el impulso de ninguna lesbiana militante: surgió como un intento del Estado por dar una vivienda –un mínimo amparo– a un puñado de madres que no tenían un techo bajo el que caerse muertas.

Con el evaluativo axiológico *lesbiana militante* se dio a entender que el surgimiento del barrio estaba lejos de conformar un ideal o un estilo de vida diferente; por el contrario, el desamparo de las mujeres era la razón que había dado impulso a las autoridades como respuesta para brindar una solución pasajera. El sustantivo *lesbiana* se utilizó nuevamente para referirse a un conjunto de mujeres sin hombres, ligando al estado civil una connotación de elección sexual.

Las referencias absolutas *nació, militante* y el sustantivo *impulso* dieron fuerza al movimiento feminista que surgió como rebelión contra los roles del género. A diferencia de él las antofagasteñas no sintieron el deseo de modificar su situación. Eran mujeres sin hombres y también sin ideales, resultado de un desequilibrio socio económico.

Se atribuyó la carencia de la población al Estado, esto se hizo mediante

el evaluativo no axiológico *mínimo amparo*. Esto denotó el menor esfuerzo de las autoridades competentes. Así, se dejó en claro que ante lo poco que las habitantes del barrio poseían, cualquier ayuda por más pequeña que fuera era bienvenida.

Vivienda = mínimo amparo = Un techo bajo el que caerse muerta = DESAMPARO

Todo empezó cuando Luis Eduardo Rodríguez –el intendente de ese momento– decidió hacer un canje: él les daba casa a cuatro madres solteras, y a cambio esas cuatro mujeres lo votaban para senador por Antofagasta. El presupuesto por cada vivienda era de dos mil cuatrocientos dólares destinados a materiales, y las beneficiarias tenían que poner la mano de obra. Pero nada fue tan fácil. El proyecto, una vez aprobado, tomó tiempo en concretarse: se cortaron y secaron los adobes, se dejó pasar la fiereza del invierno, se picó la piedra y se le dio forma. Después vino la devaluación del peso (que redujo el presupuesto total a una tercera parte), y, para cuando las casas empezaban a levantarse, ya no había cuatro madres sino sesenta y cuatro: un aluvión de mujeres sin marido que reclamaban un techo y un barrio, y que a cambio de ese techo eran capaces de votar por Rodríguez. Sesenta y cuatro mujeres son el dieciséis por ciento del padrón electoral de Antofagasta. Rodríguez les dijo que sí a todas, usó los tres mil doscientos dólares para hacer sesenta y cuatro casas en vez de cuatro, y de esa forma nació el barrio San Juan.

Se inició el párrafo con la aparición de un nuevo personaje: el ex intendente, Luis Eduardo Rodríguez, que actuó en el relato como representante del Estado. Licitra aseguró que las antofagasteñas consiguieron sus casas mediante un *canje* – subjetivema verbal – en que las beneficiarias se habían comprometido a votar al candidato a cambio de un techo. Para llegar a esta conclusión se hizo porta voz – polifonía – de los testimonios de ese puñado de madres solas y con hijos.

La situación que planteó Licitra en el mismo párrafo fue la siguiente: Cuatro casas por cuatro votos -----> Cada vivienda por construir valía 2.400 dólares -----> Devaluación: quedaba sólo un tercio del presupuesto inicial -----> a 900 dólares por casa -----> eran 64 madres, es decir, el 16% del padrón electoral -----> casas para todas las madres con un presupuesto mínimo para cuatro.

Por asegurarse un lugar en el poder político, y un padrón electoral del 16% de los votos, el intendente prometió la construcción de 64 viviendas con el presupuesto para construir apenas cuatro. Esto manifestó que la autoridad de aquel momento no construyó las casas pensando en el confort de las madres sin techo.

No existe, en el San Juan, un reglamento. Pero es sabido que cualquier mujer que entre en concubinato con un hombre debe abandonar el barrio: la idea es que ceda su vivienda a otra madre soltera que no tenga el respaldo económico de un varón. Sin embargo, son muy pocas las mujeres que se abren a la posibilidad de enamorarse y de salir del San Juan para formar una familia. Desde el 2005, cuando un fiscal las instruyó por primera vez en materia legal, muchas chicas transformaron su destino (muchos hijos, ningún padre) en una extraña y absurda forma de supervivencia: con la cuota alimentaria que empiezan a exigirles a algunos hombres, más la ayuda de los planes asistenciales del Estado, les entra dinero todos los meses. A cambio, no tienen que trabajar fuera de casa, ni lavar los calcetines sucios de un marido.

Por lo tanto, si bien no hay un censo, se estima que hoy viven en el San Juan cerca de ochenta madres, una infinidad de niños, unos pocos perros, y ningún varón.

Se remarcó en este párrafo la autosuficiencia de las mujeres del barrio San Juan. Si bien la autora afirmó que no existían reglas y preceptos que los habitantes debían seguir, implícitamente, se vislumbraba que:

- Cualquier mujer que entrara en concubinato con un hombre debía abandonar el barrio.
- No se permitían hombres en San Juan.

Las mujeres no aceptaban al sexo opuesto para convivir en aquella manzana de Antofagasta. Por eso, accedieron a la ayuda de un fiscal para ***“transformar sus vidas en una absurda y extraña forma de supervivencia”***. Es decir, indirectamente, que en la vida de ellas y del barrio no debía de haber hombres.

Los subjetivemas nominales afectivos *extraña* y *absurdo* otorgaron una valoración negativa a supervivencia. Al analizar esta palabra se concluyó

que las mujeres vivían con escasos medios o en condiciones adversas. Ellas eran autosuficientes porque se valían por sí mismas con el dinero del Estado y el que les pasaba el padre de sus hijos. Fuera del barrio ser mujer representaba, según la autora, la plena disposición al hombre: lavar calcetines, preparar la comida y limpiar la casa.

“Desde el 2005, cuando un fiscal las instruyó por primera vez en materia legal, muchas chicas transformaron su destino (muchos hijos, ningún padre) en una extraña y absurda forma de supervivencia: con la cuota alimentaria que empiezan a exigirles a algunos hombres, más la ayuda de los planes asistenciales del Estado, les entra dinero todos los meses”.

A cambio, no tienen que trabajar fuera de casa, ni lavar los calcetines sucios de un marido”.

Aquí se percibió la presencia del discurso hegemónico patriarcal: una mujer transformada en esposa tenía que hacerse cargo de las tareas domésticas y del cuidado de su marido. Por otra parte, fue interesante advertir que para la autora las mujeres antofagasteñas “vivían sin el menor esfuerzo” porque siempre había una figura manteniéndolas.

En el barrio de mujeres solas no hay flores frescas, no hay cortinas bordadas, no hay olor a detergente, ni dentaduras completas, ni maquillaje, ni calzones de encaje colgando de las sogas de lavar. San Juan es, de algún modo, la versión menos publicitaria, más descarnada y más seria de lo que puede llegar a ser el destino femenino. El barrio –a diez minutos de caminata hacia el norte, desde el centro de Antofagasta– es un hueco de polvo entre los cerros; un lugar de tal precariedad que, si algún día imposible llegara hasta aquí el mar, se lo llevaría todo de un baldazo.

La aparición de las referencias absolutas *Flores frescas, cortinas bordadas, olor a detergente, dentaduras completas, maquillaje y calzones de encaje* remitieron a situaciones hogareñas y estilos de vida. Existían tres aspectos presentes en esta enumeración: limpieza, estética y decoración.

Licitra definió a San Juan como ese espacio geográfico en donde el ideal de belleza se encontraba apartado de los cánones tradicionales.

Con los adverbios de cantidad *menos* y *más* se marcó la intensidad de la comparación. Los evaluativos axiológicos *descarnada* y *seria* acrecentaron el estado calamitoso en el que, según la locutora, se encontraba el destino femenino. Obsérvese que “destino femenino” fue maximizado a todas las mujeres y que la prenoción de un mundo sin hombres era de algún modo la pérdida de la femineidad, del buen gusto y las costumbres que marcaban delicadeza.

La deixis temporal *diez minutos* y las espaciales *norte* y *centro de Antofagasta* ayudaron a retomar la idea establecida de lo tortuoso que era llegar a aquel sitio. Con los sustantivos *polvo* y *hueco* y el subjetivema nominal axiológico precariedad se describió un paisaje desolado, un desierto mismo repleto de tierra y suciedad. Asimismo, se utilizó el subjetivema verbal *aldazo* para aludir al acto de limpieza que parecía escasear.

En la calle principal –una estría ocre en el medio de las casas también ocre– hay algunos postes de luz eléctrica. Pero por afuera de esos postes –los únicos rastros de amparo estatal– no hay nada.

El sustantivo *estría*, empleado para distinguir la senda principal, refirió metafóricamente a una especie de cicatriz instalada en el San Juan.

Y en el medio de esa nada, Celina Ramos, cincuenta años, dos hijos, dos nietos, un diente, un pañuelo en la cabeza, habla de política.

–Antes de la política es que ellos hacían promesas, madre. Pero después de la política ya no hacen más nada. El senador Rodríguez disque iba a darnos la casa, pero me dio solamente las paredes y el techo, madre. Yo le hice poner la luz, yo compré la cocina, yo puse las puertas, las ventanas, el piso. Todo sola, madre, porque siempre fui sola.

Licitra volvió a introducir la polifonía en la voz de Celina Ramos, antofagasteña de 50 años. La locutora describió a la mujer con dos hijos, dos nietos, un diente, un pañuelo en la cabeza y afirmó que, así y todo, ella también tenía derecho a hablar de política.

En este párrafo, a partir del discurso directo de Ramos, se evidenció las promesas políticas incumplidas: **“Antes de la política es que ellos**

hacían promesas, madre. Pero después de la política ya no hacen más nada. El senador Rodríguez disque iba a darnos la casa, pero me dio solamente las paredes y el techo, madre”. De modo que, por su vivencia, la entrevistada entendía a la política como el intercambio de un voto por algo.

Si bien, Antofagasta era un sitio inhóspito alejado del mundo, existía junto a la política la corrupción. A partir de la referencia absoluta *todo sola* Ramos afirmó que terminó orgullosa su casa sin ayuda de terceros, insistiendo en que “ella siempre fue sola”. Esto denotó cierto pesar o tristeza por lo que nunca pudo ser.

Celina Ramos fue otra lugareña que figuró en el relato como víctima de la elaboración precaria de las casas. La autora describió los dormitorios y el baño de su hogar por oposición. Véase en el siguiente ejemplo:

La casita de Celina Ramos tiene dos dormitorios y un baño que no se parecen, en ningún caso a dos dormitorios y un baño: El lugar es un receptáculo ciego, un vacío espectral al que Celina llegó hace un año junto a sus dos hijas, la Olga y la Eudisia, que ya le dieron dos nietos.

Con los subjetivemas nominales afectivos *receptáculo ciego* y *vacío espectral* se trasportó al lector a un hábitat en que la oscuridad y el frío representaban un sitio incómodo para vivir.

No fue menor la apreciación de que sus dos hijas ya son madres, lo que permitió imaginar la distribución del espacio para más de cuatro personas en sólo tres ambientes.

Eudoxia, en griego, significa «buena reputación». Me acuerdo de esa estupidez (y del frío de locos) mientras Celina Ramos cuenta su historia en oraciones cortas. Dice que vio al padre de sus hijos sólo una vez en su vida y que esa vez fue suficiente. Luego hace una mueca de asco – nunca mostró una cara demasiado amable– y lleva la mirada hacia la puerta principal. Por la calle avanza una mujer de pelo corto y crespo; lleva un bebé en brazos y la siguen tres niños. Se llama Lucía Vázquez, tiene veintitrés años, y –al igual que Celina– está montándose al hombro la casa entera. Hasta el momento, Lucía Vázquez lleva cargados dos mil

bloques de adobe que le servirán para completar su rancho en San Juan. Vive con un plan del Estado (cincuenta dólares por mes) y a tres de sus cuatro hijos los mantienen sus padres (quienes, por supuesto, no viven en este barrio).

Se presentó la interferencia diáfasisca *Eudoxia* para indagar en la etimología del nombre de una de las hijas de Celina. Este recurso sirvió a la locutora para ironizar con el significado de la palabra al poner en duda la “buena reputación” de la joven.

La proliferación de hijos naturales en Antofagasta hizo que en el 2004 llegara un fiscal a San Juan con el fin de instruir a las madres solteras en materia legal. El fiscal les explicó que, si sabían quién era el padre, podían demandarlo por alimentos. Pero esta intervención lo enfrentó –a él y al intendente– con Emilia Mamaní, quien casualmente era una de las cuatro madres impulsoras de la creación del barrio de mujeres solas.

El sustantivo *proliferación* marcó el aumento en la cantidad de nacimientos en Antofagasta. Los recién nacidos fueron mencionados como “hijos naturales”, dejando en evidencia que se trataba de niños cuyos padres se desconocía la identidad. La referencia temporal *dos mil cuatro* marcó el antes y el después en materia legal, ya que hasta la llegada del fiscal las mujeres no habían podido hacer cumplir a los padres con sus deberes. La locutora utilizó el subjetivema verbal *instruir* para evidenciar la falta de conocimiento legal y la necesidad de comunicarlo.

En la voz activa de Emilia Mamaní, impulsora de la creación del San Juan, se presentó una posición crítica sobre la realidad del barrio. La habitante entendía que el estudio o el trabajo eran alternativas para la prosperidad de las familias.

A continuación, la autora prosiguió con la presentación de Emilia Mamaní:

“Mamaní tiene treinta y un años, cuatro hijos, un concubino y una casa que ya no queda en el San Juan. Ahora está parada en la puerta de la Iglesia del pueblo –una construcción blanca, limpia, pequeña– organizando los preparativos para la procesión del día siguiente: los diecinueve de cada

mes se celebra a San Expedito, el Patrono de las Causas Urgentes, algo así como el santo de la velocidad”.

En el párrafo anterior se describió la Iglesia con los subjetivemas nominales aafectivos *blanca y limpio*, reflejando la pureza del lugar. A pesar del polvo y la homogeneidad de colores la construcción resaltaba y parecía no pertenecer allí. Por su parte, el evaluativo no axiológico *pequeña* detalló el tamaño del inmueble. Para finalizar, se redefinió a San Expedito como el “Santo de la velocidad”, popularizándolo y adjudicándole la necesidad de soluciones rápidas a las demandas de los problemas locales.

–Me molestó la intervención del fiscal, porque por más leyes que haiga... que yo tengo mi hijo, que lo pongo en el juez, que el padre me pasa el dinero, eso no soluciona el problema –explica Mamaní–. Muchas mujeres se llenan de chicos para ir a cobrar la cuota. Porque podés tener un hijo por error, máximo dos, pero no seis, como la Carina. ¿Usté vio a la Carina?.

Por primera vez se presentó al hombre como ser insuficiente para la solución de la situación económica sufrida por las madres solteras. En primer término, en la figura del padre (para la manutención) y luego en la del juez (portavoz de los derechos de los niños y las mujeres). Sin embargo, por medio de la polifonía, se exhibió el discurso de un sector de la sociedad que veía con descontento la entrega de planes sociales: una medida momentánea que lejos de erradicar o combatir la pobreza fomentaba a las madres a tener hijos para cobrar el dinero.

La narradora utilizó el adjetivo *error* para caracterizar el proceder de las jóvenes a la hora de quedar embarazada. Licitra a través de la voz de Mamaní introdujo un límite respecto a la cantidad de hijos que se podían engendrar por equivocación: A partir del tercer niño podía tratarse de una *cuestión de educación*.

Más tarde conoceré a Carina, que vive en San Juan. La veré sentada en el callejón principal, con las piernas abiertas, fregando al ritmo de una cumbia suave y reclinando el torso sobre un fuenteón repleto de zapatillas y agua turbia. Su cara será ancha y reflejará el sol, y sabré, al verla, que alguna vez Carina fue una mujer hermosa. Ahora tiene veinticinco años

y seis niños: Freddy, Marianela, Agustín, Karen, Vanesa y Marilyn, una bebé de pupilas negras y vacías.

En la descripción de Carina se organizó el relato mostrando una mirada de anticipación, expresada con el tiempo futuro: *conoceré, veré, será, reflejará, sabré y diré*. En el pasado Licitra vislumbró a una mujer joven, bella, con buen cuerpo, que en la actualidad era madre de seis hijos. En la continuidad discursiva la locutora implementó el tiempo presente para narrar la realidad de la muchacha, cómo llegó a ser madre y mantuvo a sus hijos.

Se utilizó el subjetivema axiológico *turbia* para referir al estado del agua con la que Carina limpiaba las zapatillas de sus hijos, y el axiológico *vacías* para describir las pupilas de uno de los niños, como si se tratase de un objeto que no tenía contenido alguno e incapaz de despertar interés.

Los seis fueron engendrados por cinco individuos distintos. El primero nació a los quince, y desde entonces llega uno cada dos años. Ella los mantiene con un plan asistencial y con el dinero (fluctuante) que le pasan algunos de los padres. Carina dirá, cuando la conozca, que no necesita un hombre a su lado. Y quizás tenga razón.

La autora utilizó el verbo engendrar para dejar en evidencia que la llegada de cada hijo era por medio del simple acto sexual. El uso del sustantivo *individuos* creó el efecto del desconocimiento de la identidad de los hombres con los que se procrea.

—¿Entonces cuál es la solución para las chicas como Carina? —dice Emilia Mamaní—. ¡Que haiga concientización! ¡Cuántas veces le dije yo a la Carina que haga un curso de cerámica, que dedique su tiempo en algo útil. ¡Ocupemos nuestro tiempo en otra cosa que no sea tener hijos! Porque sí no... Yo soy una mamá que se curó: tengo apenas cuatro niños. Pero muchas otras mamás están en los bailes, viven sentadas todo el día en frente de Gendarmería o en la esquina de la plaza para ver si alguien les hace un chico.

El subjetivema verbal *concientizar* se presentó como la solución más práctica a dicho malestar social. La concientización indica la acción educativa por la que se llega a un conocimiento activo y auténtico, en

este caso, enseñar a las mujeres de Antofagasta las alternativas que existían en la vida, las cuales excedían la crianza de hijos como única posibilidad de existencia.

El subjetivema afectivo *útil*- definido por la RAE como aquello de lo que se obtiene un provecho, fruto o interés- se utilizó con el fin de demostrar que la vida de estas mujeres no lo era, ya que sólo tenían hijos para cobrar una ayuda económica. El verbo *curó* enfatizó la idea de Mamaní: tener hijos era una enfermedad:

“Yo soy una mamá que se curó: tengo apenas cuatro niños”

Los problemas son las jodas, dice Mamaní, las criaturas borrachas a los ocho años. La madre que se va al baile y deja al niño en casa, solo, y entonces el niño despierta y sale a buscarla y en la madrugada todo está tan frío, tan feroz, que algunos niños directamente se congelan o se encuentran con un perro de dientes furiosos. El problema también es la mugre, la invasión de moscas que llenó el barrio San Juan hace un año: una nube de bichos zumbando las casas sucias, la leche rancia, los pañales con mierda.

El sustantivo baile, el verbo sentadas y la frase “si alguien les hace un hijo” concluyen la idea de mujeres sin perspectivas, desobligadas e irresponsables. Esto fue mencionado en párrafos anteriores y presentó el conflicto central de Antofagasta.

Es la primera vez en el relato que, en la voz de una habitante del barrio, se atribuyó el problema a una causa distinta a la *falta de conciencia*. En este caso, con la interferencia diástrática *joda* se remontó la idiosincrasia del pueblo vinculada al libertinaje, el descontrol y la falta de responsabilidades y proyectos. El término en Argentina y Uruguay refiere a broma y/o diversión. El lexema otorgó un sentido peyorativo a la diversión de los lugareños. Por ejemplo: **“La madre se va al baile y deja al niño en casa solo...”**.

Con los subjetivemas nominales axiológico *feroz*, *furiosos*, *sucia* y *rancia* se remarcó la hostilidad del clima, al tiempo que se rechazaron las costumbres de la falta de higiene y la recurrencia a los bailes. El uso de los sustantivos *mugre*, *bichos* y *mierda* fijaron esta idea.

El verbo invadir generó en el lector la sensación de que en un lugar tan pequeño existían más cantidad de insectos que de gente.

Pero el mayor problema de todos es que se puede estar mejor, y nadie lo sabe.

—Acá en Antofagasta no hay pobres —dice Emilia Mamaní—. Acá tenemos adobe para hacer castillos. ¡Castillos! Porque dios nos dio todo a nosotros. Entonces lo que falta es ganas. Yo a mi hija le digo: Vanesa, vos estudiaste primaria, secundaria y ahora estás haciendo la terciaria y nunca vas a decir que te pusiste una zapatilla que estuvo un poquito rota para ir a la escuela. Pero yo sufrí, Vane, para darte lo que vos tenés. Entonces vos no sufrás: estudiá, tomá anticonceptivos, no te metás a tener hijos y sé algo más algún día, para que yo me pueda apoyar cuando ya no tenga, digamos, más nada.

Mediante una cita directa, Mamaní criticó la realidad y brindó una esperanza para los antofagasteños. Con el adverbio de negación *No* le quitó responsabilidad al aspecto económico y se lo atribuyó a las *falta de ganas*. Con las referencias absolutas *Dios, todo y castillos* dio sentido de abundancia a los recursos que poseían y también a las posibilidades de crecimiento.

La educación fue apreciada como la posibilidad inmediata para poder “ser algo más”. La referencia absoluta *Escuela* se presentó como la institución capaz de brindar el desarrollo y modelar la experiencia. Ésta se contrapuso a la imagen de la mujer con muchos niños y en dificultad para alcanzar un estrato social superior. Así, se utilizó el subjetivema verbal *sufrir* para aludir a la sensación de aquel dolor físico y moral que representó para la antofagasteña la ardua crianza de sus hijos.

Mamaní llora: un llanto rabioso y discreto. Alrededor hay silencio y un atardecer que cuelga como una inmensa ojera en tonos violeta. Los volcanes y los cerros van cambiando de color, y pronto el cielo empezará a comerlo todo. De noche, Antofagasta se congela. La amplitud térmica es tan grande (veinte grados de diferencia entre la noche y el día) que ése es uno de los principales motivos por los que la mayor hostería de la zona (ubicada en El Peñón, a pocos kilómetros del pueblo) nunca termina de inaugurarse: de noche, con la helada, los vidrios estallan. Por lo tanto en la región, hasta el momento, hay un solo lugar oficial donde dormir:

es la Hostería Municipal, una construcción que no califica ni para hotel de media estrella, pero que se promociona –según sus propios dueños– como un lugar donde se puede cenar «a la carta». Vamos con Pacheco a las nueve de la noche, y pedimos la carta.

La autora retomó las características geográficas y climáticas de Antofagasta de la Sierra. Las deixis espaciales a *pocos kilómetros del pueblo* y la temporal *nueve de las noche* brindaron al lector la sensación de que se trataba de una zona vertiginosa, en donde se pasaba de un extremo a otro, demostrado en el llanto de Mamaní, la amplitud térmica o el paso de la noche al día. Por otra parte, los términos *A la carta* y *media estrella* remitieron a cuestiones turísticas y clasistas.

En Antofagasta las alternativas siempre fueron escasas, también lo eran en relación a la comida. Lo mismo ocurría con la *mala suerte* a la que ni los insectos parecían escaparle. La polifonía se presentó a través de los rumores de lugareños en relación a un hábito zoofórico. La interferencia diafásica *antropofágico* calificó a la costumbre como algo que rozaba lo salvaje.

A la mañana siguiente me levanto con frío y fuerzas: hoy, decido, voy a hablar por teléfono. En la calle los niños van a la escuela, las cabras van a los cerros, las palabras no tienen dónde ir.

En la puerta de la Municipalidad de Antofagasta hay diez personas esperando su turno: eso es el 2,5 por ciento del padrón electoral y es, en términos más inmediatos, poco más de una hora de espera. Al lado del teléfono en uso hay otro libre. Tengo una idea.

La secuencia narrativa que utilizó la autora “niños, cabras y palabras” habló de la monotonía que encontraba lugar en aquel sitio: Los niños iban a la escuela y las cabras a los cerros. Con la frase “ni las palabras tienen donde ir” se descartó que allí hubiera lugar para la socialización. Para dar verosimilitud al relato, Licitra se apropió de datos estadísticos como, por ejemplo, el porcentaje del padrón electoral.

¿Y si usamos también el otro, como para acelerar?

Aquí la autora apareció en la historia, por medio de una cita directa, en su rol de viajera, sintiendo extrañeza por lo que ocurría en el pueblo.

Si es cierto que las palabras se construyen con el uso (y se destruyen con el desuso) puedo decir que en Antofagasta de la Sierra la palabra «acelerar» no existe.

El subjetivema verbal *acelerar* – entendido como hacer más rápido o más vivo un movimiento o un proceso- aludió no sólo al estado del teléfono sino al proceder de los antofagasteños frente a distintas circunstancias como la salud, la familia, el trabajo y la educación.

El sustantivo *palabra* adquirió fuerza en cuanto al sentido de socialización de los individuos. Las lenguas verbales nos diferencian de los animales y otorgan un grado único de dignidad al hombre, además de constituir un estilo de vida mediante su uso diversificado en las prácticas sociales. Poder utilizar el lenguaje como forma de socialización implica el desarrollo de la comunidad entera, al contrario de lo que allí ocurre. Así mismo el verbo *destruir* y el subjetivema afectivo *desuso* aludieron a la negligencia, la falta de cuidado, al abandono y sobre todo a deshacer aquello que se poseía, es decir, la unidad mínima del discurso.

El segundo teléfono no suena, probablemente no suene nunca. Pasan veinte minutos, mi turno no llega, salgo a la calle y decido ir caminando hasta el barrio San Juan. No es mucho: quinientos metros en dirección norte que incluyen un bordeo al cementerio (rojo, azul, amarillo), otro paso por la iglesia (blanca, blanca, blanca), y un paisaje desmesurado y mudo: puñados de cabras mordisqueando los cerros, y la certeza ulcerante de que acá las horas empiezan a morirse, o quién sabe qué pasa: algo muere en serio.

Se realizó una descripción cronológica y paisajística que reforzó los datos geográficos con la deixis temporal *veinte minutos* y las deixis espaciales *Barrio San Juan, quinientos metros, norte y acá*. La autora eligió dos adjetivos que marcaron el relato y se presentaron como única posibilidad de describir Antofagasta. Estos fueron los evaluativos axiológicos *desmesurado* y *mudo* que refirieron a la soledad y la inmensidad del terreno que provocó que las voces se pierdan. También el sustantivo *puñado* fue el predilecto para señalar aquel conjunto pequeño y uniforme. Con el subjetivema axiológico *ulcerante* -que alude a un intenso sufrimiento- se calificó las horas que parecían no transcurrir. Como Licitra visualizó la caída del sol utilizó el sustantivo

morirse y el subjetivema verbal *muere* que estimaron que en aquel momento se extinguía todo rastro de vida, de esperanza, en aquel alejado rincón.

En el camino se cruza el intendente Acevedo. Su tema, una vez más, son los japoneses. Dice que logró frenar las obras de alambrado y –si los diarios llegaron a Antofagasta– sería fácil comprobar de qué está hablando: en enero del 2007, el diario Clarín denunció el intento de venta de más de sesenta y tres mil kilómetros cuadrados de tierras fiscales en la Puna de Atacama, una región que incluye a Antofagasta de la Sierra. Desde el Estado negaron que esas tierras estuvieran en venta. Pero Acevedo vio que estaban alambrando, y mandó una nota a un fiscal que, esta misma mañana, frenó las obras.

El eje central fue el barrio de mujeres sin hombres, sin embargo, apareció un dato periodístico relevante: la venta de tierras fiscales a un grupo de empresarios japoneses. Esta historia apareció con insistencia en la voz de Acevedo y fue el único párrafo donde se vislumbró un cruce de verdades, por un lado, una denuncia por parte del grupo Clarín, y por el otro, la negación del Estado. Aquí se planteó la rivalidad entre el poder estatal y el poder mediático, legitimado este último por Acevedo. A su vez, Licitra otorgó importancia a los medios de comunicación como los únicos vehículos para poder detentar un problema y solucionarlo. Lo realizó mediante el siguiente deseo: “si los diarios llegarán a Antofagasta”.

La polifonía es el recurso donde se activan las diversas voces de los hablantes; así, el intendente de la zona otorgó veracidad a la construcción mediática con la referencia absoluta *Clarín* asumiendo una postura de contrariedad a lo que declaraba el Estado.

Asimismo, en dicho párrafo aparecieron nuevas deixis temporales y espaciales.

DEIXIS TEMPORAL	DEIXIS ESPACIAL
Enero	66 kilómetros cuadrados
Mañana	Puna de Atacama
	Antofagasta de la Sierra

**–El santo nos ayudó –dice Acevedo.
Y lo dice en serio.**

Hoy es San Expedito, el santo de la velocidad. En la puerta de la iglesia, Emilia Mamaní se prepara junto a veinte personas para caminar dieciocho kilómetros por un desierto rocoso. Pienso en acompañarla (en auto) y voy a la despensa a comprar agua mineral.

–¿Tiene agua?

Del otro lado del mostrador, alguien toma una botella de Sprite vacía, la llena con agua del grifo, y me la da.

La referencia absoluta santo denotó un pueblo creyente de arraigadas costumbres religiosas. La periodista se *fundió* en el grupo de ciudadanos al informar que compartió la procesión de “San Expedito”, típica de la zona.

El matriarcado es un sistema conceptualmente más sencillo de lo que se cree. Por un lado, consiste en la matrilinealidad, un orden familiar según el cual un hijo es identificado genealógicamente en función de su madre. En la tradición judía, por ejemplo, las personas son consideradas judías sólo si nacen de madre judía, es decir que la descendencia es pasada de madre a hijo. También está la matrilocalidad: luego del casamiento, el varón se muda con la familia de la mujer y queda socialmente aislado de su grupo familiar original. Y por último –aunque principalmente– está el bolsillo: la mujer, en los matriarcados, es la que genera, recibe y reparte los bienes.

A partir de las interferencias diafásicas *matrilinealidad y matrilocalidad* Licitra buscó de modo académico y analítico comprobar la existencia de un matriarcado en el Barrio de San Juan. Utilizó recursos históricos- como la tradición judía- para dar forma a un concepto que abarcara la idea de matriarcado que, luego, refutará con la realidad de Antofagasta.

Por todos estos motivos es que el barrio San Juan no es, exactamente –y como se rumorea en Catamarca– un sistema matriarcal. Los hijos llevan los apellidos de sus padres (salvo que el padre no los reconozca), y los bienes no son generados por las mujeres, sino por el Estado y sus planes asistenciales, y por los hombres y su cuota alimentaria. Así y todo, las

mujeres de San Juan tienen un único punto en común con el sistema matriarcal: ignoran a los varones por completo.

En base a la información que brindó del sistema matriarcal y su clasificación, se pudo afirmar que en el Barrio de San Juan no existía el matriarcado aunque sí compartía un único rasgo con él: la ignorancia hacia los varones. Se utilizó el subjetivema verbal *ignorar* para marcar el desconocimiento o desinterés hacia al hombre en los procesos de noviazgos, matrimonio, crianza y acompañamiento. Sin embargo, los derechos civiles -apellido y cuota alimentaria- eran el sustento de las mujeres de Antofagasta, sumado a los planes asistenciales. La manutención de las antofagasteñas era el rasgo de mayor distinción, ya que el dinero llegaba externamente y no generado por capacidades o iniciativa propia.

–Los tipos cansan –dice Noemí Vázquez mientras friega ropa en un fuentón: los días pares friega la de sus niños, los impares la de los niños de su abuela–. Los tipos son caprichosos. Ellos capaz que no entienden los trabajos de la mujer, piensan que uno está de gana en la casa. La última vez que un hombre me dijo floja le contesté: «Ya no te aguanto más, retiráte».

La razón del desinterés hacia el sexo masculino se explicó en la voz de Noemí Vázquez mediante una cita directa. El subjetivema verbal *cansan* y el evaluativo axiológico caprichoso connotaron una figura masculina con antojos sinrazón. Las mujeres mencionaban a sus ex parejas con la interferencia diastrática tipo, lo que confirmó sus sentimientos de rechazo.

El hombre no ayudaba en las tareas del hogar, las cuales eran atribuidas a las madres de familia. Esto se sustentó con el subjetivema verbal *friega* para enfatizar el trabajo de quién debe usar sus manos para erradicar la suciedad de las prendas. El sustantivo *aguanto* refirió a la saturación de estar en pareja: parecía ser “más insoportable que vivir lavando ropa”.

En el relato figuró otro discurso del orden patriarcal vinculado a las labores domésticas que no eran remuneradas. Esta fue la primera vez que la locutora otorgó razón y vulnerabilidad a las mujeres de aquel

barrio. El subjetivema afectivo *floja* encerró el discurso que denigraba el accionar de la mujer y hasta le quitaba énfasis a los quehaceres. Por último, el sustantivo *retirate* demostró el procedimiento femenino ante los insultos del hombre.

Noemí Vázquez tiene veintitrés años y habla en susurros. Por la puerta de su casa se ve parte del barrio San Juan, que es como verlo todo: hay una montaña seca, un aire opaco, sol. De fondo se oye la radio municipal. Sobre ese ruido granulado está la boca de Noemí –grande, carnosa, triste– abriéndose y cerrándose, y tratando de hablar con una suavidad que sin embargo tiene mucho que ver con la furia.

La referencia absoluta todo brindó un panorama del paisaje en su totalidad y de la realidad de las mujeres que allí vivían. Ellas se mezclaban con el paisaje inhóspito, caluroso y soleado. Para esta descripción Licitra volvió a utilizar los subjetivemas nominales axiológicos seco, opaco y sol.

A continuación, la autora aplicó el sustantivo *susurro* y el evaluativo axiológico suavidad para describir la voz de las mujeres. Por su modo de expresarse, Licitra había calificado a las antofagasteñas como “*un recipiente vacío de palabras por cuyo interior no corría sentimiento alguno*”. Sin embargo, y en el final de su recorrido, la autora encontró a estas mujeres como depositarias de grandes historias y furia contenida, rasgos casi invisibles que logró apreciar en los gestos de sus entrevistadas.

Para referirse a la boca de su interlocutora, Noemí Vázquez, utilizó el subjetivema nominal no axiológico *grande* y los subjetivemas afectivos *carnosa* y *triste*. La autora no hizo hincapié en las palabras de Noemí sino en su expresión facial. La comparación con el sonido granuloso de la radio, las ondas que subían y bajaban, remitieron a la boca temblorosa, ya fuera por la ira o violencia producida por un enfado muy grande que no logró expresar y contenía o, quizá, por el cansancio ante tal situación.

Su madre –la de Noemí Vázquez– la tuvo soltera. Pero la mujer no aguantó afrontar la crianza en soledad y abandonó a su hija para armar una vida al lado de un hombre que la quería sin cargas. Noemí creció

junto a su abuela y repitió la historia de su madre sólo a medias: crió a sus niños sin ayuda, pero jamás los cambiaría por ninguna otra promesa de felicidad.

La locutora utilizó los subjetivemas verbales *aguantó, abandonó, afrontar, armar, creció, repitió y crió* para resumir la historia de Noemí y de muchas antofagasteñas. Los cinco últimos verbos narraron la posición de Vázquez contraria al accionar de su madre y establecieron en los dos primeros la falta de responsabilidad y debilidad de dicha mujer. También las referencias absolutas *crianza, soledad y vida* y el sustantivo *cargas* hicieron mención a lo que representaba tener hijos sin el apoyo de un hombre y la dificultad de reiniciar la vida en pareja.

En este párrafo Licitra comparó la historia de Noemí Vázquez y la de su madre; tomando como común denominador a los hijos. Por un lado, tanto la madre de Noemí como el hombre por el que la abandonó, tomaron a los hijos como un peso que tener auestas. Por el otro lado, Noemí repitió la historia materna con una salvedad: ella no cambió su *carga* por una promesa de felicidad. El sustantivo *promesa* ligado a la referencia absoluta *felicidad* indicó aquella satisfacción que se anhelaba pero que estaba lejos de alcanzarse. La locutora emitió su juicio: tener al lado a un hombre no aseguraba la felicidad.

–No conozco a mi papá y jamás me han hablado de él –susurra, friega, frota, escurre–. Sólo me han comentado que es una persona que no vive aquí. Y las veces que tuve la posibilidad de hablar o exigir a la señora esta que me abandonó, y que en realidad sería mi madre, que me haga conocer a mi padre, nunca fui capaz de decir: «Bueno, díganme cómo ha sido». Yo nunca le he tenido un corazón a mi madre por lo que me ha hecho. Ella se casó y se fue. Pero yo jamás abandonaré un hijo. A veces hace falta un hombre de verdad, sí. Pero todavía no sé muy bien para qué.

La autora depositó la bronca de Noemí Vázquez en las acciones *susurra, friega, frota y escurre*, sugiriendo la idea de un ritmo sincopado durante el lavado de la ropa al tiempo que hablaba del desconocimiento de su padre.

Noemí Vázquez exprime un trapo con fatiga. Sus manos quedan cubiertas por una suave estela de burbujas blancas, y se las ve tan frías y pequeñas: dos cachorros cansados. Mira sobre el hombro hacia una pieza minúscula.

En el párrafo anterior se reflejó la vulnerabilidad de la joven al compararse sus manos con “dos cachorros cansados”. Si bien por su forma de vida, sus actividades y su relato Noemí aparentaba ser una persona mayor, lo cierto es que era una muchacha de 23 años que podía ser comparada con la cría de un animal.

–Niños –silencio–. ¡Niños! Vengan a ver el santito.

Del cuarto oscuro, entre el amasijo de pañales, mantas y colchones, asoman tres cabezas diminutas. Son dos varones y una niña recién levantados: tienen el cabello atolondrado, los ojos chinos y la sonrisa floja. Afuera, por la calle, se oye el machaco sincopado de varios pares de pasos. Es la procesión de Expedito: veinte cuerpos que parecen aplastados por el mismo paisaje que los hace bellos.

Licitra describió el lugar de donde aparecieron los hijos de Noemí por medio de los subjetivemas nominales axiológicos oscuro y revuelto y el no afectivo *diminuto*. A continuación detalló físicamente a las criaturas con los subjetivemas axiológicos *achinados* (ojos), *floja* (sonrisa) y *atolondrado* (cabello).

Al observar la descripción del cuarto y de los personajes se pudo encontrar una semejanza: ambos daban la impresión de no estar en el mejor estado. El cuarto debido al desorden y los niños porque recién se levantaban.

La cronista afirmó que desde afuera se oían unos pasos a los que definió como “machaco sincopado”. El verbo *machacar*, según el diccionario de la Real Academia española, significa hacer polvo o reducir algo a ese estado físico. Licitra lo utilizó para referirse al estado del suelo; una superficie que de sólo pisarla se hacía polvo, generando en el lector la reiterada sensación de un barrio seco y sucio.

Continuando con la linealidad del relato, la autora describió la procesión de San Expedito. Veinte personas acompañaban la marcha del Santo lo que definía un buen porcentaje de la población del barrio. Allí el horizonte se entrecruzaba con los rostros. Licitra afirmó que si bien estos cuerpos parecían *aplastados* -subjetivema verbal- por el paisaje, aun así, eran bellos. En este paraje inhóspito las mujeres solas o sin

hombres- que para la autora representaban lo mismo- eran lindas. Lo cual hacía creer que sólo bajo ese panorama dichas féminas resultaban atractivas.

–Éstos son mis chiquitos –sonríe–. ¿Le dije que me llamo Noemí Vázquez? La mayoría en Antofagasta somos Vázquez. Muchísimos. Quizá seamos todos hijos del mismo hombre.

Licitra utilizó la referencia absoluta todos que involucra un **ellos** y **ellas**. Aquí apareció un dato cuasi demográfico: “*Quizás todos los hijos pertenezcan al mismo padre*”. La posibilidad fue representada por el término *quizás*. Esta sentencia pudo derivar en dos cuestiones: ya sea que a partir de un lazo cultural existía una unión genealógica, algo así como una gran familia, o simplemente se trató de una ironía: Como todos los hombres eran iguales, podrían ser hijos de Vázquez.

Noemí vuelve a meter las manos limpias en el agua sucia; los pasos pasan. Las horas, en cambio, se quedan para siempre.

En la última línea de su crónica, Licitra marcó el contraste entre las manos limpias de su interlocutora y el agua amarronada donde metía sus manos para lavar las prendas de las criaturas. Noemí volvía, una vez más y como todos los días, a la rutina.

La frase “Los pasos pasan (...)” no sólo identificaba la peregrinación por San Expedito; aludía a la continuidad de la vida al ritmo sincopado de ese par de mujeres que iban detrás del santo de la inmediatez.

De aquí surgió la pregunta sobre para quién el tiempo dejaba de correr. ¿Para esas mujeres solas y a cargo de sus casas mantenidas por una previsión social? ¿Para la cronista a la que le quedaron grabados los momentos que pasó en esa localidad perdida entre los Andes? La referencia absoluta *siempre* junto al subjetivema verbal *quedan* formularon un significado de perpetuidad temporal.

“Las horas, en cambio, se quedan para siempre”

Las horas debían transcurrir y no detenerse. Esto hizo que el interlocutor engendrara un sentido metafórico del tiempo: la vida en Antofagasta no

corría a la par de los minutos. Licitra utilizó la referencia absoluta *horas* para precisar que éstas perduraban en la eternidad, que se estancaban para siempre con sus habitantes. Un tiempo que no era cronológico, ni tampoco se medía por la perpendicularidad de las agujas del reloj. Era un tiempo que no trascurría aunque la escena variase casi imperceptiblemente.

5.2 Conclusiones

Desde la antigüedad existió un orden desigual que posicionó a la hembra por debajo del varón. La construcción del cuerpo de la mujer fue producto de la historia de las relaciones de fuerza en donde intervinieron intereses económicos y sociales de los distintos momentos políticos. Se buscó legitimar un orden instaurador que penetró los cuerpos, les otorgó categorías biológicas y estándares que debieron responder a reglas impuestas por las diferentes instituciones que actuaron y actúan como entes reguladores y controladores de los mismos.

La hegemonía de un orden patriarcal, objetivado en discursos, se convirtió en la encargada de moldear las conductas de aquellos cuerpos y otorgarles recompensas o sanciones. Sin embargo las estructuras impuestas se modificaron por el cambio de intereses de quienes detentaron el poder. Ideas, teorías, leyes que se reprodujeron en ámbitos religiosos, médicos, biológicos y jurídicos cuyas bases no fueron estancas sino que mutaron junto con la historia y el ser humano. De este modo se logró abrir un abanico de posibilidades a los sujetos y nuevos modos de percibir la realidad.

En la actualidad se atraviesa la caída de grandes paradigmas cuyas “verdades eternas” fueron desplazadas por supuestos que circulan, se contradicen o afianzan pero no constituyen criterios irrevocables. No fue sencillo para la mujer transformar su condición; el primer paso fue reconocerse subordinada, luego buscar cambiar su situación y por último avanzar sobre pilares que durante años parecieron inquebrantables y designaron para ella un papel que la desterró y alineó a su posición de “ser” sometido.

Estos avances se consumaron en hechos reales como el acceso a la educación o, inclusive, al sufragio. Además, se adquirieron otras conquistas. En Argentina la “Ley de Identidad de Género” llegó para otorgar el libre reconocimiento del sexo por medio de la auto percepción que cada sujeto posee de su cuerpo. Pero aún persisten en la memoria

colectiva sentencias que durante siglos establecieron un modo de percibir “lo correcto” lo que produjo un choque cultural e ideológico y ocasionó voces en contra o a favor, afecto, rechazo, simpatía y apatía.

La presente Tesis buscó retomar nociones de mujer, cuerpo, poder y discursos; todos ellos conceptos clave a los que se abocaron los estudiosos de las ciencias sociales y que se atribuyen de modo directo a la Licenciatura en Comunicación Social. También, se reflexionó sobre el rol de los medios de comunicación como vehículos para narrar la realidad, que guardan estrecha relación con ideologías opresivas al servicio de grupos hegemónicos. Por ello, se ahondó en prácticas periodísticas, como el caso de las crónicas, para encontrar huellas y regularidades de discursivos que continúan generando exclusión.

Es pertinente aclarar que el objetivo del trabajo no fue juzgar la actuación de la periodista Josefina Licitra, sino por contrario, señalar los vestigios de discursos hegemónicos que aún persisten en la enunciación en torno a la construcción del cuerpo femenino. La apropiación de herramientas lingüísticas permitió realizar un análisis semántico y lingüístico en los relatos seleccionados y evidenciar las voces sociales que hablaron desde allí, la subjetividad implícita de la locutora y las relaciones existentes entre la variable de clase.

Las crónicas que formaron el corpus constituyeron disparadores para ampliar y poner en debate la relación entre la mujer y su cuerpo y develar los abusos que desde posiciones de poder se materializan en los discursos.

En “El Barrio de las mujeres solas” y “Como es perder la virginidad” se observó la presencia de discursos y valores propios del orden patriarcal (varón occidental adulto, racional, instruido y heterosexual); es decir, un modelo androcéntrico que determina un prototipo de mujer (objeto de deseo, profesional, exitosa y madre) condicionando su rol social. La locutora internalizó estos discursos y los reprodujo en las relatos mencionadas.

En cuanto a la categoría **cuerpo-poder** es necesario destacar en primera instancia el desplazamiento del cuerpo como entidad biológica a la corporeidad como construcción trans-subjetiva. Este estrecho vínculo

debe ser comprendido desde la relación entre lo corporal y el poder. Una hegemonía más abarcadora que la de los discursos privilegió a ciertos grupos dominantes apoyando el desarrollo o la continuidad de prácticas de restricción; represión que se expande a las distintas esferas de la educación, el trabajo, la cárcel, la sanidad cuyo objetivo es legitimar o deslegitimar los cuerpos.

Pensar en el cuerpo, con fines a esta Tesis, es hacerlo en términos de Pierre Bourdieu quién lo definió como un producto social atravesado por la cultura, las relaciones de poder y de dominación de clases. Por esto, se considera que el estudio del cuerpo requiere acudir a lógicas socioculturales, a las representaciones que la propia sociedad le asigna y a la discursividad que lo construye. Así, el cuerpo emerge de los discursos sociales dominantes que lo moldean bajo los procesos de socialización.

Este último se presentó en los relatos seleccionados como locus del conflicto, como testigo e imagen donde se imprimieron las vivencias de una sociedad conflictuada. Por tanto el análisis social y cultural del que fue objeto y los valores que lo distinguieron, hablaron también de la persona y de las variaciones que su definición y su modo de existencia tuvieron en diferentes estructuras sociales.

El cuerpo es el aparato social por excelencia ya que desde el momento en que las personas son concebidas se ven envueltas en el entramado social y piensan, sienten, disciernen y se conducen como sujetos a partir de lo que hicieron de ellas y sus cuerpos. Ellos comunican, no sólo por medio de palabras sino de gestos, expresiones, vestimenta y la manera de relacionarnos con el mundo.

Pero, también, estos cuerpos emergen a partir de los mecanismos auto-sancionatorios de los individuos, en una trama tensional sostenida por el intercambio de miradas. La mirada del “otro” hizo que la locutora se posicionara frente a cada historia que relató a partir de un bagaje histórico y socio-cultural que la hizo única y generó que mirase al mundo que la rodeaba con extrañamiento y, a veces, hasta con asombro.

En “El barrio de mujeres solas” y “Cómo es perder la virginidad” los cuerpos fueron el resultado de un choque cultural – tal cual lo plantea

Brislin¹⁰²- que nació de las tensiones y sentimientos propios de la vida en sociedad. La primera crónica se basó en un grupo de mujeres con hijos y sin maridos, que viven en el barrio San Juan -construido por el Estado- en la ciudad de Antofagasta, Catamarca. En la segunda se presentó a una mujer de ciudad -Josefina Licitra (protagonista y autora)- en donde se narra cómo fue su primera relación sexual.

En la lógica capitalista el cuerpo responde al grupo social que integra. El pensar, sentir y actuar del individuo se iguala con su clase social. En “El Barrio de las mujeres solas” la rentabilidad de los cuerpos es dada por la natalidad, es decir, entre más niños tengan, las madres perciben más dinero. En “Cómo es perder la virginidad” al igual que en San Juan el cuerpo es mercancía pero desde el plano estético de la belleza y la salud. Se comparte la idea del trabajo y la educación como las únicas salidas de una vida sumergida en la pobreza, aunque se aspirará a logros distintos determinados por la clase.

Para Marx, “la esencia del hombre es el trabajo”¹⁰³. Por medio de éste es que se realizan y desarrollan sus posibilidades. El trabajo a través de la historia le concedió al cuerpo de las personas un determinado rol vinculado a las articulaciones de intereses de cada orden político y que apoyaron la domesticación del cuerpo. El sistema capitalista impuso un modo de producción que otorgó al sujeto relaciones específicas con su cuerpo. Lo re-organizó instruyéndole reglas y espacios de desplazamientos con el fin de buscar que genere más ganancias a través de él. De aquí que la rapidez, eficacia y capacidad productiva sean los aspectos privilegiados de la identidad funcional del cuerpo humano.

Las relaciones de poder entraron en puja con la incorporación de la mujer al trabajo pero las instituciones se encargaron de repartir el poder en formas desiguales. Inserta en el mundo laboral, en un ámbito público o privado, la mujer continua en disparidad en relación a salarios o cargos respecto a los hombres.

En la división de sexos y en la división de clases se ven las normas establecidas del entramado social impuesto. Por lo tanto en “Cómo es

102 Brislin, Richard. *Cross Cultural Encounters in Face-to-Face Interactions*, NewYork, Pergamon Press, 1986.

103 Marx, Karl. *Manuscritos de Economía y Filosofía*. Madrid, Alianza, 1984, p. 190

perder la virginidad” los lectores se hallaron frente a una protagonista que a través de su cuerpo y su condición social de clase se identificó con un grupo determinado de mujeres, se configuro y se otorgó identidad como mujer independiente y trabajadora.

Esta crítica al capitalismo replanteó un nuevo orden social para ellas. La categoría mujer-cuerpo la posicionó como objeto subordinado y sujeto de su conocimiento. Es así que la subordinación de la mujer está sujeta a la estructura de las relaciones de poder delimitadas por el sexo. Esta estructura ubica al hombre por encima de la mujer generando un sometimiento, el mismo se conceptualiza en las relaciones de poder y cotidianidad.

Dos tipos de mujeres que a causa de su sexo deben someterse a la voluntad masculina que determina el goce o el disgusto de sus cuerpos. Si bien las protagonistas resultaron antagónicas, las unió de modo indiscutido su cuerpo de mujer, los cuales atravesaron la degradación. Licitra fue juzgada severamente por ser una inexperta en el sexo y, por otro lado, el esfuerzo y trabajo doméstico de Pascuala Vazqu ez se puso en duda. Adem as sufrieron las sentencias sociales como consecuencia de dichos actos. En el primer caso, el temor a contar una mala experiencia y, en el segundo, el ser una madre soltera. Ambas determinaciones otorgaron al cuerpo, a su vez, instancias de las que no se puede volver: la virginidad y la maternidad.

Por su parte, Foucault sostuvo que la función del poder disciplinario era la de encauzar, dirigir, gobernar y orientar las conductas de estos cuerpos creando, a la vez¹⁰⁴, individuos que fueran objetos e instrumentos de un saber, a partir de la vigilancia jerárquica y la sanción normalizadora.

Estas fuerzas de dominación que vigilan y castigan aún buscan en el encauzamiento la prolongación de un orden tácito. Las diversas instituciones que operan son las encargadas de llevar adelante el modelo propuesto. Por ejemplo, Foucault habló de las confesiones cristianas y del cuerpo como baluarte de los pecados, razón por la cual debe ser interrogado y puesto en palabras por cada individuo¹⁰⁵.

En las crónicas la figura de la Iglesia se hizo presente para calificar la

104 Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. México, Siglo XXI, 1997, p.27.

105 Idem 104, p. 27.

pureza -en “Cómo es perder la virginidad”- o entregar las esperanzas -en “El Barrio de las mujeres solas”. Así se evidenciaron los agentes que interactuaron y que reprodujeron en los sujetos los modos del “ser”. También apareció la institución médica. En el Barrio de San Juan el control de la natalidad se presentó como la solución más eficaz para erradicar la pobreza, es decir, se hizo presente el encauzamiento, el punto ideal hacia el cual la sexualidad debía dirigirse, así como las desviaciones que la ciencia del sexo tenía que prever y tratar.

La variable **género-clase** exigió entender el discurso como un hecho social para comprender esos hechos como históricos. Los discursos androcéntricos – que ponen al hombre masculino en el centro del mundo- persistieron durante cientos de años y tan sólo en los últimos la mujer logró mejorar su posición. Por esto resultó natural encontrar marcas internalizadas de un orden establecido que se reproducen y expanden a todos los ámbitos de la socialización humana.

Fue necesario destacar el poder constructivo que tuvo el discurso sobre el orden social, ya que adentrarse en él implicó sumergirse en la complejidad sociocultural. Afirmar que los discursos son constitutivos de los actores sociales, deriva directamente de que el cuerpo “habla” de esos discursos, ya que éstos definen y trazan sus contornos.

La segunda cuestión a la que se hizo alusión fue la diferencia social y cultural que presentaron, inevitablemente, esas dos “estereotipos” de mujeres que identificó Licitra en las crónicas. En “Cómo es perder la virginidad” se posicionó en la voz de un “grupo de mujeres” que vivieron dramáticamente su primera vez, incluyendo en su discurso las voces de un todo:

“No pidan relatos sensoriales del estilo *“me tocó y vi las estrellas”*, porque lo único que suele pensar una mujer cuando debuta sexualmente es *“hoy es el día”*, *“ay”* o *“qué asco”*.

En este fragmento la autora utilizó la identificación de la primera persona (YO) con la primera persona del plural (NOS) para incorporarse al locutor en un grupo, en este caso “las mujeres”. El uso de la primera persona del plural habilitó la interacción entre los protagonistas de la actividad enunciativa.

Con esto la locutora trajo a su discurso enunciados cuyos significados fueron atribuidos al campo femenino, buscando identificarse con el colectivo y producir un efecto generalizador de la experiencia de las mujeres que debutan sexualmente.

A partir de aquí se tomó el concepto de Índice que presenta Charles Sanders Peirce. Éste es parte de la semiología sustituyente, es decir, un signo que está en lugar de otro signo para ser interpretado¹⁰⁶.

Josefina Licitra fue un signo en la crónica que se puso en representación de un grupo determinado de mujeres que compartieron los mismos razonamientos frente al primer acto sexual. Y lo mismo sucedió con cada una de las voces de las antifagasteñas: hablaron, dijeron cosas, crearon discursos que escondían otros discursos sociales. Ellas fueron la representación- el índice- de mujeres que estrenan ropa interior color blanca el día de perder la virginidad o friegan en palanganas de agua turbia la ropa de sus hijos.

Hasta aquí quedó explícito que se habló de distintas ciudades, contextos económicos/culturales y posiciones frente a los hombres. Es decir, dos formas de operar en la vida.

Las mujeres de San Juan no se ponían bellas, no confiaban en los hombres, vivían de un plan nacional y de la manutención de los progenitores. Las mujeres de ciudad eran profesionales, trabajaban para tener su propio departamento amueblado y ropa interior para estrenar el día del encuentro íntimo con un hombre. Ellas vivían su primera vez como un momento culminante al que llegaban con plena conciencia y con deseo interno de que fuera el mejor; escuchaban a Joan Manuel Serrat y no una cumbia suave como las antifagasteñas; tenían una mala experiencia y podían elegir equivocarse o no. Estas mujeres tenían la posibilidad de probar porque el sexo sólo les significaba eso: sexo. Licitra no se cansó de los hombres – aunque sí de sus estupideces- y siguió intentando hasta que apareció uno que la llevó “al coito como a un baile”.

¹⁰⁶ Peirce, C.S, *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, 8 vols., C. Hartshorne, P. Weiss y A. W. Burks (eds.). Cambridge: Harvard University Press.

Otra instancia de construcción del cuerpo es mediante el Yo frente a otro. Como se mencionó con anterioridad en “Cómo es perder la virginidad” la autora intentó identificarse con el grupo de mujeres que “le dan importancia a su primer acto sexual” pero en “El barrio de las mujeres solas” buscó separarse de las antofagasteñas y su modo de vida.

Retomando la idea marxista, la mujer se posiciona frente al mundo determinada por su existencia colectiva mediante la asignación de virtudes, defectos y quehaceres. En “Cómo es perder la virginidad” Licitra se presentó como una mujer independiente, trabajadora y madura. Cuida de su cuerpo y de los detalles, elige equivocarse y también a sus parejas.

En “El Barrio de las mujeres solas” la configuración fue diferente: mujer sola y dependiente de un plan familiar (Estado) y un apoyo económico (padre del hijo). En las crónicas la Referencia Absoluta (R.A) “trabajo” y el estado civil de dichas mujeres fue visto desde distintas perspectivas por sus condiciones sociales. Pascuala Vázquez era soltera, porque fue una mujer abandonada, y de aspecto desmejorado y dependiente, porque el dinero que percibía no era producto de su trabajo. Josefina Licitra era soltera porque así lo deseaba, porque elegía a los hombres con quién quería estar, e independiente porque su salario era auto producido.

Se reforzó, entonces, la idea que el cuerpo no hacía a la mujer -en su género- sino que era el individuo el que hacía su cuerpo como algo propio. Tal como lo planteó el austríaco Paul Schilder Fernando se habló de un cuerpo que fue más allá de la existencia biológica del mismo. Un cuerpo que se expandió y se construyó en base a uno, al otro y al mundo que lo rodea.

La construcción social del cuerpo tuvo además un correlato en la percepción social del propio cuerpo. Esto pudo verse en ambas crónicas en la reproducción de gustos musicales (cumbia o Serrat), en la vestimenta (encaje o lienzo gastado), en la comida (carne de llama o té) y en el léxico (*soundtrack* o *dis que*’).

Retomando el concepto de *habitus* de Bourdieu, los sujetos adquieren

en la socialización el sentido de la posición que ocupan en el espacio social y los campos sociales¹⁰⁷. De aquí que las protagonistas fueran tan diferentes, que no se identificaran entre ellas y se vieran “extrañadas” cada una del mundo de la otra.

Es pertinente mencionar el concepto de lo “Otro” ya que permite el reconocimiento de un individuo que no forma parte de la comunidad propia. Al reconocer la existencia de un “Otro”, la propia persona asume su identidad. En este caso la locutora se mantuvo en su lugar de turista o simple observadora y describió aquel lugar tan extraño y desconocido. Por último, apareció la noción de cuerpos legítimos e ilegítimos. Las mujeres que habitaban en Antofagasta eran cuerpos torpes, callados, tímidos y ocultos: eran cuerpos ilegítimos y dominados. Por otra parte, en esta misma crónica Licitra simbolizó su propio cuerpo como desenvuelto y legítimo, aunque en “Cómo es perder la virginidad”, durante el acto sexual, fue cohibido, improvisado y sometido.

Sin embargo, los relatos de Josefina Licitra unieron a estas mujeres en su situación de vulnerabilidad frente al hombre en el momento del acto sexual. Tanto las antofagasteñas como las mujeres vírgenes de la ciudad debieron someterse a la voluntad masculina que determinaba el placer o displacer de sus cuerpos.

Por esto, se consideró importante el análisis del lugar del **hombre** en cada una de las crónicas. En “Cómo es perder la virginidad” la autora presentó dos personajes con cualidades antagónicas. El primero de ellos, “¿Leonardo?”, el responsable “teórico”¹⁰⁸ de que Licitra perdiese su virginidad, actuó como un “individuo de buenas costumbres” al momento de tomar el té, lo que fue la antesala de un encuentro olvidable. No hubo descripciones físicas de él pero sí información suficiente para comprender que se trató de un hombre poco sensible en cuestiones sexuales.

107 Bourdieu, P. y Wacquant L. *Respuestas por una antropología reflexiva*. México, Grijalbo, 1995, p.46-61.

108 En la crónica *Cómo es perder la virginidad* (2009), Josefina Licitra cuenta sus dos primeras experiencias sexuales. La primera de ellas, desafortunada, donde no se rompe el himen pero sí hay penetración; y la restante, en la que el himen se rompe y ella es llevada al coito “como a un baile”. Por eso, decimos que su primera relación sexual fue “teórica”, ya que ella entiende a la pérdida de la virginidad como la ruptura del himen.

Para Licitra “¿Leonardo?” no ocupó el lugar de un verdadero hombre, como sí lo hizo Alejandro, quién la llevó al coito como a un baile. Es así que para la autora un hombre hacía a la mujer-en su género-cuando lograba satisfacerla sexualmente.

En tanto en la crónica “El Barrio de las mujeres solas” el hombre apareció con un semblante hostil tornando el acto sexual en un grave peligro por la amenaza del hijo. Si las mujeres no tomaban las precauciones debidas la suerte dependía de la buena voluntad del hombre a quien se entregaran. En tal caso, pareció que a los hombres de Antofagasta no les preocupaba embarazar a las muchachas como tampoco hacerse cargo de sus hijos.

En “El barrio de mujeres solas” los hombres fueron varios pero los protagonistas ninguno. En esta crónica ellos no estuvieron involucrados directamente con el relato-no hay discursos directos o indirectos- salvo Aníbal Vázquez, el guía de Licitra, y Evaristo Acevedo, intendente de Antofagasta de la Sierra.

La autora sintetizó la inexistencia de los hombres en el Barrio San Juan debido a que estos sólo bebían y engendraban. Aquí se hizo presente otra coincidencia en cuanto a esos dos contextos sociales, culturales e individuales donde se gestaron las crónicas: el lugar en el que la autora puso al hombre. Coincidió en que ellos tuvieron un sesgo de irresponsabilidad e inmadurez: no sabían cuidar a las mujeres, las utilizaban como objetos sexuales y no se hacían responsables de sus hijos.

Se observó en ambas crónicas que la mujer sólo se embellecía ante la presencia de un hombre, por no decir que lo hacía exclusivamente para él. La autora se produjo entera para recibir el acto sexual y las antofagasteñas apenas se vestían, se peinaban y se arreglaban porque en el San Juan no había hombres.

De aquí nació otro eje de análisis con respecto a la mujer: la aparición del acto sexual en ambos relatos. En “El barrio de las mujeres solas” no se insinuó el hecho concreto de la penetración, más bien fue un tema que no se tocó en ningún párrafo. Apareció como un detalle mínimo en un contexto donde las mujeres quedaban embarazadas de muy jóvenes

y no existía el control de la natalidad. La locutora lo expuso por medio del recurso de la polifonía a través de citas directas.

En ambas crónicas la atención se encuadró en el acto sexual. Las mujeres de Antofagasta tenían relaciones para traer niños al mundo; mientras que la mujer de ciudad en ningún momento expresó la inquietud de quedar embarazada por tener sexo, pero sí la preparación, la ansiedad y el dolor de aquella primera vez.

Según el antropólogo Claude Levi-Strauss, la importancia de la virginidad nació con las comunidades primitivas, cuando los grupos comenzaron a intercambiar bienes para sobrevivir¹⁰⁹. La aparición del concepto del incesto determinó que las mujeres pasaran a ser uno de esos productos de trueque, dado que los hombres no debían procrear con sus madres y hermanas. En este contexto la virginidad se convirtió en una forma de demostrar que “el producto” se encontraba en buenas condiciones.

En el caso del presente análisis, la pérdida de la virginidad en la mujer -y no sólo en las referentes de las crónicas- estuvo atravesada por la variable de clase. Por un lado, una mujer de clase media-alta que gozaba de prosperidad económica, bienes, estudios y poder; por otro, una mujer de clase baja que lo único que poseía como bien era su virginidad y lo que de ella devenía cuando el hombre rompía su himen: la reproducción. Este es el caso de las antofagasteñas cuyo único valor era proporcionar a dichas tierras norteñas la llegada de la descendencia para poblar ese paraje inhóspito. En cambio la mujer de ciudad tomaba al acto sexual con precaución y ansiedad, sabiendo que el sexo sólo les significaría goce y placer. Ella tenía otros “atributos” para ofrecer a la sociedad que iban más allá de lo sexual. Podría trascender por su trabajo o, en el menor de los casos, por sus posesiones personales.

Sin embargo, ante esta diferencia, es importante remarcar el estado de indefensión que sufrieron las mujeres de ambas crónicas frente al acto sexual. Aquella posición que las humilló y las dejó expuestas a la maternidad o a la dolencia.

¹⁰⁹ Levi-Strauss, Claude. *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona, 1993, Planeta-Agostini, p.247.

El momento en que la mujer afronta al varón por primera vez es muy complejo, como así también su actitud erótica frente al mismo. Convertirse en mujer es romper con el pasado. El destino anatómico y las costumbres confieren al hombre el papel de iniciador. Su anatomía erótica manifiesta de modo claro su erección, la mujer por su parte se expresa de una manera vergonzosa.

En la crónica autorreferencial la autora manifiesta su situación de vulnerabilidad en el momento del acto sexual mediante el sistema léxico con el uso de subjetivemas verbales y el sistema deíctico.

*“Mientras **me** tocaba los pezones, mientras **me** abría los muslos y metía **sus** dedos con la tirante desesperación del que tiene que encender la antorcha olímpica, mientras bajaba **mi** cabeza a **su** entrepierna y **me** invitaba a chupar con el carisma de un instructor de aeróbicos, **yo** sólo atiné a especular”.*

Oswald Ducrot definió al locutor como el responsable del enunciado, al que se le imputaba la aparición del mismo. A él remiten el pronombre “Yo” y las marcas de la primera persona. Aunque puede coincidir o no con el autor empírico del enunciado.

“Perdí la virginidad dos veces y la primera fue con un idiota. Yo tenía 17 años y él 24. Yo vivía sola y él con su mamá”

En “Cómo es perder la virginidad” Josefina Licitra es locutora indiscutible y también autora empírica. Esto se evidenció por medio del uso de la firma de la periodista que sirvió para declarar la responsabilidad del enunciado y asegurar la identidad entre el locutor indicado en el texto y un individuo empírico.

Lo mismo ocurrió en “El barrio de las mujeres solas”, aunque las marcas de primera persona no fueron tantas y aparecieron sobre todo para señalar a Licitra como un huésped en aquel paraje desolado.

“Me contaron que existe un barrio de mujeres solas y, ahora que empecé a buscarlo, veo que la mujer más sola soy yo”.

Otra de las categorías analíticas que se tuvo en cuenta para el análisis de las crónicas fue la polifonía. La misma fue definida como un texto

donde se activan de modo simultáneo diversas voces sin que ninguna de ellas deba predominar de modo necesario. Licitra hizo hablar en sus crónicas a las mujeres de Antofagasta por medio del discurso directo e indirecto, interferencias léxicas y el recurso de la ironía.

En esta crónica la periodista utilizó el discurso indirecto representado por Ariel Pacheco para dar origen a la curiosidad que la llevó a visitar el barrio. Con esto se alejó de una “indagación propia” y colocó la responsabilidad de su búsqueda en otro actor. La deixis personal “me”, el verbo “empecé” y la inscripción del “YO” en el relato fue la representación deíctica con la que Licitra apareció en la historia, concibiéndose como un sujeto diferente a las demás mujeres.

Se emplearon las citas indirectas que otorgaron un grado de veracidad a la construcción del relato y no comprometieron a la locutora con la idea de que Antofagasta “está en el fondo del norte de un país tercermundista”. Las palabras del intendente Acevedo y Pascuala Vázquez refirieron a la misma enunciación respecto del desconocimiento que se tenía de aquel pueblo catamarqueño.

Lo mismo ocurrió con el discurso directo que se empleó para remarcar que detrás de aquellas mujeres calladas existían fuertes reclamos a los entes gubernamentales que tanto tiempo las dejaron de lado. La voz de Celina Ramos, antofagasteña de 50 años, denunció la corrupción de aquel paraje inhóspito.

“Antes de la política es que ellos hacían promesas, madre. Pero después de la política ya no hacen más nada. El senador Rodríguez disque iba a darnos la casa, pero me dio solamente las paredes y el techo, madre”.

La entrevistada hizo mención a la política como si ésta fuera sólo emitir un voto a cambio de algo. Es interesante volver a señalar que, si bien, Antofagasta es un sitio inhóspito, alejado del mundo, allí también existe la política y junto a ella la corrupción.

Además, por primera vez en la voz de otra vecina, Emilia Mamaní, se atribuyó el problema del pueblo a una causa distinta que la “falta de conciencia”. En este caso a toda aquella idiosincrasia del pueblo vinculada al libertinaje, el descontrol y la falta de responsabilidades y proyectos.

“¿Entonces cuál es la solución para las chicas como Carina? –dice Emilia Mamaní–. ¡Que haga concientización! ¡Cuántas veces le dije yo a la Carina que haga un curso de cerámica, que dedique su tiempo en algo útil. ¡Ocupemos nuestro tiempo en otra cosa que no sea tener hijos! Porque si no... Yo soy una mamá que se curó: tengo apenas cuatro niños. Pero muchas otras mamás están en los bailes, viven sentadas todo el día en frente de Gendarmería o en la esquina de la plaza para ver si alguien les hace un chico”.

La voz de estas mujeres figuraron en el relato por medio de interferencias léxicas que realizaron una ruptura semántica en el hilo continuo del discurso. En “El Barrio de las mujeres solas” las interferencias de tipo diastráticas fueron las más utilizadas para señalar el contraste entre lexemas de niveles de lengua diferentes. Es decir, el modo de hablar de las oriundas en oposición al de la narradora. Por ejemplo: Disque y disquesi.

En “Como es perder la virginidad” Licitra se sirvió de interferencias de tipo difásicas (ginecológico) y diatópicas (soundtrack). Ambas se utilizaron para marcar un grado de conocimiento superior, ya que la locutora trajo a su discurso términos específicos de otras áreas o palabras de otro idioma.

Aunque resulte una obviedad fue necesario remarcar el distanciamiento que se produjo entre la periodista y las antofagasteñas. En el léxico se hizo presente mediante las cargas valorativas. En “Como es perder la virginidad” Licitra utilizó los subjetivemas nominales: “buenas costumbres” y “que ingenua” para describir su modo de proceder frente al acto sexual. En cambio, en “El Barrio de las mujeres solas” empleó los subjetivemas nominales axiológicos: “extraña”, “gastadas” y el subjetivema afectivo “solas”. Sin embargo coincidió en sus descripciones en relación a los hombres aplicando subjetivemas nominales como: “torpe”, “idiota” y “ente”. Y también en los subjetivemas verbales: “embestir”, “desesperación”, “agarran”, “engendran” que en su mayoría marcaron la acción del sujeto.

Otro modo que encontró la locutora para hacerlo fue por medio de la ironía. La misma consiste en dar a entender algo contrario de lo que efectivamente se dice. Ducrot agregó a esto la idea de hacer oír una voz

que no es la del locutor y que sostiene lo insostenible. En este caso se trató, como en varias oportunidades, de aludir al silencio que abundaba en aquel lugar del norte del país.

“En la calle los niños van a la escuela, las cabras van a los cerros, las palabras no tienen dónde ir”.

En el marco de la investigación se pensó que la concepción de **cuerpo** y su representación no dependían absolutamente de cuestiones fisiológicas y que dentro de él se escondían, y hasta se evidenciaban, indicios de una **identidad**. Schilder sostuvo al respecto que la imagen corporal se expandía más allá de los límites del cuerpo y que comprendía, además, una imagen tridimensional de cuerpo/psiquis/contexto social; una tríada que se evidenció en las crónicas de Licitra.

Así también puedo observarse cómo la periodista en sus crónicas presentó a una misma persona frente a todas las visiones que había de ella. Pero también hubo un cuerpo que interfirió entre esas identidades encontradas y que mutó a la par de ese yo. Esas descripciones que hizo Josefina Licitra apuntaron exclusivamente a que también sus cuerpos hablaran de ellas, de lo que eran y lo que mostraban ser. Los cuerpos de las mujeres que construyó Licitra dijeron cosas, mostraron una parte de esa identidad que excede los límites biológicos.

La identidad no es ya un a priori sino porvenir, no es hecho sino quehacer, no es imposición sino obligación. El cuerpo se transformó en un discurso donde la figura de la mujer se vinculó con el placer sexual. Éste sería un mero objeto de deseo para el hombre; una mujer que se vestía, se maquillaba y se peinaba condicionaba su cuerpo para la aprobación del género opuesto.

En este trabajo se consideró que los cuerpos que Licitra construyó desde una perspectiva social y cultural no alcanzaron para atender a la complejidad del cuerpo de esas mujeres. Éste es un medio de expresión altamente restringido, puesto que está muy mediatizado por la cultura y expresa la presión social que tiene que soportar. El cuerpo humano se construye, entonces, al participar de la vida cultural, transformándose en un objeto signifiante que adquiere sentido y significado en su puesta en escena.

“El barrio de mujeres solas” y “Cómo es perder la virginidad”, discursos que explicaron la realidad de la mujer en relación con sus contextos sociales, coincidieron en una perspectiva: la existencia sexual de la mujer estaba signada por la voluntad y el propósito del hombre. Fue éste el responsable de designar los modos en los que las mujeres experimentaban y materializaban sus deseos sexuales.

Por esto a pesar de los logros que la mujer conquistó en las últimas décadas el acto sexual continúa siendo un lugar de dependencia y de subordinación de la mujer frente al hombre. La mujer termina siendo objeto de él y sin éste se siente inútil. Es decir, su existencia sexual se legitima o deslegitima en el varón.

Las protagonistas de las crónicas presentaron sus cuerpos en marcos sociales distintos y a su vez los mismos determinan su modo de vida. Con esto se conformó la “identidad” y el “status” que poseían en la sociedad. Dejando de lado las distinciones sociales existió algo que las unió y esto fue su cuerpo de mujer.

En las enunciaciones las protagonistas aparecieron desamparadas frente a los hombres aunque de distinto modo y con diferentes resultados. En el caso de Licitra y su versión de lo que fue su primera vez, el lector se encontró con un cuerpo ultrajado, violentado y humillado durante el coito. Pascuala Vázquez, en representación de las mujeres de Antofagasta, sufrió el abandono y la total desprotección del varón. La humillación en esta crónica estuvo acentuada en el “prejuicio” de sus labores domésticas, en el desamparo de las obligaciones del padre con sus hijos.

No sólo es importante entender estos cuerpos de un modo individual sino en relación con los demás agentes que interactuaron de modo dinámico en las relaciones sociales. Por esto, el vínculo que se estableció con los hombres hizo a la construcción de aquella “corporalidad” sometida a determinadas bajezas de la disparidad genérica.

Es pertinente aclarar que este trabajo surgió del compromiso por formarnos como comunicadores con un firme enfoque de género para desentramar los estereotipos sociales. Los interrogantes que esta instancia de aprendizaje dejó, serán retomados tanto en nuestra vida profesional como académica.

Es nuestro deber reconocer y erradicar la reproducción de discursos que manifiesten agresiones contra la mujer y desechar argumentos estereotipados que justifiquen o representen conceptos como el sexismo y la desigualdad.

Bibliografía

- Angenot, Marc. *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2010.
- Arnoux, E. *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires, Santiago Arcos, 2006.
- Bajtin, Mijail, *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 1982.
- Bajtin, Mijail. *Problemas de la poética de Dostoievsky*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Butler, Judith. *Sujetos de sexo/género/deseo*. En: Butler, Judith. *El género en disputa*. Argentina, Editorial Paidós, 1999, p.98.
- Bourdieu, Pierre, *Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo, en Materiales de Sociología Crítica*. Madrid, Ed. La Piqueta, 1986.
- Bourdieu, Pierre. *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao, Desclee de Brouwer, 2001.
- Bourdieu, P. y Wacquant L. *Respuestas por una antropología reflexiva*. México, Grijalbo, 1995.
- Calsamiglia H. y Tuson A. *Las cosas del decir: Manual de análisis discursivo*. Barcelona, Ariel, 1999.
- Callegaro, Adriana; Lago, María Cristina. *La crónica latinoamericana: cruce entre literatura, periodismo y análisis social*. Quorum académico. Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela. Vol. 9, núm. 2, julio-diciembre 2012.
- Citro, Silvia. *Cuerpos significantes. Travesía de una etnografía dialéctica*.

Buenos Aires, Editorial Biblos, 2009.

- Cooper, A.J. *Una voz del Sur*. España, Editorial España, 1982.
- Dávila Mendoza, Dora. *Historia, género y familia en Iberoamérica (siglos XXI al XX)*. Caracas, Fundación Konrad Adenauer, Universidad Católica Andrés Bello, Instituto de Investigaciones Históricas, 2004.
- De Beauvoir Simone, *El segundo sexo*. Editorial De Bolsillo, 2012.
- De Lauretis, Teresa, *Alicia ya no*. Madrid, Cátedra, 1992.
- De Miguel, Ana; Cobo, Rosa, *Implicaciones políticas del feminismo*, en Fernando Quesada, *Filosofía Política I*. Madrid, Trotta, 1997.
- Díaz, Reinaldo. *Poder y resistencia en Michel Foucault*. Unidad Central del Valle del Cauca (Colombia), 2006.
- Donato Laborde, Paola y Da Pieve Genta, Mariana. Tesis de Grado, Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP), La Plata, 2010.
- Ducrot, Oswald. *El decir y lo dicho*. Argentina, Hachette, 1984.
- Entwistle, Joanne. *El cuerpo y la moda*. Una visión sociológica. Barcelona, Editorial Paidós, 2002.
- Filinich, María Isabel. *Enunciación*. Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- Foucault, Michel. *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2003.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad*. Tomo 1: *La voluntad de saber*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1990.
- Foucault, Michel. El cuerpo político. En: Croci, P. y Vitale, A: *Los cuerpos dóciles hacia un tratado de la moda*. Buenos Aires, La Marca, 1993.
- Genette, G. *Figures III*. París, Seuil, 1972.

- Ginzburg, Carlo. *Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales*. En *Mitos, emblemas, indicios*. Barcelona, Gedisa, 1999
- Goffman, Erving *Ritual de la interacción*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1971.
- — *Relaciones en público. Micro estudio del orden público*. Madrid, Alianza, 1979.
- — *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu, 1987.
- — *La identidad deteriorada*. Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
- — *La ritualización de la feminidad. En Los momentos y sus hombres*. Barcelona, Península, 1991.
- Huici, C. *Estereotipos*. En J. F. Morales, y C. Huici, *Psicología Social y Trabajo Social*. Madrid, 1996.
- Lagarde, Marcela. *Identidad Femenina*. Texto difundido por CIDHAL (Comunicación, Intercambio y Desarrollo Humano en América Latina), México, 1990.
- Le Bartky, Sandra. *Foucault, feminismo y modernidad del poder patriarcal*. En Le Bartky, Sandra. *Mujeres, derecho penal y criminología*. Madrid, Editorial Siglo XXI, 1994.
- Le Breton, David. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Argentina, Editorial Nueva Visión, 2002.
- Lerner, Gerda. *La creación del patriarcado*. Editorial Crítica, 1990.
- Levi-Strauss, Claude. *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona, Planeta-Agostini, 1993.
- López Castaño, Marta; Liévanno, Gutierrez Vanessa. *Investigación estado del arte sobre mujer y géneros*. Santa Fe de Bogotá, 1999-2006.

- Maingueneau, Dominique. *Peut-on assigner des limites a l'analyse du dis-cours? Modeles linguistiques*. Lille, 1999.
- Martin Vivaldi, Gonzalo, *Géneros periodísticos*. Madrid, Paraninfo, 1987.
- Marx, Karl. *Manuscritos de Economía y Filosofía*. Madrid, Alianza, 1984.
- Nead, Linda. *El desnudo femenino. Arte, obscenidad y sexualidad*. Madrid, Editorial Tecnos, SA, 1998.
- Nieto, R. *Lenguaje y política*. Madrid, Acento Editorial, 2000.
- Palazzolo, Fernando y Vidarte Asorey, Verónica. *Claves para abordar el diseño metodológico*. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Apunte de Cátedra, 2006 (actualizado 2008).
- Pateman, Carole. *El contrato sexual*. Cambridge, Oxford, Anthropos, 1988.
- Pecheux, Michel. *Sur le contextes epistemologiques de l'AD*. Mots, 9, 1984.
- Peirce, C.S, Collected Papers of Charles Sanders Peirce, 8 vols., C. Hartshorne, P. Weiss y A. W. Burks (eds.). Cambridge: Harvard University Press.
- Sautu, Ruth. *Manual de metodología*, CLACSO, Buenos Aires, 2005.
- Serret, Estela. *Identidad femenina y proyecto ético*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.
- Taylor, S.J. y Bogdan R. *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. Capítulo 1: Introducción. Ir hacia la gente*.
- Tejada Gonzalez, J. *Cuerpo, modernidad y poder*. En Cachorro, G. *Cuerpo y subjetividad*. La Plata, Editorial EDULP, 2006.
- Turner, Bryan. *El cuerpo y la sociedad*, México D.F, Fondo de Cultura Económica. Prefacio a la edición española. 1989.

Revista

- Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana. Varela Hernández, Sergio. *Habitus: una reflexión fotográfica de lo corporal en Pierre Bourdieu*. Ciudad de México, Enero-Junio 2009.
- Revista Política y Sociedad. Arditi, J.; Hequembourg, A. *Modificaciones parciales: discursos de resistencia de gays y lesbianas en Estados Unidos*, 1999.
- Revista Language. Authier Revuz Jacqueline. *Hétérogénéité(s) énonciative(s)*, 1973.
- Revista British Journal of Disorders of Communication. Abercromie, David Londres. *Paralanguage*, 1968
- Revista Mujer. Simonetti, Marcelo. *La cronista de la invisible*. La Tercera, Chile, 2011

Internet

- Revista Razón y Palabra. Silva, O. *El análisis del discurso según van Dijk y los estudios de la comunicación*. Número 26, en <http://www.razonypalabra.org.mx/antiores//n26/osilva.html>.
- Dumon, A. P. *El género en la historia*. Http://www.sas.ac.uk/ilas/genero_portadilla.htm, Londres. En línea. Consultado: 13 de Diciembre 2013.

Discurso

- Duarte, María Eva. *Mensaje a la mujer argentina*. Recopilación diaria de los discursos de Eva Duarte de Perón. Plaza de Mayo, 1947.

Anexo

6. Cómo es perder la virginidad

Por Josefina Licitra

Perdí la virginidad dos veces y la primera fue con un idiota. Yo tenía 17 años y él 24. Yo vivía sola y él con su mamá. Una noche, a horas nomás de haber empezado a salir (nos habíamos besado por primera vez en la mañana, luego de salir de trabajar), a ¿Leonardo? —no estoy tan segura de que se llamara Leonardo— le dieron ganas de seguir socializando.

—¿Me invitás a tomar un té en tu casa? —preguntó por teléfono.

Yo le dije que sí y —qué ingenuidad— lo esperé con el té listo (aunque también me había bañado y me había puesto ropa interior de color blanco). Apenas llegó, ¿Leonardo? se sentó sobre mi cama —que también era el sofá—, bebió un sorbo de té como una concesión a las buenas costumbres y acto seguido, empezó a besarme y manosearme como si mi cuerpo estuviera escrito en braille. Mientras me tocaba los pezones, mientras me abría los muslos y metía sus dedos con la tirante desesperación del que tiene que encender la antorcha olímpica, mientras bajaba mi cabeza a su entrepierna y me invitaba a chupar con el carisma de un instructor de aeróbicos, yo solo atiné a especular:

—Hoy es el día.

No pidan relatos sensoriales del estilo “me tocó y vi las estrellas”, porque lo único que suele pensar una mujer cuando debuta sexualmente es “hoy es el día”, “ay” o “qué asco”. Ese tipo de ideas me ocupaban cuando me recosté sobre la cama y sentí el peso del chico sobre mí. De fondo, sonaba un disco de Joan Manuel Serrat y giré el cuello, vi el reloj, leí que eran las 2:50 a.m. —la misma hora de mi nacimiento— y volví a decirme:

—Mediterráneo, Joan Manuel Serrat, 2:50: el momento en el que pierdo mi virginidad.

El problema es que yo estaba tan preocupada documentando el evento, que no me di cuenta de que ¿Leonardo?, desde hacía varios minutos, estaba intentando meterse en mí sin éxito. Hasta que luego de varias embestidas torpes, de una larga serie de topetazos que me recordaban tanto a los carneros resignados del zoológico, él dio su diagnóstico:

—Es que tu agujero es demasiado pequeño.

Y acá es cuando empiezo a referirme a ¿Leonardo? como “idiota”. Porque en lugar de revisar su falta de erección, ese idiota prefirió escrutar meticulosamente mi entrepierna: una coartada de tipo ginecológico que a él lo habrá dejado en paz, pero que a mí me sumió en un raro estado de bronca, humillación y —sobre todo— desconcierto: ¿había perdido la virginidad? Ya no se trataba de contarlo a mis amigas: ¿podía contármelo a mí misma?

La respuesta llegó dos meses más tarde, cuando terminé mi relación con ¿Leonardo? —la falta de sexo y el exceso de masturbación nos había puesto de muy mal humor— y empecé a salir con un tal Alejandro: un hombre guapo, guapo, guapo, que durante una noche larga —muy larga—, me llevó al coito como si estuviera sacándome a bailar.

Mi preocupación, esa vez, no fue la hora, la fecha o el soundtrack del momento, sino saber disimular. Yo le había dicho a Alejandro —me había dicho a mí misma— que ya no era virgen. Así que en el momento exacto en que se rompió el himen —puedo recordar la tirantez, el dolor, el golpe delicado y seco de un velo que se raja— yo sonreí.

Sonreí por estrategia, pero también por sorpresa, por alivio, por certeza. Por algo parecido —pero no igual— a la felicidad.

6.1 EL BARRIO DE LAS MUJERES SOLAS [EN EL PAISAJE MÁS SOLITARIO DE LA ARGENTINA]

Por Josefina Licitra

Me contaron que existe un barrio de mujeres solas y, ahora que empecé a buscarlo, veo que la mujer más sola soy yo.

La historia empezó en marzo del 2007, cuando el fotógrafo Ariel Pacheco me escribió desde Catamarca, una provincia en el norte argentino, para contarme que sabía de alguien que, una vez, escuchó una historia que quizá fuera un mito: había, en algún rincón de Catamarca, un barrio sin hombres. El lugar, si es que existía, estaba en el pueblo de Antofagasta de la Sierra. En Internet decía que en esa zona había vicuñas, petroglifos y volcanes, que Antofagasta significaba «casa del sol» y que llegar hasta el sol era –como es lógico– complejo: había que viajar a San Fernando del Valle, la capital de Catamarca, y luego hacer doce horas de trayecto en camioneta.

Nada decía el Google de lo otro y, sin embargo, insistí. Puse en Internet «Antofagasta», «mujeres solas», «matriarcado», «lesbianismo», «barrio», «voy a tener suerte», y no salió una sola línea.

Tal vez el lugar fuera un fiasco, pero decidí viajar.

Un mundo sin hombres era, como mínimo, una promesa para tener en cuenta cuando llegaran las vacaciones.

* * *

La puna de Catamarca es el páramo más deshabitado del planeta –tiene 0,03 habitantes por kilómetro cuadrado–, y Antofagasta queda ahí adentro. El lugar está ubicado muy alto (a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar) y muy lejos: una distancia que no se mide tanto en kilómetros sino, principalmente, en tiempo. El viaje desde la capital, San Fernando, es trabajoso y lerdo, y puede hacerse de dos formas. Los antofagasteños usan El *Antofagasteño*, un autobús que cubre el trayecto en veintidós horas y que ofrece ese tipo de servicios que un turista americano tildaría de «folclóricos»: los neumáticos se pinchan,

las gallinas picotean los asientos, y algunos pasajeros honran las curvas del camino con un desparramo de vómito. La otra alternativa es ir en camioneta: en ese caso son doce horas de polvo, traqueteo y piedras; y la sensación intransferible de no estar avanzando sobre ruedas, sino a patadas en el trasero.

–¿Va a Antofagasta? –pregunta una mujer luego de seis horas de viaje.

Ahora estoy de pie, en Barranca Larga: un pueblo de diez casas, una hostería y un cielo tremendo, y un lugar de descanso obligado cuando se va a Antofagasta de la Sierra. A esta altura del trayecto, los teléfonos móviles no tienen alcance y es por eso que lo mejor de Barranca Larga es el teléfono de línea, que funciona cuando quiere.

Ahora, por ejemplo, no quiere.

Dos lugareñas serenas, gastadas, sentadas, esperan que la señal se arregle.

–¿Va a Antofagasta? –pregunta entonces una de ellas, y luego tiene un acceso de entusiasmo—. Yo escuché algo de ese pueblo. *Disque* ahí adentro hay un barrio sin hombres. *Disquesi* una mujer se casa se tiene que ir del barrio y que los hombres las cortejan para asegurarse un techo y ellas los sacan a escobazos.

La mujer habla con la voz rítmica y baja, como si en realidad rezara, y la escena recuerda a esos momentos de sórdida tranquilidad que se imagina el cineasta Arturo Ripstein cuando tiene ganas de imaginar cosas feas (es decir, casi siempre). A su lado, la otra señora escucha y dice que sí con la cabeza.

–Ya le digo yo –interrumpe–: más vale que *usté* pueda hablar *ahorita*, porque allá... Con tanta mujer dando vuelta, como mínimo hay que hacer hora y media de cola para usar el teléfono.

* * *

Llegamos a Antofagasta al día siguiente y luego de atravesar, durante seis horas más, todas las posibilidades de polvo. Se cree que el lugar fue fundado

en 1816, cuando empezaron a llegar mineros de Bolivia y Chile en busca de oro, plata y otros minerales, y finalmente se quedaron en Antofagasta quién sabe por qué: quizá les diera flojera hacer el camino inverso.

Aníbal Vázquez, un guía de montaña, dirá horas más tarde que la migración también se dio por comodidad geográfica: esa zona de la puna era vista como un buen lugar para vivir, una comparación que hace pensar que el resto de la puna debe ser escandalosamente hostil.

El silencio, en Antofagasta –y ésta es la primera verdad–, muere.

Y eso por no hablar del sol, del frío, del aire que lo raja todo. El clima en Antofagasta incluso afecta las particiones del tiempo: a diferencia del calendario escolar de casi toda la Argentina, acá las clases se hacen de septiembre a mayo, porque fuera de esos meses la naturaleza se ensaña de tal forma que no hay nada que se pueda hacer con la propia vida, salvo resistir.

Ahora estamos en abril. Un puñado de niños llamativamente enanos camina por la calle sin abrir la boca. Es mediodía, algo así como la *hora pico*, y el paisaje es apenas un silencio hondo y un puñado de cabellos negros espejando el sol. Eso es lo único que tiene vida propia, aquí: los colores. La forma en que los colores (el cielo, los árboles, los pelos) se comunican entre sí.

* * *

Nos aloja en su casa una de las pocas personas con ganas de hablar. Se llama Pascuala Vázquez y es una mujer ocre y compacta que ahora enciende una cocina a leña y dice, en el medio de este lugar seco de todo, lo único que vine a escuchar: que en Antofagasta, efectivamente, hay un barrio habitado sólo por madres solteras. Se llama San Juan y fue creado para alojar mujeres con cría y sin marido: una ley que, tal como están las cosas en Antofagasta, no deja afuera a demasiadas chicas.

–Acá, en Antofagasta, los tipos se emborrachan, agarran a las mujeres, y ya está –explica Pascuala Vázquez mientras revuelve una olla que parece un tanque–.

Después, si ellas quieren que los hombres se hagan cargo del hijo, tienen que ir a golpearle la puerta al juez.

Pascuala Vázquez quita la olla del fuego y la apoya sobre la mesa.

–Esto es guiso de llama –dice.

Luego sigue hablando de mujeres, niños y jueces, pero ya no hay mucho más que oír. Nunca comí llama. Pacheco tomó una foto de una llama en el camino y el bicho era de veras lindo. Empiezo a comer el guiso con una masticación extraña: como si me estuviera tragando a *Bambi*. La voz de Pascuala sigue: dice que ella no vive en el barrio San Juan (su casa está a tres cuadras de allí) pero que igual crió sola a sus hijos. Y cuenta que los hombres, en Antofagasta, son un ente que bebe y engendra, y después desaparece.

–Muchas de esas chicas llegaron al San Juan de adolescentes. Porque *usté* sabe que es un tema de cultura: acá no hay conciencia. Ahora recién tenemos una *obstreta*, pero antes sólo teníamos las enfermeras que hacían de madres, parteras, dentistas, consejeras. Acá, si la chica quedaba embarazada, los padres la corrían de la casa y la chica no tenía dónde parar. Por eso se hizo el barrio. Porque esto no es como las grandes ciudades como San Fernando. El gran problema es que la gente de acá nunca ha tenido roce social.

Pascuala Vázquez dice, a su modo, que Antofagasta de la Sierra siempre estuvo en el fondo del norte de un país tercermundista, es decir, demasiado lejos de todo. Hasta hace diez años la gente no conocía el dinero. Todas las semanas salían caravanas de treinta burros peñón abajo, hacia los valles de Salta, Tinogasta o Fiambalá, cargados con sal y cueros que eran canjeados por fardos de azúcar. En ese entonces tampoco había teléfono –llegó recién a fines de la década del noventa, y hoy hay uno en toda la región–; el único autobús iba a la sierra cada quince días (por no hablar de cuando se rompía y pasaban meses incomunicados); y hasta el actual intendente de Antofagasta, la primera vez que hizo el viaje, tuvo que pedir un mapa para saber dónde diablos quedaba este lugar.

–Cuando vine, en el noventa y cuatro, tuve que preguntar en Catamarca cómo hacía para llegar –explica Evaristo Alejandro Acevedo, el intendente de Antofagasta, en la entrada de la Municipalidad: una construcción apenas mayor que una casa de cuatro ambientes–. Éste es un lugar que, si a *usté* le cuentan, no lo cree.

La ubicación geográfica, la burocracia y la existencia de un barrio de mujeres solas hicieron de Antofagasta un lugar casi irreal. A la ambulancia del hospital, por ejemplo, el Estado le da trescientos litros de combustible por mes; pero como en el pueblo no hay estación de servicio hay que retirar esa gasolina en la ciudad de Belén, a doscientos kilómetros, y entre la ida y la vuelta la ambulancia se gasta casi todo el combustible. Lo mismo ocurre con la Policía: le dan doscientos litros de gasolina, pero, después de hacer el viaje a Belén, ya no les queda ni para perseguir a una llama.

En ese contexto, dice Acevedo, que exista un barrio sin hombres no asombra a nadie: en Antofagasta nunca sucedieron cosas normales.

–Pero dígame un momento: ¿Ustedes vinieron por el barrio de mujeres o por el tema de *interné*?

Acevedo se detiene y mira fijo.

Entonces cuenta que el departamento de Antofagasta, donde internet está a la misma altura conceptual que el lado oscuro de la Luna, está siendo subastado en la web. La denuncia fue hecha por Acevedo y es bastante menos absurda de lo que parece: una gran extensión de tierras habría sido comprada por una sociedad anónima japonesa que, días atrás, llegó al pueblo con la intención de alambrar una quebrada llamada Calalaste, un lugar que encierra vida silvestre supuestamente protegida por ley provincial, y que funciona como paso obligado de los pobladores hacia otras localidades.

Si los japoneses compraran Calataste, los antofagasteños pasarían a tener un estatus casi alienígena: quedarían definitivamente fuera del mundo.

Acevedo dice que la operación inmobiliaria no tiene validez jurídica, porque son tierras fiscales. Y quiere la suspensión de los trabajos.

–Los empresarios mandaron un delegado argentino a hablar conmigo, y el hombre me decía que los japoneses apostaban al crecimiento del país y que este proyecto era una bendición para el pueblo, pero... ¿Ustedes vinieron por eso, no?

–En realidad, no.

Algo en Acevedo parece no entender. Queda suspendido en la charla, y después vuelve con una media sonrisa. Es, al fin y al cabo, un hombre amable y al servicio de la comunidad. Cuenta entonces que el barrio de mujeres solas se creó en la gestión anterior, por motivos que se alejan bastante de las teorías sociales y la conciencia feminista.

El San Juan nació como respuesta a un problema difícil y común. En las zonas extremadamente rurales del norte argentino –como Antofagasta de la Sierra– siempre fue usual que las mujeres se embarazaran de hombres a los que habían visto muy pocas veces en su vida. Para ellos, las mujeres eran un cuerpo lleno de orificios y silencio. Y eso significaba que, si quedaban embarazadas, las chicas no hacían reclamos: tenían a sus niños solas, los criaban solas, y se pasaban la vida sin tener la mínima noción de lo que era una «familia» y –menos aún– de lo que eran los deberes legales de un padre para con sus hijos.

El derecho de familia, en Antofagasta, era algo tan inexplicable como internet.

El barrio de mujeres solas, entonces, no nació bajo el impulso de ninguna lesbiana militante: surgió como un intento del Estado por dar una vivienda –un mínimo amparo– a un puñado de madres que no tenían un techo bajo el que caerse muertas.

Todo empezó cuando Luis Eduardo Rodríguez –el intendente de ese momento– decidió hacer un canje: él les daba casa a cuatro madres solteras, y a cambio esas cuatro mujeres lo votaban para senador por Antofagasta. El presupuesto por cada vivienda era de dos mil cuatrocientos dólares destinados a materiales, y las beneficiarias tenían que poner la mano de obra. Pero nada fue tan fácil. El proyecto, una vez aprobado, tomó tiempo en concretarse: se cortaron y secaron los adobes, se dejó pasar la fiereza del invierno, se picó la piedra y se le dio forma. Después vino la devaluación del peso (que redujo el presupuesto total a una tercera parte), y, para cuando las casas empezaban a levantarse, ya no había cuatro madres sino sesenta y cuatro: un aluvión de mujeres sin marido que reclamaban un techo y un barrio, y que a cambio de ese techo eran capaces de votar por Rodríguez. Sesenta y cuatro mujeres son

el dieciséis por ciento del padrón electoral de Antofagasta. Rodríguez les dijo que sí a todas, usó los tres mil doscientos dólares para hacer sesenta y cuatro casas en vez de cuatro, y de esa forma nació el barrio San Juan.

No existe, en el San Juan, un reglamento. Pero es sabido que cualquier mujer que entre en concubinato con un hombre debe abandonar el barrio: la idea es que ceda su vivienda a otra madre soltera que no tenga el respaldo económico de un varón. Sin embargo, son muy pocas las mujeres que se abren a la posibilidad de enamorarse y de salir del San Juan para formar una familia. Desde el 2005, cuando un fiscal las instruyó por primera vez en materia legal, muchas chicas transformaron su destino (muchos hijos, ningún padre) en una extraña y absurda forma de supervivencia: con la cuota alimentaria que empiezan a exigirles a algunos hombres, más la ayuda de los planes asistenciales del Estado, les entra dinero todos los meses. A cambio, no tienen que trabajar fuera de casa, ni lavar los calcetines sucios de un marido.

Por lo tanto, si bien no hay un censo, se estima que hoy viven en el San Juan cerca de ochenta madres, una infinidad de niños, unos pocos perros, y ningún varón.

* * *

En el barrio de mujeres solas no hay flores frescas, no hay cortinas bordadas, no hay olor a detergente, ni dentaduras completas, ni maquillaje, ni calzones de encaje colgando de las sogas de lavar. San Juan es, de algún modo, la versión menos publicitaria, más descarnada y más seria de lo que puede llegar a ser el destino femenino. El barrio –a diez minutos de caminata hacia el norte, desde el centro de Antofagasta– es un hueco de polvo entre los cerros; un lugar de tal precariedad que, si algún día imposible llegara hasta aquí el mar, se lo llevaría todo de un baldazo.

En la calle principal –una estría ocre en el medio de las casas también ocre– hay algunos postes de luz eléctrica. Pero por afuera de esos postes –los únicos rastros de amparo estatal– no hay nada. Y en el medio de esa nada, Celina Ramos, cincuenta años, dos hijos, dos nietos, un diente, un pañuelo en la cabeza, habla de política.

—Antes de la política es que ellos hacían promesas, madre. Pero después de la política ya no hacen más nada. El senador Rodríguez *disque* iba a darnos la casa, pero me dio solamente las paredes y el techo, madre. Yo le hice poner la luz, yo compré la cocina, yo puse las puertas, las ventanas, el piso. Todo sola, madre, porque siempre fui sola.

La casita de Celina Ramos tiene dos dormitorios y un baño que no se parecen, en ningún caso, a dos dormitorios y un baño: el lugar es un receptáculo ciego, un vacío espectral al que Celina llegó hace un año junto a dos hijas, la Olga y la Eudisia, que ya le dieron dos nietos.

Eudoxia, en griego, significa «buena reputación». Me acuerdo de esa estupidez (y del frío de locos) mientras Celina Ramos cuenta su historia en oraciones cortas. Dice que vio al padre de sus hijos sólo una vez en su vida y que esa vez fue suficiente. Luego hace una mueca de asco —nunca mostró una cara demasiado amable— y lleva la mirada hacia la puerta principal. Por la calle avanza una mujer de pelo corto y crespo; lleva un bebé en brazos y la siguen tres niños. Se llama Lucía Vázquez, tiene veintitrés años, y —al igual que Celina— está montándose al hombro la casa entera. Hasta el momento, Lucía Vázquez lleva cargados dos mil bloques de adobe que le servirán para completar su rancho en San Juan. Vive con un plan del Estado (cincuenta dólares por mes) y a tres de sus cuatro hijos los mantienen sus padres (quienes, por supuesto, no viven en este barrio).

—Me los reconocieron a todos salvo a éste, que es natural —explica Lucía, y apoya la mano sobre la cabeza del niño. Se la ve orgullosa. El niño calla porque no entiende nada, o porque entiende todo.

* * *

La proliferación de hijos naturales en Antofagasta hizo que en el 2004 llegara un fiscal a San Juan con el fin de instruir a las madres solteras en materia legal. El fiscal les explicó que, si sabían quién era el padre, podían demandarlo por alimentos. Pero esta intervención lo enfrentó —a él y al intendente— con Emilia Mamaní, quien casualmente era una de las cuatro madres impulsoras de la creación del barrio de mujeres solas.

Mamaní tiene treinta y un años, cuatro hijos, un concubino y una casa que

ya no queda en el San Juan. Ahora está parada en la puerta de la Iglesia del pueblo –una construcción blanca, limpia, pequeña– organizando los preparativos para la procesión del día siguiente: los diecinueve de cada mes se celebra a *San Expedito, el Patrono de las Causas Urgentes*, algo así como el santo de la velocidad.

–Me molestó la intervención del fiscal, porque por más leyes que haiga... que yo tengo mi hijo, que lo pongo en el juez, que el padre me pasa el dinero, eso no soluciona el problema –explica Mamaní–. Muchas mujeres se llenan de chicos para ir a cobrar la cuota. Porque podés tener un hijo por error, máximo dos, pero no seis, como la Carina. ¿Usted vio a la Carina?

Más tarde conoceré a Carina, que vive en San Juan. La veré sentada en el callejón principal, con las piernas abiertas, fregando al ritmo de una cumbia suave y reclinando el torso sobre un fuentón repleto de zapatillas y agua turbia. Su cara será ancha y reflejará el sol, y sabré, al verla, que alguna vez Carina fue una mujer hermosa. Ahora tiene veinticinco años y seis niños: Freddy, Marianela, Agustín, Karen, Vanesa y Marilyn, una bebé de pupilas negras y vacías. Los seis fueron engendrados por cinco individuos distintos. El primero nació a los quince, y desde entonces llega uno cada dos años. Ella los mantiene con un plan asistencial y con el dinero (fluctuante) que le pasan algunos de los padres. Carina dirá, cuando la conozca, que no necesita un hombre a su lado. Y quizás tenga razón.

–¿Entonces cuál es la solución para las chicas como Carina? –dice Emilia Mamaní–. ¡Que *haiga* concientización! ¡Cuántas veces le dije yo a la Carina que haga un curso de cerámica, que dedique su tiempo en algo útil. ¡Ocupemos nuestro tiempo en otra cosa que no sea tener hijos! Porque sí no... Yo soy una mamá que se curó: tengo apenas cuatro niños. Pero muchas otras mamás están en los bailes, viven sentadas todo el día en frente de Gendarmería o en la esquina de la plaza para ver si alguien les hace un chico.

Los problemas son las jodas, dice Mamaní, las criaturas borrachas a los ocho años. La madre que se va al baile y deja al niño en casa, solo, y entonces el niño despierta y sale a buscarla y en la madrugada todo está tan frío, tan feroz, que algunos niños directamente se congelan o se encuentran con un perro de dientes furiosos. El problema también es la mugre, la invasión de moscas que llenó el barrio San Juan hace un

año: una nube de bichos zumbando las casas sucias, la leche rancia, los pañales con mierda.

Pero el mayor problema de todos es que se puede estar mejor, y nadie lo sabe.

—Acá en Antofagasta no hay pobres —dice Emilia Mamaní—. Acá tenemos adobe para hacer castillos. ¡Castillos! Porque dios nos dio todo a nosotros. Entonces lo que falta es ganas. Yo a mi hija le digo: Vanesa, vos estudiaste primaria, secundaria y ahora estás haciendo la terciaria y nunca vas a decir que te pusiste una zapatilla que estuvo un poquito rota para ir a la escuela. Pero yo sufrí, Vane, para darte lo que vos tenés. Entonces vos no sufrás: estudiá, tomá *anticonceptivos*, no te metás a tener hijos y sé algo más algún día, para que yo me pueda apoyar cuando ya no tenga, digamos, más nada.

Mamaní llora: un llanto rabioso y discreto. Alrededor hay silencio y un atardecer que cuelga como una inmensa ojera en tonos violeta. Los volcanes y los cerros van cambiando de color, y pronto el cielo empezará a comerlo todo. De noche, Antofagasta se congela. La amplitud térmica es tan grande (veinte grados de diferencia entre la noche y el día) que ése es uno de los principales motivos por los que la mayor hostería de la zona (ubicada en El Peñón, a pocos kilómetros del pueblo) nunca termina de inaugurarse: de noche, con la helada, los vidrios estallan. Por lo tanto en la región, hasta el momento, hay un solo lugar oficial donde dormir: es la Hostería Municipal, una construcción que no califica ni para hotel de media estrella, pero que se promociona —según sus propios dueños— como un lugar donde se puede cenar «a la carta». Vamos con Pacheco a las nueve de la noche, y pedimos la carta.

Alguien nos mira como si en ese pedido existiese la posibilidad de un chiste.

Las alternativas para cenar son dos: milanesa de llama o empanada de llama. Afuera del plato, es sabido que los bichos no tienen mejor suerte. Hay rumores de que el sexo con llamas es relativamente usual, un dato casi antropofágico que no logra, sin embargo, quitarnos el hambre.

* * *

A la mañana siguiente me levanto con frío y fuerzas: hoy, decido, voy a

hablar por teléfono. En la calle los niños van a la escuela, las cabras van a los cerros, las palabras no tienen dónde ir.

En la puerta de la Municipalidad de Antofagasta hay diez personas esperando su turno: eso es el 2,5 por ciento del padrón electoral y es, en términos más inmediatos, poco más de una hora de espera. Al lado del teléfono en uso hay otro libre. Tengo una idea.

–¿Y si usamos también el otro, como para acelerar?

Si es cierto que las palabras se construyen con el uso (y se destruyen con el desuso) puedo decir que en Antofagasta de la Sierra la palabra «acelerar» no existe.

–Ése sólo está para recibir llamados, madre –responde alguien.

El segundo teléfono no suena, probablemente no suene nunca. Pasan veinte minutos, mi turno no llega, salgo a la calle y decido ir caminando hasta el barrio San Juan. No es mucho: quinientos metros en dirección norte que incluyen un bordeo al cementerio (rojo, azul, amarillo), otro paso por la iglesia (blanca, blanca, blanca), y un paisaje desmesurado y mudo: puñados de cabras mordisqueando los cerros, y la certeza ulcerante de que acá las horas empiezan a morirse, o quién sabe qué pasa: algo muere en serio.

En el camino se cruza el intendente Acevedo. Su tema, una vez más, son los japoneses. Dice que logró frenar las obras de alambrado y –si los diarios llegaran a Antofagasta– sería fácil comprobar de qué está hablando: en enero del 2007, el diario Clarín denunció el intento de venta de más de sesenta y tres mil kilómetros cuadrados de tierras fiscales en la Puna de Atacama, una región que incluye a Antofagasta de la Sierra. Desde el Estado negaron que esas tierras estuvieran en venta. Pero Acevedo vio que estaban alambrando, y mandó una nota a un fiscal que, esta misma mañana, frenó las obras.

–El santo nos ayudó –dice Acevedo.
Y lo dice en serio.

Hoy es San Expedito, el santo de la velocidad. En la puerta de la iglesia,

Emilia Mamaní se prepara junto a veinte personas para caminar dieciocho kilómetros por un desierto rocoso. Pienso en acompañarla (en auto) y voy a la despensa a comprar agua mineral.

—¿Tiene agua?

Del otro lado del mostrador, alguien toma una botella de Sprite vacía, la llena con agua del grifo, y me la da.

* * *

El matriarcado es un sistema conceptualmente más sencillo de lo que se cree. Por un lado, consiste en la *matrilinealidad*, un orden familiar según el cual un hijo es identificado genealógicamente en función de su madre. En la tradición judía, por ejemplo, las personas son consideradas judías sólo si nacen de madre judía, es decir que la descendencia es pasada de madre a hijo. También está la *matrilocalidad*: luego del casamiento, el varón se muda con la familia de la mujer y queda socialmente aislado de su grupo familiar original. Y por último —aunque principalmente— está el bolsillo: la mujer, en los matriarcados, es la que genera, recibe y reparte los bienes.

Por todos estos motivos es que el barrio San Juan no es, exactamente —y como se rumorea en Catamarca— un sistema matriarcal. Los hijos llevan los apellidos de sus padres (salvo que el padre no los reconozca), y los bienes no son generados por las mujeres, sino por el Estado y sus planes asistenciales, y por los hombres y su cuota alimentaria. Así y todo, las mujeres de San Juan tienen un único punto en común con el sistema matriarcal: ignoran a los varones por completo.

—Los tipos *cansan* —dice Noemí Vázquez mientras friega ropa en un fuentón: los días pares friega la de sus niños, los impares la de los niños de su abuela—. Los tipos son caprichosos. Ellos capaz que no entienden los trabajos de la mujer, piensan que uno está de gana en la casa. La última vez que un hombre me dijo *floja* le contesté: «Ya no te aguanto más, retiráte».

Noemí Vázquez tiene veintitrés años y habla en susurros. Por la puerta de su casa se ve parte del barrio San Juan, que es como verlo todo: hay una montaña seca, un aire opaco, sol. De fondo se oye la radio municipal.

Sobre ese ruido granulado está la boca de Noemí –grande, carnosa, triste– abriéndose y cerrándose, y tratando de hablar con una suavidad que sin embargo tiene mucho que ver con la furia.

Su madre –la de Noemí Vázquez– la tuvo soltera. Pero la mujer no aguantó afrontar la crianza en soledad y abandonó a su hija para armar una vida al lado de un hombre que la quería sin cargas. Noemí creció junto a su abuela y repitió la historia de su madre sólo a medias: crió a sus niños sin ayuda, pero jamás los cambiaría por ninguna otra promesa de felicidad.

–No conozco a mi papá y jamás me han hablado de él –susurra, friega, frota, escurre–. Sólo me han comentado que es una persona que no vive aquí. Y las veces que tuve la posibilidad de hablar o exigir a la señora esta que me abandonó, y que en realidad sería mi madre, que me haga conocer a mi padre, nunca fui capaz de decir: «Bueno, díganme cómo ha sido». Yo nunca le he tenido un corazón a mi madre por lo que me ha hecho. Ella se casó y se fue. Pero yo jamás abandonaría un hijo. A veces hace falta un hombre de verdad, sí. Pero todavía no sé muy bien para qué.

Noemí Vázquez exprime un trapo con fatiga. Sus manos quedan cubiertas por una suave estela de burbujas blancas, y se las ve tan frías y pequeñas: dos cachorros cansados. Mira sobre el hombro hacia una pieza minúscula.

–Niños –silencio–. ¡Niños! Vengan a ver el santito.

Del cuarto oscuro, entre el amasijo de pañales, mantas y colchones, asoman tres cabezas diminutas. Son dos varones y una niña recién levantados: tienen el cabello atolondrado, los ojos chinos y la sonrisa floja. Afuera, por la calle, se oye el machaco sincopado de varios pares de pasos. Es la procesión de Expedito: veinte cuerpos que parecen aplastados por el mismo paisaje que los hace bellos.

–Éstos son mis chiquitos –sonríe–. ¿Le dije que me llamo Noemí Vázquez? La mayoría en Antofagasta somos Vázquez. Muchísimos. Quizá seamos todos hijos del mismo hombre.

Noemí vuelve a meter las manos limpias en el agua sucia; los pasos pasan. Las horas, en cambio, se quedan para siempre.

“La mujer y su cuerpo en las crónicas de Josefina Licitra” es un disparador para abordar la temática sobre los discursos, cuerpo y poder. Estos conceptos son retomados a partir de un análisis exhaustivo realizado a dos crónicas de la periodista platense Josefina Licitra: El barrio de las mujeres solas y Como es perder la virginidad escritas en el año 2009. El rol de la mujer siempre estuvo condicionado a su corporeidad, le otorgó sentencias que durante años la subordinó a un mundo escrito y manejado por los hombres. A pesar de las conquistas adquiridas en las últimas décadas la hegemonía discursiva continúa reproduciendo modelos propuestos por el orden patriarcal establecido. Nuestra investigación apunta a develar, por medio de herramientas de análisis discursivo, los abusos que desde posiciones de poder se llevan a cabo y que se materializan en prácticas discursivas.

Palabras claves:

Mujer- Cuerpo- Identidad- Discurso- Contexto Social.